

13156

GABRIELA MISTRAL



Desolación

Lectulandia

Desolación fue el primer libro de Gabriela Mistral (1922). Su verdadero nombre: Lucila Godoy de Alcayaga. Nació en Vicuña, Chile, en 1889. Gabriela Mistral visitó México en su calidad de profesora, llamada por José de Vasconcelos para colaborar en la reforma cultural que dirigía aquél.

Viajó por E. U. y Europa, siendo representante de su país en el Instituto de Cooperación Intelectual de la Liga de las Naciones. Fue la primera persona en ser galardonada con el Premio Nobel en Latinoamérica, (1945).

Desolación, considerada su primera obra maestra, aparece en Nueva York en 1922 publicada por el Instituto de Las Españas, a iniciativa de su director Federico de Onís. La mayoría de los poemas que forman este libro los había escrito diez años atrás mientras residía en la localidad de Coquimbito.

Lectulandia

Gabriela Mistral

Desolación

Vida, Prosa y Prosa escolar

ePUB r1.0

BobMol 05.03.14

Título original: *Desolación*
Gabriela Mistral, 1922
Diseño de portada: BobMol

Editor digital: BobMol
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO DE LA EDICIÓN NORTEAMERICANA



Esta edición que hace el INSTITUTO DE LAS ESPAÑAS de la obra poética de una escritora que, apenas conocida, se ha convertido en una de las glorias más puras de la literatura hispánica contemporánea, tiene su historia, que debe ser conocida por todos los lectores. Hela aquí, en breves palabras: En febrero de 1921 uno de nuestros directores, D. Federico de Onís, profesor de Literatura española en la Universidad de Columbia, dio una de las conferencias organizadas por el INSTITUTO y habló en ella de la poetisa chilena Gabriela Mistral: Este nombre, hoy glorioso, sonaba probablemente por primera vez en los oídos de la mayor parte de los numerosos asistentes, casi todos maestros y estudiantes de español. Pero apenas fue conocida la admirable personalidad de la joven escritora y maestra chilena, a través de lo que el Sr. Onís dijo y de la lectura que hizo de algunas de sus obras, puede decirse que Gabriela Mistral conquistó no sólo la admiración, sino el cariño de todos.

Porque todos vieron en la escritora hispanoamericana, no sólo el gran valor literario, sino el gran valor moral. Los maestros de español, muchos de ellos mujeres también se sintieron más vivamente impresionados que nadie al saber que la autora de aquellas poesías conmovedoras era además, y era, sobre todo, una maestra como ellos. Su sentimiento de admiración y simpatía por Gabriela Mistral era doble: nacido por una parte, de su amor al espíritu español que hablaba con vigor y voz nuevos en la poesía de una escritora de primer orden, y por otra, del fondo de vocación profesional que les llevaba a sentir una hermandad profunda con la noble mujer que en el Sur de América consagra su vida a un ideal del magisterio ejemplar.

Corrieron de mano en mano las pocas poesías de Gabriela Mistral que habían sido publicadas en periódicos y revistas y la «Oración de la maestra» fue

rezada en lengua española por muchas voces con acento extranjero. Y vino, naturalmente, el deseo de conocer más, de conocer la obra entera de tan excelsa escritora. Cuando los maestros de español supieron que esto era imposible por no haber sido coleccionada en forma de libro por su autora, surgió entre ellos la idea de hacer una edición y dar así expresión a su admiración y simpatía por la compañera del Sur.

INSTITUTO DE LAS ESPAÑAS acogió con entusiasmo la noble idea y se propuso llevarla a cabo empezando por comunicársela a la ilustre escritora. Su respuesta, bien generosa por cierto, fue el envío de este libro, en que por primera vez aparece coleccionada su obra anterior, lo mismo la publicada que la inédita. Si nosotros tenemos motivo para estar agradecidos a Gabriela Mistral por haber correspondido de manera tan espléndida a nuestros deseos, seguramente el mundo de habla española y los amantes de la cultura hispánica de todos los países agradecerán a los maestros de español de los Estados Unidos y al INSTITUTO DE LAS ESPAÑAS el hecho de haber logrado que este libro se publique de manera que puedan leerlo todos.

No era empresa fácil; porque, según hemos sabido después, confirmando lo que suponíamos de antemano, era designio voluntario de la autora no coleccionar su obra. Unas cuantas poesías, muy pocas, y algunos datos acerca de su personalidad contenidos en artículos escritos por personas que tuvieron la fortuna y la clarividencia de conocerla y entenderla primero —sobre todo un artículo de nuestro compañero, el intenso poeta chileno Arturo Torres-Rioseco, profesor de la Universidad de Minnesota— pasaron las fronteras de Chile, corrieron por toda la prensa de habla española, se tradujeron a diversas lenguas, y bastaron a rodear el nombre de Gabriela Mistral del máximo prestigio y popularidad a que un escritor puede aspirar. Era natural que viese constantemente solicitada la publicación de sus obras, como ha ocurrido; y si no se han publicado, ha sido por su constante resistencia a hacerlo. La modestia genial que hay en el fondo de esta actitud es sin duda admirable; pero debemos alegrarnos todos de que al fin haya sido vencida por la demanda sincera y desinteresada de nuestros maestros norteamericanos. He aquí cómo de la coincidencia de sentimientos generosos y elevados ha nacido este libro.

Instituto de las Españas

PRÓLOGO DE LA EDICIÓN CHILENA



Al pueblo de México

La veréis llegar y despertará en vosotros las oscuras nostalgias que hacen nacer las naves desconocidas al arribar a puerto; cuando pliegan las velas y, entre el susurro de las espumas, siguen avanzando como en un encantamiento lleno de majestad y ensueño.

Llegará recogido el cabello, lento el paso, el andar meciéndose en un dulce y grave ritmo.

Es una de esas naves, perladas de rocío, que vienen de las profundidades de la noche y emergen con el alba trayendo, al puerto que duerme, la luz del nuevo día.

Cuencos llenos de agua que la noche roba a las estrellas, claros, azules, verdes y grises, sus ojos brillan con el suave fulgor de un constante amanecer.

Tiene la boca rasgada por el dolor, y los extremos de sus labios caen vencidos como las alas de un ave cuando el ímpetu del vuelo las desmaya.

La dulzura de su voz a nadie le es desconocida, en alguna parte créese haberla escuchado, pues, como a una amiga, al oírla se le sonrío.

Último eco de María de Nazareth, eco nacido en nuestras altas montañas, a ella también la invade el divino estupor de saberse la elegida; y sin que mano de hombre jamás la mancillara, es virgen y madre; ojos mortales

nunca vieron a su hijo; pero todos hemos oído las canciones con que le arrulla.

¡La reconoceréis por la nobleza que despierta!

De todo su ser fluye una dulce y grata unción ¡oh!, suave lluvia invisible, por donde pasas ablandas los duros terrones y haces germinar las semillas ocultas que aguardan.

No hagáis ruido en torno de ella, porque anda en batalla de sencillez.

Feliz aquél que calla o niega triste por amor a las palabras justas, si algún día encuentra que para lograrlas, como yo ahora, debe emplear las cálidas voces del olvidado regocijo y de la perdida admiración.

Los taciturnos montañeses de mi país no la comprenden, pero la veneran y la siguen ¡oh!, ingenua y clara ciencia.

La llamáis y os la entregan; saben que es su mayor tesoro, y sonrían complacidos de ser su dueño.

Hoy al mar la confiamos, y para que la nostalgia no la oprima, buscaremos entre las aguas inciertas la gran corriente que viene del Sur y va hacia vuestras costas, logrando así que sean olas patrias las que escolten su barco, y durante el largo viaje en busca de su olvido y alegría, ¡canten!

Pedro Prado

PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN



Alone

Extraño caso no sólo en nuestra tierra, sino en la historia de la literatura universal, el de esta mujer que no nació en cuna extraordinaria y, sin embargo, antes de publicar su primer libro, tiene por todos los países de su lengua mayor gloria que muchos grandes autores clásicos.

Su obra ya no puede juzgarse: es ella la que divide y clasifica. Los que la admiran son «personas que la entienden», quienes la niegan «personas que no la entienden». Y si alguien quiere situarse en un punto medio, poner reparos, hacer distingos, de uno y otro lado le mirarán con desconfianza.

Debemos, pues, limitarnos a declarar sencillamente que está consagrada como un genio, tal vez el primer poeta del habla castellana, referir algo de su historia para que sirva más tarde a los críticos y anotar algunas observaciones al margen.



Los escritores profesionales desconfían sistemáticamente de los concursos y certámenes literarios: sin embargo, de uno celebrado cien años atrás salió Edgard Poe camino de la fama y de otro que tuvo lugar en Santiago surgió la autora de los Sonetos de la Muerte.

Dicen que Poe llamó la atención por su magnífica letra y que los jurados santiaguinos premiaron a Gabriela Mistral in extremis, sin saber lo que hacían, por no declarar desiertos los juegos Florales y fracasada la fiesta. Mejor: significaría que hay un genio protector de los concursos artísticos, un espíritu que «sopla donde quiere»... Antigua maestra rural; totalmente ignorada del

público, la señorita Lucila Godoy enseñaba por entonces Gramática Castellana e Historia de la Edad Media en el Liceo de Los Andes y un rumor de leyenda refiere que no se presentó en el teatro a leer sus estrofas, porque no tenía cómo hacerlo en forma digna y que habría presenciado su triunfo desde las galerías populares.

Dejemos a la tradición su poesía, más verdadera a veces que la realidad.

La flor natural atrajo sobre ella las miradas y todos sintieron curiosidad por esa mujer obscura, de personalidad fuerte y áspera, encina bravía que ocultaba celdillas de miel silvestre bajo la corteza. Le escribían cartas y ella contestaba en papel de oficio, con una letra enorme y con palabras vehementes. Las revistas estudiantiles pedíanle versos: ella no tenía ningún inconveniente en darlos. Amigos de otro tiempo interrogados por recientes admiradores, recordaban que, en sus principios leía mucho y hasta imitaba un poco a Vargas Vila, a Rubén Darío, a Juan Ramón Jiménez; contaban sus luchas pedagógicas, su heroísmo para estudiar sola, contra un ambiente mezquino y hostil, en medio de pobrezas amargas; y de boca en boca corrían la historia de su amor, el único y trágico. Aquel suicida era la sombra envenenada que la hacía cantar, la obsesión que le arrancaba del pecho esos gritos pasionales, ese ruego insistente, ese sollozo ronco y estremecedor.

Poco a poco su dolor fue ganando los corazones y la figura de Gabriela Mistral tomaba relieve de medalla.

Decían:

—Es la primera poetisa chilena.

Y luego.

Es el primer poeta.

Altos personajes se interesaron por su suerte y de Los Andes pasó a Punta Arenas, como directora de Liceo, de allí a Temuco y en seguida a la capital: grande educadora, maestra por derecho divino, las resistencias oficiales y extraoficiales caían delante de su mérito.

Extendíase en tanto, prodigiosamente, su fama literaria, al extranjero, era admirada hasta donde el nombre de Chile apenas se pronuncia, y la humilde maestra daba lustre al país.

Alguien —no queremos nombrarlo— se creó cierta especie reputación atacándola.

La torpeza de la diatriba la hirió profundamente: ella no pretendía nada, no había publicado siquiera un volumen, como el más modesto principiante. ¿Por qué injuriarla? En esta circunstancia debemos ver uno de los obstáculos que puso, con demasiada obstinación, para publicar su libro. Pero se ha dicho: «el que se humilla será ensalzado»... y el renombre que tantos persiguen larga, costosa e inútilmente iría a buscarla en su retiro; hombres de otro hemisferio se enamoraron de sus estrofas y consiguieron su autorización para imprimirlas; por

eso esta «Desolación», el acontecimiento más importante de nuestra literatura, apareció editado primero en Estados Unidos, bajo los auspicios del Instituto de las Españas.

En seguida vino el llamado de México, honor sin precedentes, sucediéronse las manifestaciones públicas, con asistencia del Gobierno y, cuando Lucila Godoy partió, la multitud se apretaba en la estación para verla, centenares de niñas cantaron sus versos y, entre aclamaciones a su nombre pasó ella, de abrazo en abrazo, siempre vestida de «saya parda», austera la cabeza, confusa la expresión.



Ahora la Casa Editorial Nascimento ha reproducido *Desolación* en una segunda edición esmeradamente corregida y aumentada con veintitantas composiciones nuevas, algunas inéditas.

Es un libro de 360 páginas, dividido en siete partes: Vida, La Escuela, Infantiles, Dolor, Naturaleza, Prosa, Prosa Escolar y Cuentos. En nuestra fantasía vemos otra clasificación. Una casa se incendia y las llamas suben sobre los tejados, echando al cielo una humareda oscura, blanquecina o rosa, crepitan las maderas; caen al sueño paños de murallas; dejándose ver el interior de horno y todos los matices del fuego; allí una puerta indemne todavía, allá, un trozo de ventana blanco, incandescente, pilastras negras, como calcinadas, montones de ceniza cálida, y tras una alfombra ardiente, árboles y flores, que por milagro se han librado, iluminándose trágicamente junto a la hoguera. He ahí el panorama del libro.

La inspiración no lo penetra todo de manera uniforme y tiene zonas difíciles. Los que confunden la crítica con la censura sistemática, los que buscan la pequeña mancha del cristal, desdeñando el paisaje que transparenta, encontrarán amplio campo donde lucir sus pequeñas habilidades. Podrán tacharla de oscura y retorcida, porque no siempre Gabriela Mistral logra aclarar su pensamiento y a veces sus lágrimas corren turbias. No es una exquisita y desdeña, demasiado tal vez, los preceptos de la Retórica. Ella se llama a sí misma «bárbara» y sus predilecciones van hacia la Biblia, y dentro de la Biblia, el Antiguo Testamento, el Libro de Job, no aceptando en la literatura moderna el ejemplo de Francia, heredera de Grecia, sino la novela rusa enorme y algo caótica, la complicación de las escuelas agrupadas en torno de Darío y las vaguedades panteísticas de Rabindranath Tagore y sus secuaces, más o menos teosóficos. No tiene seguro el gusto, como no lo tenían Shakespeare ni Víctor Hugo, y cuando retoca suele desmejorar su forma.

Para apreciarla, es necesario impregnarse en su atmósfera propia, no esperar de ella sino lo que puede dar, saber sus límites y no querer traspasarlos. Existe una fórmula de su temperamento, una definición de su espíritu tan perfecta que parece haber sido hecha a su medida y presintiéndola: está en la página 102, capítulo VIII, tomo I de la Historia del Pueblo de Israel, por Ernesto Renan. «Un carquois de fleches d'acier, un cable aux torsions puissantes, un trombone d'airain, brisant l'air avec deux ou trois notes aigues; voila l'hebreu. Une telle langue n'exprimera ni une pensée philosophique, ni un résultat scientifique, ni un doute, ni un sentiment de l'infini. Les lettres de ses livres seront en nombre compté; mais ce seront des lettres de feu. Cette langue dira peu de chose; mais elle martellera ses dires sur une enclume. Elle versera de flots de colere; elle aura des cris de rage contre les abus, du monde; elle appellera les quatre vents du ciel a l'assaut des citadelles du mal. Comme la torse jubilaire du sanctuaire, elle ne servira a aucun usage profane; elle n'exprimera jamais la joie innée de la conscience ni la sérénité de la nature; mais elle sonnera la guerre sainte contre l'injustice et les appels des grandes panégyres; elle aura des accents de fete et des accents de terreur; elle sera le clairon des nésimies et la trompette du jugement».

Hebrea de corazón, tal vez de raza —dejamos el problema a los etnólogos e investigadores— el genio bíblico traza su círculo en torno a Gabriela Mistral y la define. Su acorde íntimo y profundo, lo que llamaríamos la nota tónica de su personalidad, es un canto de amor exasperado al borde de un sepulcro. Allí está ella.

Hablará con ternura delicada de los niños, les compondrá rondas ágiles, tratará de sonreírles para que no tengan temor: aún en sus palabras más suaves como en la fábula del Lobo y Caperucita Roja, se siente la garra de la fiera y uno experimenta el temor de que espante de súbito a sus criaturas infantiles con algún rugido.

Irá hacia la Naturaleza en busca de apaciguamiento y sabrá traducir por momentos la armonía universal; cuando la dicha la visite hablará de paz, de reconciliación y apegada al oído de Cristo le dirá plegarias de una dulzura sencilla, aclarada en la fuente evangélica.

Inventará símbolos maravillosos, parábolas y cuentos llenos de un prestigio antiguo, dejará el verso para ser más simple y tocará en prosa los lindes mismos de la perfección.

Pero todo eso no es ella.

La fuerza de Gabriela Mistral está en su sentimiento del amor y de la muerte, esos dos polos de la especie humana. ¡Cómo ama al suicida! Pone a contribución al mundo entero para buscar nombres, lo llama, le habla, lo

increpa, se alegra de que esté bajo tierra porque allá «nadie irá a disputarle su puñado de huesos», desnúdase de todos los pudores para gritarle su pasión, lo sigue a través de la tierra, se abraza a él delante de Dios, lo rechaza cuando recuerda sus desvíos, maldice el día en que nació, pide para él la muerte y la obtiene, y luego, loca, incendiada, pregunta si nunca, nunca más volverá a verlo, ni en el temblor de los astros, ni en la fontana trémula, ni en la gruta lóbrega y quiere «¡oh!, no volverlo a ver, no importa donde, en remansos de cielo o en vórtice hervidor, bajo las lunas plácidas o entre el cárdeno horror, y ser con él todas las Primaveras y los Inviernos en un angustiado nudo en torno a su cuello ensangrentado». Es de él «como la casa que arde es del fuego» y nadie ha tenido acentos como los suyos para decir el espantoso tormento del amor, para gemir sus delirios, su éxtasis, su desmayo y llevarlo con voluptuosidad salvaje hasta los brazos de la muerte. ¿Qué voz rogará al oído divino coma su plegaria? Las palabras se atropellan, las imágenes se suceden y confunden, forman una masa palpitante de ternura y de lágrimas... «mi vaso de frescura, el panal de mi boca, cal de mis huesos, dulce razón de la jornada, gorjeo de mi oído, ceñidor de mi veste...».

Y luego ¡qué síntesis suprema del amor!... «amar, bien sabes de esa; es amargo ejercicio —un mantener los párpados de lágrimas mojados— un refrescar de besos las trenzas del cilicio —conservando bajo ellas los ojos extasiados... El hierro que taladra tiene un gustoso frío —cuando abre cual gavillas las carnes amorosas— y la cruz. ¡Tú te acuerdas!, ¡oh Rey de los judíos! —se lleva con blandura como de rosas...». Quiere forzar la misericordia divina, no apartará de los pies del Creador mientras no le haya dicho “la palabra que espero”, allí estará con la cara caída sobre el polvo, parlándole un crepúsculo entero —o todos los crepúsculos a que alcance la vida...». «Fatigaré tu oído de preces y sollozos, lamiendo, lebel tímido, los bordes de tu manto, y ni pueden huirme tus ojos amorosos ni esquivar tu pie el riego caliente de mi llanto...». Agotada la humildad vencida, quebrada ante el trono, levanta la cara y quiere seducir a Dios mismo; pobre criatura, le ofrece los dones del mundo, la gratitud de la tierra, el deslumbramiento de las aguas y de las bestias, la comprensión del monte “que de piedra forjaste” y termina con esa ofrenda más allá de la cual ya no existe nada: ¡Toda la tierra tuya sabrá que perdonaste!

“Un carcaj de flechas de acero, un cable de torsiones potentes, un trombón de bronce que rompe el aire con dos o tres notas agudas”: he ahí el hebreo». Los acentos de Gabriela Mistral que traspasarán el tiempo, no dan sino esas dos o tres notas agudas con que los profetas de la Biblia nos hablan todavía al corazón, a través de las edades.

«Esta lengua no expresará ni un pensamiento filosófico ni una verdad científica, ni una duda, ni un sentimiento del infinito. Las letras de sus libros

serán contadas; pero serán letras de fuego. Dirá pocas cosas; pero martilleará sus palabras sobre un yunque». Gabriela Mistral tiene una especie de horror a la duda y no conoce la ironía, la sonrisa ambigua del escéptico; salta de la carne al espíritu sin detenerse en los matices intermedios; su filosofía, cuando piensa, disuélvese en las imaginaciones de la India o los anhelos misericordiosos de la legión tolstoyana.

El resplandor del incendio no ilumina con luz fija ni puede servir de lámpara a los sabios.

«Derramará torrentes de cólera, gritos de rabia contra los abusos del mundo, llamará a los cuatro vientos del cielo al asalto de las ciudades del mal. Como el cuerno jubilar del Santuario, no servirá para usos profanos; jamás expresará la alegría innata de la conciencia ni la serenidad de la Naturaleza; pero convocará a guerra santa contra la injusticia y los llamados de las grandes panegyras; tendrá acentos de fiesta y de terror; será el clarín de las neomenías y la trompeta del juicio».

En el fondo la poesía de Gabriela Mistral; como en el sentimiento de toda alma exaltada, se toca la idea religiosa y se encuentra a Dios. Ella le habla continuamente, lo llama, lo acaricia, se postra en su presencia y tiene para tratarlo familiaridades augustas y ternuras suavísimas. Su Dios es el Jehová de la Biblia, pero que ha pasado por la fronda evangélica. Apela en todo momento a su amor, pone el perdón por encima de todos sus atributos y varía al infinito la expresión del mismo pensamiento.

Después de haber definido el genio hebreo, Renan, agrega:

«Felizmente, Grecia compondrá un laúd de siete cuerdas para expresar las alegrías y las tristezas del alma, un laúd que vibrará al unísono de todo lo humano, un grande órgano de mil tubos igual a las armonías de la vida. La Grecia conocerá, todos los éxtasis, desde la danza en coro sobre las cimas del Taigeto hasta el banquete de Aspasia, desde la sonrisa de Alcibíades hasta la austeridad del Pórtico, desde la canción de Anacreonte hasta el drama filosófico de Esquilino y los ensueños dialogados de Platón». Y este contraste señala aún más los contornos de la figura de Gabriela Mistral. De las dos santas colinas que se alzan a la entrada de nuestra civilización, el Sinaí y el Olimpo, ella prefiere la montaña fulgurante y árida donde Moisés habló con Jehová, entre nubes y truenos; allí reconoce su patria de origen desde su cumbre mira con un poco de indiferencia la variedad griega, la sonrisa serena, la finura del razonamiento, el juego armonioso de las bellas formas y el sentido de la medida, regulador supremo de las ideas y de los actos.

Es el último de los profetas hebreos.

Rubén Darío hizo resonar en nuestros bosques la flauta de Pan y persiguió a

las ninfas que se bañan desnudas en los ríos; evocó elegancias refinadas, tuvo músicas leves y breves, insinuó matices fugaces y se enervó con la alegría exquisita y artificial. Hijo de los árboles y de las flores, hombre de placer, sólo llegaba al dolor después de haber agotado los goces de la vida y se cubrió de cenizas la cabeza, cuando ya el tiempo le había quitado su corona de rosas.

Gabriela Mistral adora al Dios único, hijo del desierto, al Dios vengador y terrible que abomina los pecados de la carne, Dios violento, inmensamente distante de su criatura, Dios solitario y resplandeciente. En vano levanta y quiere echarle la túnica de Jesús; se siente detrás su sombra de espanto y en la plegaria insistente que le dirige, en sus arrebatos de amar por el preciso, tiembla sordamente el miedo de su propia condenación. Se diría que sus ruegos piérdense, sin hallar un eco.

El nombre de su libro lo revela: Desolación.

Y la elección de las palabras dice constantemente su afán de intensidad. Todas las expresiones le parecen débiles, busca el vigor por sobre todas las cosas y se desespera de no hallarlo, retuerce el lenguaje, lo aprieta, lo atormenta, quiere imitar el acento de fuego que oyeron los videntes de Israel y que ha quedado en las letras del Antiguo Testamento. No le importa nada sino eso, la energía, la máxima energía. Tiende la cuerda del arco hasta romperlo y lanas la flecha de acero con la loca esperanza de alcanzar hasta el corazón de la divinidad.

¿Cómo se detendría ella, la frenética, delante de las vallas gramaticales o lexicográficas? Se ríe de los códigos literarios, desentierra términos incomprensibles, usa verbos inauditos, traspone y altera el significado de las expresiones habituales, es familiar y bárbara, dispareja y áspera, siempre en virtud de esa misma obsesión: la búsqueda de la intensidad.

Para pintar la obscuridad de la noche hablará de sus «betunes», porque ese sustantivo está menos usado, menos gastado; dirá del suicida que no «untó» sus labios de preces y cuando nombre la herida de su recuerdo la llamará «socarradura» larga que hace aullar.

Aun esas materialidades que tocan los dos extremos, lo grosero y lo sublime, pugnando por juntarlos, le parecen flácidas, «laxas» —otro de sus términos— y en El Suplicio se queja de no poder lanzar su grito del pecho —«Tengo ha veinte años en la carne hundido— y es caliente puñal —un verso enorme, un verso con cimera— de pleamar... Las palabras caducas de los hombres —no han el calor— de sus lenguas de fuego, de su viva —tremolación... ¡Terrible don! ¡Socarradura larga-que hace aullar!—. El que vino a clavarlo en mis entrañas —¡tenga piedad!».

Tocamos en esta confesión el origen de las nuevas escuelas. La sensación

repetida cansa el nervio sensitivo, el sonido que se oye constantemente deja de percibirse. Necesítase entonces una impresión diversa, de cualquier naturaleza. Y después el período clásico, en que el lenguaje halla su equilibrio, vienen las épocas de decadencia; tras las notas justas, acordes y armoniosas, resuenan las desproporcionadas, hirientes y disonantes.

La obra heroica consiste en alcanzar la novedad, en rechazar las viejas vestiduras y vestirse de ropajes intactos, sin salir del círculo en que se mueve nuestra comprensión y nuestro sentimiento, avanzar hasta más lejos por el camino que siguieron nuestros antepasados, juntar esos dos extremos que parecen contradictorios e inconciliables: lo antiguo y lo nuevo, lo sabido y lo ignorado, el pasado y el porvenir.

Allí está la dificultad del arte.

Gabriela Mistral no ha sido la primera en romper con las tradiciones de la poesía castellana; halló el terreno preparado por toda una evolución que inició Rubén Darío; pero ha dado a su obra un sello que la distingue y que está en la fuerza bíblica, en el amor intenso y único, del cual derivan todos sus cantos, el cariño a los pequeñuelos y el sentimiento de la Naturaleza, el fervor religioso, los mismos intervalos de serenidad en que se siente el jadeo del cansancio y la languidez que dejan los espasmos. Su amor es el sol creador de mundos, la inmensa hoguera de donde saltan chispas y se derraman claridades, el que al quebrarse en las montañas y los árboles figura sombras monstruosas y tiende penumbra delicadas, llega a las cimas, baja a los abismos, entibia, calienta, incendia, ilumina y deslumbra, sirve de guía al caminante o lo extravía y lleva al borde mismo de los precipicios.

No saciada con la pasión terrena, sube constantemente hacia Dios, le interroga, imagina la región misteriosa donde habitará el amado... «¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los suicidas? ¿Un cuajo entre la boca, las dos sienas vaciadas —las lunas de los ojos albas y engrandecidas— hacia un ancla invisible las manos orientadas? ¿O tú llegas después que los hombres se han ido —y les bajas el párpado sobre el ojo cegadoacomodas las vísceras sin dolor y sin ruido— y entrecruzas las manos sobre el pecho callado? Y otra cosa, Señor: —cuando se fuga el alma— por la mojada puerta de las hondas heridas —¿entra en tu seno hendiendo el aire quieto en calma o se oye un crepitar de alas enloquecidas? Angosto cerco lívido se aprieta en torno suyo? ¿El éter es un campo de monstruos florecido? ¿En el pavor no aciertan ni con el nombre tuya? ¿O lo gritan y sigue tu corazón dormido?».

Las almas tímidas, los corazones fríos, pondrán gesto de extrañeza ante arrebatos semejantes, dirán que rompe la armonía del estilo y la llamarán al orden, a la medida, a la dignidad conveniente; querrán cubrir con tan velo

suave las desnudeces ciclópeas de esos mármoles de Rodin o Miguel Ángel que han encontrado el don de la palabra; pero el que alguna vez haya sentido en el corazón la tempestad, el que haya amado, sufrido y soñado, el que haya entrevisto siquiera la impotencia de la voz humana para decir ese nudo que echan a la garganta el amor, el dolor y la muerte, experimentará con las estrofas de Gabriela Mistral la sensación de alivio del que estaba ahogándose y sale al aire respirable, del que iba solo y encuentra una compañía en el desierto, del que antes de morir ha divisado un rayo de la eternidad.



Dijo un español que nuestra raza no tenía poetas, que en la República de Chile sólo nacían historiadores. Y nosotros le creímos. Acaso era cierto.

Como los ríos que bajan de la montaña recogiendo a su paso todos los arroyos de los campos, el genio de nuestra especie no ha querido pegar al Océano, sino cuando hubo acumularlo caudal de aguas bastantes para abrir ancho y profundo surco en medio de las más altas olas del mar.

AL SEÑOR DON PEDRO AGUIRRE CERDA
Y A SU SEÑORA JUANA A. DE AGUIRRE
A QUIENES DEBO LA PAZ QUE VIVO

G. M.

VIDA



El pensador de Rodin



A Laura Rodig.

Con el mentón caído sobre la mano ruda,
el Pensador se acuerda que es carne de la huesa,
carne fatal, delante del destino desnuda,
carne que odia la muerte, y tembló de belleza,

Y tembló de amor, toda su primavera ardiente,
y ahora, al otoño, anégase de verdad y tristeza.
El «de morir tenemos» pasa sobre su frente,
en todo agudo bronce, cuando la noche empieza.

Y en la angustia, sus músculos se hienden, sufridores.
Cada surco en la carne se llenara de terrores.
Se hiende, como la hoja de otoño, al Señor fuerte

que le llaman en los bronces... Y no hay árbol torcido
de sol en la llanura, ni león de flanco herido,
crispados como este hombre que medita en la muerte.

La cruz de Bistolfi



Cruz que ninguno mira y que todos sentimos,
la invisible y la cierta como una ancha montaña:
dormimos sobre ti y sobre ti vivimos;
tus dos brazos nos mecen y tu sombra nos baña.

El amor nos fingió un lecho, pero era
sólo tu garfio vivo y tu leño desnudo.
Creímos que corríamos libres por las praderas
y nunca descendimos de tu apretado nudo.

De toda sangre humana fresco está tu madero,
y sobre ti yo aspiro las llagas de mi padre,
y en el clavo de ensueño que lo llagó, me muero.

¡Mentira que hemos visto las noches y los días!
Estuvimos prendidos, como el hijo a la madre,
a ti, del primer llanto ¡ a la última agonía!

Al oído del Cristo



A Torres Rioseco.

I

Cristo, el de las carnes en gajos abiertas;
Cristo, el de las venas vaciadas en ríos:
estas pobres gentes del siglo están muertas
de una laxitud, de un miedo, de un frío!

A la cabecera de sus lechos eres,
si te tienen, forma demasiado cruenta,
sin esas blanduras que aman las mujeres
y con esas marcas de vida violenta.

No te escupirían por creerte loco,
no fueran capaces de amarte tampoco
así, con sus ímpetus laxos y marchitos.

Porque como Lázaro ya hieden, ya hieden,

por no disgregarse, mejor no se mueven.
¡Ni el amor ni el odio les arrancan gritos!

II

Aman la elegancia de gesto y color.
y en la crispadura tuya del madero,
era tu sudar sangre, tu último temblor
y el resplandor cárdeno del Calvario entero,

les parece que hay exageración.
y plebeyo gusta; el que Tú lloraras
y tuvieras sed y tribulación,
no cuaja en sus ojos dos lágrimas claras.

Tienen ojo opaco de infecunda yesca,
sin virtud de llanto, que limpia y refresca;
tienen una boca de suelto botón

mojada en lascivia, ni firme ni roja,
¡y como de fines de otoño, así, floja
e impura, la poma de su corazón!

III

¡Oh Cristo!, un dolor les vuelva a hacer viva
l alma que les diste y que se ha dormido,
que se la devuelva honda y sensitiva,
cara de amargura, pasión y alarido.

¡Garfios, hierros, zarpas, que sus carnes hiendan
tal como se hienden quemadas gavillas;
llamas que a su gajo caduco se prendan
llamas de suplicio: argollas, cuchillas!

¡Llanto, llanto de calientes raudales
renueve dos ojos de turbios cristales
y les vuelva el viejo fuego del mirar!

¡Retóñalos desde las entrañas, Cristo!
Si ya es imposible, si tú bien lo has visto,
si son paja de eras... ¡desciende a aventar!

Al pueblo hebreo



(Matanzas de Polonia)

Raza judía, carne de dolores,
raza judía, río de amargura:
como los cielos y la tierra, dura
y crece aún tu selva de clamores.

Nunca haya dejado oreearse tus heridas; 5
nunca han dejado que a sombrear te tiendas,
para estrujar y renovar tu venda,
más que ninguna rosa enrojecida.

Con tus gemidos se loa arrullado el mundo,
y juega con las hebras de tu llanto. 10
Los surcos de tu rostro, que amo tanto,
son cual llagas de sierra de profundos.

Temblando mecen su hijo las mujeres,
temblando siega el hombre su gavilla.
En tu soñar se hincó la pesadilla
y tu palabra es sólo el «imiserere!»

Raza judía, y aun te resta pecho
y voz de miel, para alabar tus lares,

y decir el Cantar de los Cantares
con lengua, y labio, y corazón deshechos.

En tu mujer camina aún María.
Sobre tu rostro va el perfil de Cristo;
por las laderas de Sion le han visto
llamarte en mano, cuando muere el día...

Que tu dolor en Dimas le miraba
y Él dijo a Dimas la Palabra inmensa
y para ungir sus pies busca la trenza
de Magdalena ¡y la halla ensangrentada!

¡Raza judía, carne de dolores,
raza judía, río de amargura: 30
como los cielos y la tierra, dura
y crece tu ancha selva de clamores!

Viernes Santo



El sol de Abril aun es ardiente y bueno
y el surco, de la espera, resplandece;
pero hoy no llenes l'ansia de su seno,
porque Jesús padece.

No remuevas la tierra. Deja, mansa
la mano y el arado; echa las mieses
cuando ya nos devuelvan la esperanza,
que aun Jesús padece.

Ya sudó sangre bajo los olivos,
y oyó al que amó que lo negó tres veces.
Mas, rebelde de amor, tiene aún latidos,
¡aun padece!

Porque tú, labrador, siembras odiando
y yo tengo rencor cuando anochece,
y un niño hoy va como un hombre llorando,

Está sobre el madero todavía
y sed tremenda el labio le estremece.
¡Odio mi pan, mi estrofa y mi alegría,
porque Jesús padece!

Ruth



A González Martínez.

I

Ruth moabita a espigar va a las eras,
aunque no tiene ni un campo mezquino.
Piensa que es Dios dueño de las praderas
y que ella espiga en un predio divino.

El sol caldeo su espalda acuchilla, 5
baña terrible su dorso inclinado;
arde de fiebre su leve mejilla,
y la fatiga le rinde el costarlo.

Booz se ha sentado en la parva abundosa.
El trigal es una onda infinita, 10
desde la sierra hasta donde él reposa,

que la abundancia ha cegado el camino...
Y en la onda de oro la Ruth moabita
viene, espigando, a encontrar su destino!

II

Booz miró a Ruth, y a los recolectores.
dijo: «Dejad que recoja confiada»...
Y sonrieron los espigadores,
viendo del viejo la absorta mirada...

Eran sus barbas dos sendas de flores,
su ojo dulzura, reposo el semblante;
su voz pasaba de alcor en alcores,
pero podía dormir a otra infante...

Ruth lo miró de la planta a la frente,
y fue sus ojos saciarlos bajando,
como el que bebe en inmensa corriente...

Al regresar a la aldea, los mozos
que ella encontró la miraron temblando.
Pero en su sueño Booz fue su esposo...

III

Y aquella noche el patriarca en la era
viendo los astros que laten de anhelo, 30
recordó aquello que a Abraham prometiera
Jehová: más hijos que estrellas dio al cielo.

Y suspiró por su lecho baldío,
rezó llorando, e hizo sitio en la almohada
para la que, como baja el rocío, 35
hacia él vendría en la noche callada.

Ruth vio en los astros los ojos con llanto
de Booz llamándola, y estremecida,
dejó su lecho, y se fue por el campo...
Dormía el justo, hecho paz y belleza. 40
Ruth, más callada que espiga vencida,
puso en el pecho de Booz su cabeza.

La mujer fuerte



Me acuerdo de tu rostro que se fijó en mis días,
mujer de saya azul y de tostada frente,
que era mi niñez y sobre mi tierra de ambrosía
vi abrir el surco negro en un Abril ardiente.

Alzaba en la taberna, ebrio, la copa impura
el que te apegó un hijo al pecho de azucena,
y bajo ese recuerdo, que te era quemadura,
caía la simiente de tu mano, serena.

Segar te vi en Enero los trigos de tu hijo,
y sin comprender tuve en ti los ojos fijos, 10
agrandados al par de maravilla y llanto.

Y el lodo de tus pies todavía besara,
porque entre cien mundanas no he encontrado tu cara
¡y aun tu sombra en los surcos la sigo con mi canto!

La mujer estéril



La mujer que no mece un hijo en el regazo,
cuyo calor y aroma alcance a sus entrañas,
tiene una laxitud de mundo entre los brazos,
todo su corazón congoja inmensa baña.

El lirio le recuerda unas sienes de infante; 5
el Angelus le pide otra boca cosa ruego;
e interroga la fuente de seno de diamante
por qué su labio quiebra el cristal en sosiego.

Y al contemplar sus ojos se acuerda de la azada;
piensa que en los de un hijo no mirará extasiada, 10
cuando los suyos vacíen, los follajes de Octubre.

Con doble temblor oye el viento en los cipreses.
¡Y una mendiga grávida, cuyo seno florece
cual la parva de Enero, de vergüenza la cubre!

El niño solo



A Sara Hübner

Como escuchase un llanto, me paré en el repecho
y me acerqué a la puerta del rancho del camino.
Un niño de ojos dulces me miró desde el lecho
¡y una ternura inmensa me embriagó como un vino!

La madre se tardó, curvada en el barbecho; 5
el niño, al despertar, buscó el pezón de rosa
y rompió en llanto... Yo lo estreché contra el pecho,
y una canción de cuna me subió, temblorosa...

Por la ventana abierta la luna nos miraba.
El niño ya dormía, y la canción bañaba, 10
como otro resplandor, mi pecho enriquecido...

Y cuando la mujer, trémula, abrió la puerta,
me vería en el rostro tanta ventura cierta
¡que me dejó el infante en los brazos dormido!

Canto del justo



Pecho, el de mi Cristo,
más que los ocasos,
más, ensangrentado:
¡desde que te he visto
mi sangre he secado! 5

Mano de mi Cristo,
que como otro párpado
tajeada llora:
¡desde que te he visto
la mía no implora!

Brazos de mi Cristo,
brazos extendidos
sin ningún rechazo:
¡desde que os he visto
existe mi abrazo!

Costado de Cristo,
otro labio abierto
regando la vida:
¡desde que te he visto
rasgue mis heridas!

Mirada de Cristo,
por no ver su cuerpo,
al cielo elevada:
¡desde que te he visto
no miro mi vida
que va ensangrentada!

Cuerpo de mi Cristo,
te miro pendiente,
aún crucificado.
¡Yo cantaré cuando
te hayan desclavado!

¡Cuándo será? ¡Cuándo?
¡Dos mil años hace
que espero a tus plantas
y espero llorando!

El suplicio



Tengo ha veinte años en la carne hundido
—y es caliente el puñal
un verso enorme, un verso con cimeras
de pleamar.

De albergarlo sumisa, las entrañas 5
cansa: su majestad.
¿Con esta pobre boca que ha mentido
se ha de cantar?

Las Palabras caducas de los hombres
no han el calor
de sus lenguas de fuego, de su viva
tremolación.

Como un hijo, con cuajo de mi sangre
se sustenta él,
y un hijo no bebió más sangre en seno
de una mujer.

¡Terrible don! ¡Socarradura larga
que hace aullar!
El que vino a clavarlo en mis entrañas
¡tengapiedad!

In memoriam



Amado Nervo, suave perfil, labio sonriente;
Amado Nervo, estrofa y corazón en paz:
mientras te escribo, tienes losa sobre la frente,
baja en la nieve tu mortaja inmensamente
y la tremenda albura cayó sobre tu faz. 5

Me escribías: «¡Soy triste como los solitarios,
pero he vestido de sosiego mi temblor,
mi atroz angustia de la mortaja y el osario
y el ansia viva de Jesucristo, mi Señor!»

¡Pensar que no hay colmena que entregue tu dulzura;
que entre las lenguas de odio eras lengua de paz;
que se va el canto mecedor de la amargura,
que habrá tribulación y no responderás!

De donde tú cantabas se me levantó el día.
Cien noches con tu verso yo me he dormido en paz.
Aun era heroica y fuerte, porque aún te tenía;
sobre la confusión tu resplandor caía.
¡Y ahora tú callas, y tienes polvo, y no eres más!

No te vi nunca. No te veré. Mi Dios lo ha hecho.
¿Quién te juntó las manos?, ¿quién dio, rota la voz,

la oración de los muertos al borde de tu lecho?
¿Quién te alcanzó en los ojos el estupor de Dios?

Aun me quedan jornadas bajo los soles. ¿Cuándo
verle, dónde encontrarte y darte mi aflicción,
sobre la Cruz del Sur que me mira temblando,
a más allá, donde los vientos van callando,
y, por impuro, no alcanzará mi corazón?

Acuérdate de mí —lodo y ceniza triste—
cuando estés en tu reino de extasiado zafir.
A la sombra de Dios, grita lo que supiste:
que somos huérfanos, que vamos solos, que tú nos viste,
¡que toda carne con angustia pide morir!

Futuro



El invierno rodará blanco,
sobre mi triste corazón.
Irritará la luz del día;
me llegaré en toda canción.

Fatigará la frente el gajo
de cabellos, lacio y sutil.
¡Y del olor de las violetas
de Junio, se podrá morir!

Mi madre ya tendrá diez palmos
de ceniza sobre la sien. ¡O
No espigará entre mis rodillas
un niño rubio como mies.

Por hurgar en las sepulturas,
no veré ni el cielo ni el trigal.
De removerlas, la locura
en mi pecho se ha de acostar.

Y como se van confundiendo
los rasgos del que he de buscar,
cuando penetre en la Luz Ancha,
no lo podré encontrar jamás.

A la Virgen de la Colina



A beber luz en la colina,
te pusieron por lirio abierto,
y te cae una mano fina
hacia el álamo de mi huerto.

Y he venido a vivir mis días
aquí, bajo de tus pies blancos.
A mi puerta desnuda y fría
echa sombra tu mismo manto.

Por las noches lava el rocío
tres mejillas como una flor. ¡O
¡Si una noche este pecho mío
me quisiera lavar tu amor!

Más espeso que el musgo oscuro
de las grutas, mis culpas son;
es más terco, te lo aseguro,
que tu peña, mi corazón!

¡Y qué esquiva para tus bienes
y qué amarga hasta cuando amé!
El que duerme, rotas las sienas,
era mi alma ¡y no lo salvé!

Pura, pura la Magdalena
que amó ingenua en la claridad.
Yo mi amor escondí en mis venas.
¡Para mí no ha de haber piedad!

¡Oh!, creyendo haber dado tanto
ver que un vaso de hieles di!
El que vierto es tardío llanto.
Por no haber llorado ¡ay de mí!

Madre mía, pero tú sabe:
más me hirieron de lo que herí. 30
En tu abierto manto no cabe
la salmuera que yo bebí;

en tus manos no me sacudo
las espinas que hay en mi sien.
¡Si a tu cuello mi pena anudo 35
te pudiera ahogar también!

¡Cuánta luz las mañanas traen!
Ya no gozo de su zafir.
Tus rodillas no más me atraen
como al niño que ha de dormir. 40

Y aunque siempre las sendas llaman
y recuerdan mi paso audaz,
tu regazo tan sólo se ama
porque ya no se marcha más...

Ahora estoy dando verso y llanto
a la lumbre de tu mirar.
Me hace sombra tu mismo manto.
Si tú quieres, me he de limpiar.

Si me llamas subo el repecho
y a tu peña voy a caer.

Tú me guardas contra tu pecho.
(Los del valle no han de saber...)

La inquietud de la muerte ahora
turba mi alma al anochecer.
Miedo extraño en mis carnes mora.
¡Si tú callas, que voy a hacer!

A Joselín Robles



(En el aniversario de su muerte).

¡Pobre amigo!, yo nunca supe
de tu semblante ni tu voz;
sólo tus versos me contaron
que en tu lírico corazón
la paloma de los veinte años
tenía cuello gemidor!

(Algunos versos eran diáfanos
y daban timbre de cristal;
otros tenían como un modo
apacible de sollozar). 10

¿Y ahora? Ahora en todo viento
sobre el llano o sobre la mar,
bajo el malva de los crepúsculos
o la luna llena estival,
hinchas el dócil caramillo
—mucho más leve y musical—

¡sin el temblor incontenible
que yo tengo al balbucear
la invariable pregunta lívida

con que araña la oscuridad!

Tú, que ya sabes, tienes mansas
de Dios el habla y la canción;
yo muerdo un verso de locura
en cada tarde, muerto de sol.

Dulce poeta, que en las nubes
que ahora se rizan hacia el sur,
Dios me dibuje tu semblante
era dos sobrios toques de luz.

Y yo te escuche los acentos
en la espuma del surtidor, 30
para que sepa por el gesto
y te conozca por la voz,
¡si las lunas llenas no miran
escarlata tu corazón!

Credo



Creo en mi corazón, ramo de aromas
que mi Señor como una fronda agita,
perfumando de amor toda la vida
y haciéndola bendita.

Creo en mi corazón, el que en no pide
nada porque es capaz del sumo ensueño
y abraza en el ensueño lo creado
inmenso dueño!

Creo en mi corazón, que cuando canta
hunde en el Dios profundo el flanco herido, yo
para subir de la piscina viva
como recién nacido.

Creo en mi corazón, el que tremola
porque lo hizo el que turbó los mares,
y en el que da la Vida orquestaciones
como de pleamares.

Creo en mi corazón, el que yo exprimo
para teñir el lienzo de la vida
de rojez o palor, y que le ha hecho
veste encendida.

Creo en mi corazón, el que en la siembra
por el surco sin fin fue acrecentado.
Creo en mi corazón siempre vertido
pero nunca vaciado.

Creo en mi corazón en que el gusano
no ha de morder, pues mellará a la muerte;
creo en mi corazón, el reclinado
en el pecho de Dios terrible y fuerte.

Mis libros



(Lectura en la Biblioteca mexicana Gabriela Mistral).

Libros, callados libros de las estanterías,
vivos en su silencio, ardientes en su calma;
libros, los que consuelan, terciopelos del alma,
y que siendo tan tristes nos hacen la alegría!

Mis manos en el día de afanes se rindieron; 5
pero al llegar la noche los buscaron, amantes
en el hueco del muro donde como semblantes
me miran confortándome aquellos que vivieron.

¡Biblia, mi noble Biblia, panorama estupendo,
en donde se quedaron mis ojos largamente, 10
tienes sobre los Salmos como lavas hirvientes
y en su río de fuego mi corazón enciendo!

Sustentaste a mis gentes con tu robusto vino
y los erguiste recios en medio de los hombres,
y a mí me yergue de ímpetu sólo decir tu nombre;
porque yo de ti vengo he quebrado al Destino.

Después de ti, tan sólo me traspasó las huesos
con su ancho alarido, el sumo Florentino.

A su voz todavía como un junco me inclino;
por su rojez de infierno fantástica atravieso.

Y para refrescar en musgos con rocío
la boca, requemada en las llamas dantescas,
busqué las Florecillas de Asís, las siempre frescas
y en esas felpas dulces se quedó el pecho mío!

Yo vi a Francisco, a Aquel fino como las rosas,
pasar por su campiña más leve que era aliento,
besando el lirio abierto y el pecho purulento,
por besar al Señor que duerme entre las cosas.

¡Poema de Mistral, olor a surco abierto
que huele en las mañanas, yo te aspiré embriagada!
Vi a Mireya exprimir la fruta ensangrentada
del amor y correr por el atroz desierto.

Te recuerdo también, deshecha de dulzuras,
versos de Amado Nervo, con pecho de paloma,
que me hiciste más suave la línea de la loma, 35
cuando yo te leía en mis mañanas puras.

Nobles libros, de hojas amarillentas,
sois labios no rendidos de endulzar a los tristes,
sois la vieja amargura que nuevo manto viste:
desde Job hasta Kempis la misma voz doliente! 40

Los que cual Cristo hicieron la Vía-Dolorosa,
apretaron el verso contra su roja herida,
y es lienzo de Verónica la estrofa dolorida;
todo libro es purpúreo como sangrienta rosa!

¡Os amo, os amo, bocas de los poetas idos, 45
que deshechas en polvo me seguís consolando,
y que al llegar la noche estáis conmigo hablando,
junto a la dulce lámpara, con dulzor de gemidos!

De la página abierta aparto la mirada
¡oh muertos!, y mi ensueño va tejiéndoos semblantes:
las pupilas febriles, los labios anhelantes
que lentos se deshacen en la tierra apretada.

Gotas de hiel



No cantes; siempre queda
a tu lengua apegado
un canto: el que debió ser entregado.

No beses: siempre queda,
por maldición extraña, 5
el beso al que no alcanzan las entrañas.

Reza, reza que es dulce; pero sabe
que no acierta a decir tu lengua avara
el sólo Padre Nuestro que salvara.

Y no llames la muerte por clemente, 10
pues en las carnes de blancura inmensa,
un jirón vino quedará que siente
la piedra que te ahoga,
el gusano voraz que te destrenza.

El Dios triste



Mirando la alameda, de otoño lacerada,
la alameda profunda de vejez amarilla,
como cuando camino por la hierba segada
busco el rostro de Dios y palpo su mejilla.

Y en esta tarde lenta como una hebra de llanto
por la alameda de oro y de rojez yo siento
un Dios de otoño, un Dios sin ardor y sin canto
y lo conozco triste, lleno de desaliento!

Y pienso que tal vez Aquel tremendo y fuerte
Señor, al que cantara de su fuerza embriagada, no
existe, y que mi Padre que las mañanas vierte
tiene la mano laxa, la mejilla cansada.

Se oye en su corazón un rumor de alameda
de otoño: el desgajarse de la suma tristeza;
su mirada hacia mí como lágrima rueda
y esa mirada mustia me inclina la cabeza.

Y ensayo otra plegaria para este Dios doliente,
plegaria que del polvo del mundo no ha subido:
«Padre, nada te pido, pues te miro a la frente
y eres inmenso ¡inmenso!, pero te hallas herido».

Teresa Prats de Sarratea



Y ella no está y por más que hay sol y primaveras
es la verdad que soy más pobre que mendiga.
Aunque en Febrero esponjándose las parvas en las eras,
el sol es menos sol y menos luz la espiga.

Era la mansa, la silenciosa, la escondida, y
y de la carne sólo llevaba la apariencia;
pero cuando ella hablaba se hacía honda la vida
y el saberla en el mundo limpiaba la existencia.

Tenía aquellos ojos enormes que turbaran
como dos brechas trágicas del infinito. Pienso
que arriba donde se abren de nada se asombraron:
todo lo habían visto, lo mínimo y lo inmenso.

Estaba más cansada que el que marchase treinta
siglos por una estepa que el sol tremendo inunda.
Era todas las fuentes y se hallaba sedienta;
era también la fuente y estaba moribunda.

Yo no pregunto ahora si es lámpara o ceniza.
Como la sé gloriosa la canto sollozando;
pero lloro por mí, mezquina e indecisa,
que me mancho si caigo y que vacilo si ando.

Su huesa aroma más que esta acre primavera;
su rostro es el sereno del que por fin ha visto.
Sé que limpiase mi alma si hacia mí lo volviera;
sé que si abre los ojos me entrega entero a Cristo.

La sombra inquieta



I

Flor, flor de la raza mía, Sombra Inquieta,
¡que dulce y terrible tu evocación!
El Perfil de éxtasis, llama la silueta,
las sienes de nardo, ¡habla de canción;

Cabellera lengua de cálido manto,
pupilas de ruego, pecho vibrador;
ojos hondos para albergar más llanto;
pecho fino donde taladrar mejor.

Por suave, por alta, por bella ¡precita!
fatal siete veces; fatal ¡pobrecita!
por la honda mirada y el hondo pensar.

¡Ay!, quien te condene, vea tu belleza,
mire el mundo amargo, mida tu tristeza,
¡y en rubor cubierto rompa a sollozar!

II

¡Cuánto río y fuente de cuenca colmada,
cuánta generosa y fresca merced
de aguas, para nuestra boca socarrada!
¡Y el alma, la huérfana, muriendo de sed!

Jadeante de sed, loca de infinito,
muerta de amargura la tuya en clamor,
dijo su ansia inmensa por plegaria y grito;
¡Agar desde el vasto yermo abrasador!

Y para abrevarte largo, largo, largo,
Cristo dio a tu cuerpo silencio y letargo,
y lo apegó a su ancho caño saciador...

El que en maldecir tu duda se apure,
que puesta la mano sobre el pecho jure:
—«Mi fe no conoce zozobra, Señor».

III

Y ahora que su planta no quiebra la grama
de nuestros senderos, y en el caminar so
notamos que falta, tremolante llama,
su forma, pintando de luz el solar,

cuantos la quisimos abajo, apeguemos
la boca a la tierra, y a su corazón,

vaso de cenizas dulces, musitemos 35
esta formidable interrogación:

Hay arriba tanta leche azul de lunas,
tanta luz gloriosa de blondos estíos,
tanta insigne y honda virtud de ablución
que limpien, que laven, que albeen las brunas
manos que sangraron con garfios y era ríos
¡oh, Muerta!, ¿la carne de tu corazón?

Elogio de la canción



(Prólogo de «Canciones» Bodet del mexicano Torres).

¡Boca temblorosa,
boca de canción:
boca, la de Teócrito
y de Salomón!

La mayor caricia
que recibe el mundo,
abrazo el más vivo,
beso el más profundo.

Es el beso ardiente
de una canción:
la de Anacreonte
o de Salomón.

Como el pino mana
su resina suave,
como va espesándose
el plumón del ave,

entre las entrañas
se hace la canción,

y un hombre la vierte
blanco de pasión.

Todo ha sido sorbo
para las canciones:
cielo, tierra, mares,
civilizaciones...

Cabe el mundo entero
en una canción:
se trenza hecha mirto
con el corazón.

Alabo las bocas
que dieron canción: 30
la de Omar Kayyan,
la de Salomón.

Hombre, carne ciega
el rostro levanta
a la maravilla 35
del hombre que canta.

Todo lo que tu amas
en tierra y en cielo,
está entre tus labios.
pálidos de anhelo. 40

Y cuando te pones
su canto a escuchar,
tus entrañas se hacen
vivas como el mar.

Vivió en el Anahuac, 45
también en Sión:
es Netzahualcoyotl
como Salomón.

Aguijón de abeja
lleva la canción: 50
aunque va enmielada
punza de aflicción.

Reyes y mendigos
mecen sus rodillas:
él mueve sus almas
como las gavillas.

Amad al que trae
boca de canción:
el cantor es madre
de la Creación. 60

Se llamó Petrarca,
se llama Tagore:
numerosos nombres
del inmenso amor.

Envío



México, te alabo
en esta garganta
porque hecha de limo
de tus ríos canta.

Paisaje de Anáhuac,
suave amor eterno, 70
en estas estrofas
te has hecho falerno.

Al que te ha cantado
digo bendición:
¡por Netzahualcoyotl
y por Salomón!

La escuela

A la maestra señorita Fidelia
Valdés Pereira, gratitud.

La maestra rural



A Federico de Onís.

La maestra era pura. «Los suaves hortelanos», decía, «de este predio, que es predio de Jesús, han de conservar puros los ojos y las manos, guardar claros sus óleos, fiara dar clara luz».

La Maestra era pobre. Su reino no es humano. 5
(Así en el doloroso sembrador de Israel).
Vestía sayas fardas, no enjuyaba su mano
iy era todo su espíritu un inmenso joyel!

La Maestra era alegre. ¡Pobre mujer herida!
Su sonrisa fue un modo de llorar con bondad.
Por sobre la sandalia rota y enrojecida,
tal sonrisa, da insigne flor de su santidad.

¡Dulce ser! En su río de mieles, caudaloso,
largamente abrevaba sus tigres el dolor!
Los hierros que le abrieron el pecho generoso
imás anchas le dejaron las cuencas del amor!

¡Oh, labriego, cuyo hijo de su labio aprendía
el himno y la plegaria, nunca viste el fulgor

del lucero cautivo que en sus carnes ardía:
pasaste sin besar su corazón en flor!

Campesina, ¿recuerdas que alguna vez prendiste
su nombre a un comentario brutal o baladí?
Cien veces la miraste, ninguna vez la viste
¡y en el solar de tu hija, de ella hay más que de ti!

Pasó por él su fina, su delicada esteva,
abriendo surcos donde alojar perfección.
La albada de virtudes de que lento se nieva
es suya. Campesina, ¿no le pides perdón?

Daba sombra por una selva su encina hendida
el día en que la muerte la convidó a partir. 30
Pensando en que su madre la esperaba dormida,
a La de Ojos Profundos se dio sin resistir.

Y en su Dios se ha dormido, como en cojín de luna;
almohada de sus sienas, una constelación;
canta el Padre fiara ella sus canciones de cuna 35
¡y la paz llueve largo sobre su corazón!

Como un henchido vaso, traía el alma hecha
para volcar aljófares sobre la humanidad;
y era su vida humana la dilatada brecha
que suele abrirse el Padre para echar claridad. 40

Por eso aún el polvo de sus huesos sustenta
púrpura de rosales de violento llamear.
¡Y el cuidador de tumbas, cómo aroma, me cuenta,
las plantas del que huella sus huesos, al pasar!

La encina



A la maestra señorita
Brígida Walker.

I

Esta alma de mujer viril y delicada,
dulce en la gravedad, severa en el amor,
es una encina espléndida de sombra perfumada,
por cuyos brazos rudos trepara un mirto en flor.

Pasta de nardos suaves, fusta de robles fuertes, 5
le amasaron la cante rosa del corazón,
y aunque es altiva y recia, si miras bien adviertes
un temblor en sus hojas que es temblor de
emoción.

Dos millares de alondras el gorjeo aprendieron
en ella, y hacia todos los vientos se esparcieron 10

para poblar los cielos de gloria. ¡Noble encina,

déjame que te bese en el tronco llagado,
que con la diestra en alelo, tu macizo sagrado
largamente bendiga, como hechura divina!

II

El beso de los nidos, ¡fuerte!, no te ha agobiado.
Nunca la dulce carga pensaste sacudir.
No ha agitado tu fronda sensible otro cuidado,
que el ser ancha y espesa fiara saber cubrir.

La vida (un viento) pasa por tu vasto follaje
como un encantamiento, sin violencia, sin voz;
la vida tumultuosa golea en tu cordaje
con el sereno ritmo que es el ritmo de Dios.

De tanto albergar nido, de tanto albergar canto,
de tanto hacer tu seno aromosa tibieza,
de tanto dar servicio, y tanto dar amor,

todo tu leño heroico se ha vuelto, encina, santo.
Se te ha hecho en la fronda inmortal la belleza,
¡y pasará el otoño sin tocar tu verdor!

III

¡Encina, noble encina, yo te digo mi canto!
Que nunca de tu tronco mane amargor de llanto,
que delante de ti prosterne el leñador
de la maldad humana, sus hachas; y que cuando
el rayo de Dios hiérate, para ti se haga blando
y ancho como tu seno, el seno del Señor!

El corro luminoso



A mi hermana.

Corro de las niñas,
corro de mil niñas
a mi alrededor:
¡oh Dios!, yo soy dueña
de este resplandor! 5

En la tierra yerma,
sobre aquel desierto
mordido de sol,
¡mi corro de niñas
como inmensa flor!

En el llano verde,
al pie de los montes
que hería la voz,
¡el corro era un solo
divino temblor!

En la estepa inmensa,
era la estepa yerta
de desolación,
¡mi corro de niñas

ardiente de amor!

En vano queréis
ahogar mi canción:
¡Un millón de niños
la canta en un corro
debajo del sol!

En vano queréis
quebrarme la estrofa
de tribulación:
¡el corro la canta
debajo de Dios!

El himno cotidiano



A la señorita Virginia Trehwela.

En este nuevo día
que me concedes ¡oh Señor!
dame mi parte de alegría
y haz que consiga ser mejor.

Dame Tú el don de la salud, 5
la fe, el ardor, la intrepidez,
séquito de la juventud;
y la cosecha de verdad,
la reflexión, la sensatez,
séquito de la ancianidad. 10

Dichoso yo si, al fin del día,
un odio menos llevo en mí;
si una luz más mis pasos guía
y si un error más yo extinguí.

Y si por la rudeza mía
nadie sus lágrimas vertió,
y si alguien tuvo la alegría
que mi ternura le ofreció.

Que cada tumbo en el sendero
me vaya haciendo conocer
cada pedrusco traicionero
que mi ojo ruin no supo ver.

Y más potente me incorpore,
sin protestar, sin blasfemar.
Y mi ilusión la senda dore,
y mi ilusión me la haga amar.

Que dé la sumade bondad,
de actividades y de amor
que a cada ser se manda dar:
suma de esencias a la flor
y de albas nubes a la mar.

Y que, por fin, mi siglo engréido
en su grandeza material,
no me deslumbre hasta el olvido
de que soy barro y soy mortal.

Ame a los seres este día;
a todo trance halle la luz.
Ame mi gozo y mi agonía:
¡ame la prueba de mi cruz!

Piececitos...



A Jorge Guzmán Dinator.

Piececitos de niño,
azulosos de frío,
¡cómo os ven y no os cubren,
¡Dios mío!
¡Piececitos heridos 5
por los guijarros todos,
ultrajados de nieves
y lodos!

El hombre ciego ignora
que por donde pasáis, lo
una flor de luz viva
dejáis;
que allí donde ponéis
la plantita sangrante,
el nardo nace más
fragante.

Sed, puesto que marcháis
por los caminos rectos,
heroicos como sois
perfectos.

Piececitos de niño,
dos joyitas sufrientes,
¡cómo pasan sin veros
las gentes!

Manitas...



Manitas de los niños,
manitas pedigüeñas,
de los valles del mundo
sois dueñas.

Manitas de los niños
que hacia el árbol se tienden,
por vosotros los frutos
se encienden!

y los panales llenos
se vierten y se hienden. ¡o
¡Y los hombres que pasan
no entienden!

Manitas blancas hechas
como de suave harina,
la espiga por tocaros
se inclina.

Manitas extendidas
manos de pobrecitos,
benditos los que os colman
¡benditos!

Benditos los que oyendo

que parecéis un grito,
os devuelven el mundo
¡benditos!

Nubes blancas...



Ovejas blancas, dulces ovejas de vellones
que se inflan como un tul:
asomáis, cual mujeres, los rostros preguntones
tras la colina azul

Se diría que el cielo o el tiempo consultarais,
con ingenuo temor,
o que, para avanzar, un mandato esperarais.
¿Es que tenéis pastor?

—Sí que tenemos un pastor:
el viento errante. Él es.
Y una vez los vellones los trata con amor,
y con furia otra vez.

Y ya nos manda al norte o ya nos manda al sur.
Él manda y hay que ir...
Pero es, por las praderas del infinito azar, ¡
sabio en el conducir.

—Ovejas del vellón nevado,
¿tenéis dueño y señor?
Y si me confiara su divino ganado,
¿no me querríais por pastor?

—Claro es que la manada bella
su dueño tiene, como allá.
Detrás del oro trémulo de la trémula estrella,
pastor, dicen que está.

El seguimos por este valle tan dilatado
te puede fatigar.
Son también tus ovejas de vellón delicado
¿Las vas a abandonar?

Mientras baja la nieve



Ha bajado la nieve, divina criatura,
el valle a conocer.
Ha bajado la nieve, esposa de la estrella
¡Mirémosla caer!

¡Dulce! Llega sin ruido, como los suaves seres
que recelan dañar.

Así baja la luna y así bajan los sueños.
¡Mirémosla bajar!

¡Pura! Mira tu valle cómo lo está bordando
de su ligero azahar.
Tiene unos dulces dedos tan leves y sutiles
que rozan sin rozar.

¡Bella! ¡No te parece que sea el don magnífico
de un alto Donador?
Detrás de las estrellas su ancho pelo de seda
desgaja sin rumor.

Déjala que en la frente te diluya su pluma
y te prenda su flor.
¡Quién sabe si no trae un mensaje a los hombres,

de parte del Señor!

Plantando el árbol



Abramos la dulce tierra
con amor, con mucho amor;
es éste un acto que encierra,
de misterios, el mayor.

Cantemos mientras el tallo
toca el seno maternal
Bautismo de luz da un rayo
al cono piramidal.

Le entregaremos ahora
a la buena Agua y a vos,
noble Sol; a vos, señora
Tierra y al buen Padre Dios.

El Señor le hará tan bueno
como un buen hombre o mejor:
en la tempestad sereno, ¡
y en toda hora, amparador.

Te dejo en pie. Ya eres mío,
y te juro protección,
contra el hacha, contra el frío
y el insecto, y el turbión.

A tu vida me consagro;
descansarás en mi amor.
¿Qué haré que valga el milagro
de tu fruto y de tu flor?

Himno al árbol



A D. José Vasconcelos.

Árbol hermano, que clavado
por garfios pardos en el suelo,
la clara frente has elevado
en una intensa sed de cielo:

hazme piadoso hacia la escoria
de cuyos limos me mantengo,
sin que se duerma la memoria
del país azul de donde vengo.

Árbol que anuncias al viandante
la suavidad de tu presencia
con tu amplia sombra refrescante
y con el miedo de tu esencia:

haz que revele mi presencia,
en las praderas de la vida,
mi suave y cálida influencia
sobre las almas ejercida.

Árbol diez veces productor:
el de la poma sonrosada,
el del madero constructor,

el de la brisa perfumada,
el del follaje amparador;

el de las gomas suavizantes
y las resinas milagrosas,
pleno de tirsos agobiantes
y de gargantas melodiosas:

hazme en el dar un opulento.
¡Para igualarte en lo fecundo,
el corazón y el pensamiento
se me hagan vastos como el mundo!

Y todas las actividades
no lleguen nunca a fatigarme:
¡las magnas prodigalidades
salgan de mí sin agotarme!

Árbol donde es tan sosegada
la pulsación del existir,
y ves mis fuerzas la agitada
fiebre del siglo consumir:

hazme sereno, hazme sereno,
de la viril serenidad
que dio a los mármoles helenos
su soplo de divinidad.

Árbol que no eres otra cosa
que dulce entraña de mujer,
pues cada rama mece airosa
en cada leve nido un ser:

dame un follaje vasto y denso,
tanto como para precisar
los que en el bosque humano —inmenso—
rama no hallaron para hogar!

Árbol que donde quiera aliente
tu cuerpo lleno de vigor,
asumes invariablemente
el mismo gesto amparador:
haz que a través de toda estado
—niñez, vejez, placer, dolor—
asuma mi alma un invariado
y universal gesto de amor!

Plegaria por el nido



¡Dulce Señor, por un hermano pido,
indefenso y hermoso: ¡por el nido!

Florece en su plumilla el trino;
ensaya en su almohadita el vuelo.
¡Y el canto dices que es divino
y el ala casa de los cielos!

Dulce tu brisa sea al mecerlo,
dulce tu luna al platearlo,
fuerte tu rama al sostenerlo,
bello el rocío al disfrutarlo.

De su conchita delicada
tejida con hilacha rubia,
desvía el vidrio de la helada
y las guedejas de la lluvia;

desvía el viento de ala brusca
que lo dispersa a su caricia
y la mirada que lo busca,
toda encendida de codicia...

Tú, que me afeas los martirios

dados a tus criaturas finas:
al copo leve de tos lirios
y a las pequeñas clavelinas,

guarda su forma con cariño
y pálpala con emoción.
Tirita al viento como un niño; 2
iesparecido a un corazón!

Doña primavera



Doña Primavera
viste que es primor
de blanco, tal como
limonero en flor.

Lleva por sandalias
unas anchas hojas,
y por caravanas,
unas fucsias rojas.

Salid a encontrarla
por esas caminos.
¡Va loca de soles
y loca de trinos!

Doña Primavera,
de aliento fecundo,
se ríe de todas ¡
las frenas del mundo...

No cree al que le hable
de las vidas ruines.
¡Cómo va a entenderlas
entre sus jazmines?

¿Cómo va a entenderlas
junto de las fuentes
de espejos dorados
y cantos ardientes?

De la tierra enferma
en las hondas grietas,
enciende rosales
de rojas piruetas.

Pone sus encajes,
prende sus verduras,
en la piedra triste
de las sepulturas...

Doña Primavera
de manos gloriosas,
haz que por la vida
derramemos rosas:

Rosas de alegría,
rosas de perdón,
rosas de cariño
y de abnegación.

¡Echa la simiente!



El surco está abierto, y su suave hondor
bajo el sol semeja una cuna ardiente
¡Oh, labriego, tu obra es grata al Señor!
¡Echa la simiente!

Nunca, nunca, el hambre, negro segador,
a tu hogar se llegue solapadamente.
Para que haya pan, para que haya amor,
¡echa la simiente!

La vida conduces, rudo sembrador.
Canta himnos donde la esperanza aliente;
burla a la miseria y burla al dolor:
¡echa la simiente!

El sol te bendice, y acariciador
en el viento Dios te besa la frente.
Hombre que echas grano, hombre creador, ¡
¡prospera tu rubia simiente!

Promesa a las estrellas



Ojitos de las estrellas,
abiertos en un oscuro
terciopelo; desde lo alto,
¿me veis puro?

Ojitos de las estrellas,
prendidos en el sereno
cielo, decid: desde arriba,
¿me halláis bueno?

Ojitos de las estrellas,
de pestañita dorada,
os diré: ¡tenéis muy suave
la mirada!

Ojitos de las estrellas,
de pestañitas inquietas,
¿por qué sois azules, rojos ¡
y violetas?

Ojitos de la pupila
curiosa y trasnochadora,
¿por qué os borra cosa sus rosas
la aurora?

Ojitos, salpicaduras
de lágrimas o rocío,
cuando tembláis allá arriba,
¿es de frío?

Ojitos de las estrellas, 2
postrado en la tierra, os juro
que me habéis de mirar siembre,
siempre puro.

Verano



Verano, verano rey,
obrero de mano ardiente,
sé para los segadores
¡dueño de hornos!, más clemente.

Inclinados sobre el oro
áspero de sus espigas,
desfallecen. ¡Manda un viento
de frescas alas amigas!

Verano, la tierra abrasa:
llama tu sol allá arriba;
llama tu granada abierta;
llama el labio, llama viva!

La vid está fatigada
del producir abundoso.
El río se fuga, lánguido, ¡
de tu castigo ardoroso.

Echa un pañuelo de nube,
de clara nube extendida
sobre la vendimiadora
de la mejilla encendida.

Soberbio verano rey,
el de los hornos ardientes,
no te sorbas la frescura
era los labios de las fuentes...

Gracias por la fronda ardida
de fruto en los naranjales
y gracias por la amapola
que te incendia los trigales.

Hablando al padre



Padre: has de oír
este decir
que se me abre en los labios como flor...
Te llamaré
Padre, porque
la palabra me sabe a más amor.

Tuya me sé
pues que miré
en mi carne prendido tu fulgor.
Me has de ayudar
a caminar,
sin deshojar mi rosa de esplendor.

Me has de ayudar
a alimentar
como una llama azul mi juventud, y
sin material
basto y carnal:
icon olorosos leños de virtud!

Por cuanto soy
gracias te doy:
porque me abren los cielos su joyel,

me canta el mar
y echa el pomar
para mis labios en sus pomas miel.

Porque me das, 2
Padre, en la faz
la gracia de la nieve recibir
y por el ver
la tarde arder:
¡por el encantamiento de existir!

Por el tener
más que otro ser
capacidad de amor y de emoción
y el anhelar
y el alcanzar, 3
ir poniendo en la vida perfección.

Padre, para ir
por el vivir,
dame tu mano suave y tu amistad,
pues, te diré, 40
sola no sé
ir rectamente hacia tu claridad.

Dame el saber
de cada ser
a la huerta llamar con suavidad, 4
llevarle un don,
mi corazón,
¡y nevarle de lirios su heredad!

Dame el pensar
en Ti al rodar
herida en medio del camino. Así
no llamaré,

recordaré
el vendador sutil que alienta en Ti.

Tras el vivir,
dame el dormir
con los que aquí anudaste a mi querer.
Dé tu arrullar
hondo el soñar.
¡Hogar dentro de Ti nos has de hacer!

El ángel guardián



I

Es verdad, no es cuento.
Hay un Angel Guardián
que ve tu acción y ve tu pensamiento,
que con los niños va doquiera van.

Tiene cabellos suaves
de seda desflocada,
ojos dulces y graves
que dan la paz con sólo la mirada.
¡Ojos de alucinante claridad!
(No es un cuento, es verdad).

Tiene una mano hermosa
para proteger hecha.
En actitud de defender piadosa
levantada, acecha.
¡Mano grácil de suma idealidad! ¡

(No es un cuento, es verdad).

Tiene pie vaporoso.
El aura hace más ruido
que su andar armonioso.
Va sobre el suelo, pero no a él unido.
(No es un cuento, es verdad).

Bajo su ala de seda,
bajo de su ala azul, curva y rizada,
todo su cuerpo cuando duermes queda
y aspira una tibieza perfumada. 2
¡Ala que es congo un gesto de bondad!
(No es un cuento, es verdad).

II

Hace más dulce la pulpa madura
que entre tus labios golosos estrujas;
rompe a la nuez su tenaz envoltura
y es quien te libra de gnomos y brujas.

Gentil, te ayuda a que cortes las rosas;
vuelve más dura la linfa en que bebes;
te dice el modo de obrar de las cosas:
las que tú atraigas y las que repruebes. 3

Llora si acaso los nidos desojas,
y si la testa del lirio mutilas,
y si la frase brutal que sonroja
su acre veneno en tu boca destila.

Y aunque ese lazo que a ti le ha ligado
al de la carne y el alma semeja,
cuando su estigma te pone el pecado,
presa de horror y llorando se aleja.

Es verdad, no es un cuento.
Hay un Ángel Guardián 4
que ve tu acción y ve tu pensamiento,
que con los niños va doquiera van!

Caperucita roja



Caperucita Roja visitará a la abuela
que en el poblado próximo postra un extraño mal.
Caperucita Roja, da de los rizos rubios,
tiene el corazoncito tierno como un panal.

A las primeras luces ya se ha puesto en camino
y va cruzando el bosque con un pasito audaz.
Le sale al paso Maese Lobo, de ojos diabólicos.

«Caperucita Roja, cuéntame a dónde vas».
Caperucita es cándida como los lirios blancos...
—«Abuelita ha enfermado. Le llevo aquí un pastel
y un pucherito suave, que deslíe manteca.
¿Sabes del pueblo próximo? Vive a la entrada de él».

Y después, por el bosque discurriendo encantada,
recoge bayas rojas, corta ramas en flor,
y se enamora de unas mariposas pintadas 1
que le hacen olvidarse del viaje del Traidor...

El lobo fabuloso de blanqueados dientes,
ha pasado ya el bosque, el molino, el alcor,
y golpea en la plácida huerta de la abuelita,
que le abre. (A la niña ha anunciado el Traidor).

Ha tres días el pérfido no sabe de bocado.
¡Pobre abuelita inválida, quién la va a defender!
... Se la comió sonriendo, sabía y pausadamente
y se ha puesto en seguida sus ropas de mujer.

Tocan dedos menudos a la entornada puerta. 2
De la arrugada cama dice el Lobo. —«¿Quién va?»
La voz es ronca. Pero la abuelita está enferma,
la niña ingenua explica. —De parte de mamá».

Caperucita ha entrado, olorosa de bayas.
Le tiemblan en la mano gajos de salvia en flor.
«Deja los pastelitos; ven a entibiarme el lecho».
Caperucita cede al reclamo de amor.

De entre la cofia salen las orejas monstruosas.
«¿Por qué tan largas?», dice la niña con candor.
Y el velludo engañoso, abrazado a la niña: 3
«¿Para qué son tan largas? Para, oírte mejor».

El cuerpecito rosa le dilata los ojos.
El terror en la niña los dilata también.
—«Abuelita, decidme: ¿Por qué esos grandes ojos?»
—«Corazoncito mío, para mirarte bien...».

Y el viejo Lobo ríe, y entre la boca negra
tienen los dientes blancos un terrible fulgor.
—«Abuelita, decidme: Por qué esos grandes dientes»
—«Corazoncito, para devorarte mejor...»

Ha arrollado la bestia, bajo sus pelos ásperos,
el cuerpecito trémulo, suave como un vellón;
y ha molido las carnes, y ha molido los huesos,
y ha exprimido como una cereza el corazón...

A Noel



¡Noel, el de la noche del prodigio,
Noel de barbas caudalosas,
Noel de las sorpresas delicadas
y las sandalias sigilosas!

Esta noche te dejo mi calzado
colgando en los balcones:
antes que hayas pasado frente a ellos,
no viertas tus bolsones.

Noel, Noel, te vas a encontrar húmedas
mis medias de rocío,
mirando con ojitos que te atisban
las barbazas de río...

Sacude el llanto y deja cada una
perfumada y llenita,
con el anillo de la Cenicienta
y el lobo de Caperucita...

Y no olvides a Marta. También deja
su zapatito abierto.
Es mi vecina, y yo la quiero, desde
que su mamita ha muerto.

Noel, dulce Noel, de las manazas
florecidas de domes,
de los ojitos pícaros y azules
y la barba en vellones!...

Caricia



Madre, madre, tú me besas;
pero, yo te beso más.
Como el agua en los cristales
son mis besos en tu faz.

Te he besado tanto, tanto, 2
que de mi cubierta estás
y el enjambre de mis besos
no te deja ya mirar...

Si la abeja se entra al lirio,
no se siente su aletear.
Cuando tú al hijito escondes
no se le oye respirar...

Yo te miro, yo te miro
sin cansarme de mirar,
y qué lindo niño veo 3
a tus ojos asomar...

El estanque copia todo
lo que tú mirando estás;
pero tú en los ojos copias
a tu niño y nada más.

Los ojitos que me diste
ya los tengo que gastar
en seguirte por los valles
por el cielo y por el mar...

Dulzura



Madrecita mía,
madrecita tierna,
déjame decirle dulzuras extremas.

Es tuyo mi cuerpo
que hiciste cual ramo.
Deja revolverlo
sobre tu regazo.

Juega tú a ser hoja
y yo a ser rocío:
sobre tus dos brazos
tenme suspendido.

Madrecita mía
todito mi mundo,
déjame decirte
los cariños sumos.

Obrerito



Madre, cuando sea grande
¡ay!, qué mozo el que tendrás!
Te levantaré en mis brazos,
como el viento alza el trigal.

Yo no sé si haré tu casa
cual me hiciste tú el pañal
o si fundiré los bronce,
los que son eternidad.

Qué hermosa casa ha de hacerle
tu niño, tu titán,
y qué sombra tan amante
el alero le va a dar.

Yo te regaré una huerta
y tu falda he de colmar
con las frutas perfumadas: ¡
pura miel y suavidad.

O mejor te haré tapices
y la juncia he de trenzar;
o mejor tendré un molino,
el que canta y hace el pan.

¡Ay!, qué alegre tu hombrecito
en la fragua va a cantar
o en la rueda del molino
o en las jarcias y en el mar.

Cuenta, cuenta las ventanas 2
que estas manos abrirán;
cuenta, cuenta las gavillas
si las puedes tú contar...

(Con la greda purpurina
me enseñaste tú a crear,
y me diste en tus canciones
todo el valle y todo el mar...)

¡Ay, qué hermoso niño el tuyo
que jugando te pondrá
en lo alto de las parvas
y en las olas del trigal!...

Rondas de niños



A D. Enrique Molina

Las madres contando batallas
sentadas están al umbral.
Los niños se fueron al campo,
la roja amapola a cortar.

Se han puesto a jugar a los ecos
al pie de su cerro alemán.
(Los niños del lado de Francia
rompieron también a cantar).

El canto los montes pasaba.
(El mundo parece cristal).
Y a cada canción las dos rondas
han ido acercándose más.

La frase del cauto no entienden,
mas luego se van a encontrar,
y cuando a los ojos se miren
las manos tejiéndose irán...

Las madres saldrán en su busca
y en lo alto se van a encontrar,

y al ver la viviente guirnalda,
su llanto va a ser manantial!

Los hombres saldrán en su busca,
y el corro tan ancho será,
que siendo vergüenza romperlo
riendo en da ronda entrarán...

Después bajarán a las eras
a hacer sin sollozos su pan.
Y cuando la tarde se apague,
la ronda en lo alto estará...

¿En dónde tejemos la ronda?



I

¿En dónde tejemos la ronda?
¿La haremos a orillas del mar?
El mar danzará con mil olas,
haciendo una trenza de azahar.

¿La paremos al pie de los montes?
El monte naos va a contestar.
¿Será cual si todas quisiesen,
las piedras del mundo, cantar!

¿La haremos mejor en el bosque?
Él va voz y voz a mezclar,
y cantos de niños y de aves
se irán en el viento a besar.

¿Haremos la ronda infinita:
la iremos al bosque a trenzar,

la haremos al pie de los montes, ¡
y en todas las playas del mar!

II

La margarita

El cielo de Diciembre es puro
y la fuente mana, divina,
y la hierba llamó temblando
a hacer la ronda en la colina.

Las madres miran desde el valle,
y sobre la alta hierba fina,
ven una inmensa margarita,
que es nuestra ronda en la colina.

Ven una margarita blanca
que se levanta y que se inclina,
que se desata y que se anuda,
y que es la ronda en la colina.

Era este día abrió una rosa
y perfumó la clavelina,
nació en el valle un corderillo
e hicimos ronda en la colina...

III

Invitación

¿Qué niño no quiere a la ronda
que está en las colinas venir?
Aquellos que se han rezagado
se ven por la cuesta subir.

Vinimos los niños buscando
por viñas, majadas y hogar.
Y todos cantando se unieron
y el corro hace el valle blanquear...

IV

Dame la mano

Dame la mano y danzaremos;
dame la mano y me amarás.
Como una sola flor seremos,
como una flor, y nada más...

El mismo verso cantaremos,
al mismo paso bailarás.
Como una espiga ondularemos,
como una espiga, y nada más.

Te llamas Rosa y yo Esperanza;

pero tu nombre olvidarás,
porque seremos una danza 3
en la colina, y nada más.

V

Los que no danzan

Una niña que es inválida
dijo: —«¿Cómo danzo yo?»
Le dijimos que pusiera
a danzar su corazón...

Luego dijo la quebrada:
—«¿Cómo cantaré yo?»
Le dijimos que pusiera
a cantar su corazón...

Dijo el pobre cardo muerto: 4
—«¿Cómo, cómo danzo yo?»
Le dijimos: —«Pon al viento
a volar tu corazón...»

Dijo Dios desde la altura:
—«¿Cómo bajo del azul?» o
Le dijimos que bajara
a danzarnos en la luz.

Todo el valle está danzando
en un corro bajo el sol,

y al que no entra se le hace
tierra, tierra el corazón.

VI

La tierra

Danzamos en tierra chilena,
más suave que rosas y miel,
la tierra que amasa a los hombres
de labios y pecho sin hiel...

La tierra más verde de huertos,
la tierra más rubia de mies,
la tierra más roja de viñas,
¡qué dulce que roza los pies!

Su polvo hizo nuestras mejillas, 6
su río hizo nuestro reír,
y besa los pies de la ronda
que la hace cual madre gemir.

Es bella, y por bella queremos
su césped de rondas albear; 70
es libre y por libre queremos
su rostro de cantos bañar...

Mañana abriremos sus rocas,
la haremos viñedo y pomar;
mañana alzaremos sus pueblos: 7

¡hoy sólo sabemos danzar!

VII

Jesús

Haciendo la ronda,
la montaña no arde.
El sol ha caído;
se nos fue la tarde.

Pero la ronda seguirá,
aunque en el cielo el sol no está.

Danzando, danzando,
la viviente fronda
no lo oyó venir &
y entrar en la ronda.

Ha abierto el corro, sin rumor
y al centro está hecho resplandor.

Callando va el canto,
callando de asombro.
Se oprimen las manos,
se oprimen temblando.

Y giramos a Su redor
y sin romper el resplandor.

Ya es silencio el coro,

ya ninguno canta:
se oye el corazón
en vez de garganta.

¡Y mirando Su rostro arder,
nos va a hallar el amanecer!

VIII

Todo es ronda

Los astros son ronda de niños,
jugando la tierra a mirar...
Los trigos son talles de niñas
jugando a ondular... a ondular...

Los ríos son rondas de niños
jugando a encontrarse en el mar...
Las olas son rondas de niñas,
jugando este mundo a abrazar...

Himno de la escuela Gabriela Mistral



¡Oh! Creador, bajo tu luz cantamos
porque otra vez nos vuelves la esperanza.
Como los surcos de la tierra alzamos
la exhalación de nuestras alabanzas.

Gracias a Ti por el glorioso día
en el que van a erguirse las acciones;
por la alborada llena de alegría
que baja al valle y a los corazones.

Se alcen las manos, las que Tú tejiste,
frescas y vivas sobre las faenas.
Se alcen los brazos que con luz heriste
en un temblor dorado de colmenas.

Somos planteles de hijas todavía;
haznos el alma recta y poderosa
Para ser dignas era el sumo día
en que seremos el plantel de esposas.

Venos crear a tal honda semejanza,
con voluntad insigne de hermosura;
trenzar, trenzar, divinas de confianza
el lino blanco con la lana pura.

Mira cortar el pan de las espigas;
poner los frutos en la clara mesa;
tejer la juncia que nos es amiga;
¡crear, crear, mirando a tu belleza!

El hijo nuestro encontrará extendido
ya su pañal con suavidad de luna;
el hijo nuestro va a encontrar henchido
el labio ardiente de canción de cuna.

¡Oh!, Creador de manos soberanas,
sube el futuro en la canción ansiosa,
que ahora somos el plantel de hermanas,
pero seremos el plantel de esposas.

El encuentro



Le he encontrado en el sendero.

No turbó su ensueño el agua
ni se abrieron más las rosas;
pero abrió el asombro mi alma.
¡Y una pobre mujer tiene
su cara llena de lágrimas!

Llevaba un canto ligero
en la boca descuidada,
y al mirarme se le ha vuelto
hondo el canto que entonaba.
Miré la senda, la hallé
extraña y como soñada.
¡Y en el alba de diamante
tuve mi cara con lágrimas!

Siguió su marcha cantando
y se llevó mis miradas...
Detrás de él no fueron más
azules y altas las salvias.
¡No importa! Quedó en el aire
estremecida mi alma.
¡Yaunque ninguno me ha herido
tengo la cara con lágrimas!

Esta noche no ha velado
como yo junto a la lámpara;
como él ignora, no punza 2
su pecho de nardo mi ansia;
pero tal vez por su sueño
pase un olor de retamas,
¡porque una pobre mujer
tiene su cara con lágrimas!

Iba sola y no temía;
con hambre y sed no lloraba;
desde que lo vi cruzar,
mi Dios me vistió de llagas.

Mi madre en su lecho reza 3
por mí su oración confiada.
¡Pero yo tal vez por siempre
tendré mi cara con lágrimas!

Amo amor



Anda libre en el surco, bate el ala en el viento,
late vivo en el sol y se prende al pinar.
No te vale olvidarlo como al mal pensamiento:
¡le tendrás que escuchar!

Habla lengua de bronce y habla lengua de ave,
ruegos tímidos, imperativos de mar.
No te vale ponerle gesto audaz, ceño grave:
¡lo tendrás que hospedar!

Gasta trazas de dueño; no le ablandan excusas.
Rasga vasos de flor, hiende el hondo glaciar.
No te vale el decirle que albergarlo rehusas:
¡lo tendrás que hospedar!

Tiene argucias sutiles en la réplica fina,
argumentos de sabios, pero en voz de mujer.
Ciencia humana te salva, menos ciencia divina: ¡
¡le tendrás que creer!

Te echa venda de lino; tú la venda toleras.
Te ofrece el brazo cálido, no le sabes huir.
Echa a andar, tú le sigues hechizada aunque vieras
¡que eso para en morir!

El amor que calla



Si yo te odiara, mi odio te daría
en las palabras, rotundo y seguro;
pero te amo y mi amor no se confía
a este hablar de los hombres, ¡tan oscuro!

Tú lo quisieras vuelto un alarido,
y viene de tan hondo que ha deshecho
su quemante raudal, desfallecido,
antes de la garganta, antes del pecho.

Estoy lo mismo que estanque colmado
y te parezco un surtidor inerte.
¡Todo por mi callar atribulado
que es más atroz que el entrar en la muerte!

Éxtasis



Ahora, Cristo, bájame los párpados,
pon en la boca escarcha,
que están de sobra ya todas las horas
y fueron dichas todas las palabras.

Me miro, nos miramos en silencio
mucho tiempo, clavadas,
como en la muerte, las pupilas. Todo
el estupor que blanquea las caras
en la agonía, albeaba nuestros rostros.
¡Tras de ese instante, ya no resta nada!

Me habló convulsamente;
le hablé, rotas, cortadas
de plenitud, tribulación y angustia,
las confusas palabras.
Le hablé de su destino y mi destino, y
amasijo fatal de sangre y lágrimas.

Después de esto ¡lo sé!, ¡no queda nada!
¡Nada! Ningún perfume que no sea
diluido al rodar sobre mi cara.

Mi oído está cerrado,

mi boca está sellada.
¡Qué va a tener razón de ser ahora
para mis ojos en la tierra pálida!
¡ni las rosas sangrientas
ni las nieves calladas!

Por eso es que te pido,
Cristo, al que no clamé de hambre angustiada:
ahora, para mis pulsos,
y mis párpados baja!

Defiéndeme del viento
la carne en que rodaron sus palabras;
líbrame de la luz brutal del día
que ya viene, esta imagen.
Recíbeme, voy plena,
¡tan plena voy como tierra inundada!

Íntima



Tú no oprimas mis manos.
Llegará el duradero
tiempo de reposar con mucho polvo
y sombra en los entretnejidos dedos.

Y dirías: —«No puedo
amarla, porque ya se desgranaron
como mieses sus dedos».

Tú no beses mi boca.
Vendrá el instante lleno
de luz menguada, en que estaré sin labios
sobre un mojado suelo.

Y dirías: —«La amé, pero no puedo
amarla más, ahora que no aspira
el olor de retamas de mi beso».

Y me angustiara oyéndote,
y hablaras loco y ciego,
que mi mano será sobre tu frente
cuando rompan mis dedos,
y bajará sobre tu cara llena
de ansia mi aliento.

No me toques, por tanto. Mentiría
al decir que te entrego
mi amor en estos brazos extendidos,
en mi boca, en mi cuello,
y tú, al creer que lo bebiste todo,
te engañarías como un niño ciego.

Porque mi amor no es sólo esta gavilla
reacia y fatigada de mi cuerpo,
que tiembla entera al roce del cilicio
y que se me rezaga en todo vuelo.

Es lo que está en el beso, y no es el labio;
lo que rompe la voz, y no es el pecho:
¡es un viento de Dios, que pasa hendiéndome
el gajo de las carnes, volandero!

Dios lo quiere



I

La tierra se hace madrastra
si tu alma vende a mi alma.
Llevan un escalofrío
de tribulación las aguas.
El mundo fue más hermoso
desde que yo te fui aliada,
cuando junto de un espino
nos quedamos sin palabras,
¡y el amor como el espino
nos traspasó de fragancia!

Pero te va a brotar víboras
la tierra si vendes mi alma;
baldías del hijo, rompo
mis rodillas desoladas.
Se apaga Cristo en mi pecho I

iy la puerta de mi casa
quiebra la mano al mendigo
y avienta a la atribulada!

II

Beso que tu, boca entregue
a mis oídos alcanza,
porque las grutas profundas
me devuelven tus palabras.
El polvo de los senderos
guarda el olor de tus plantas
y oteándolas como un siervo, 2
te sigo por las montañas...

A la que tú ames, las nubes
la pintan sobre mi casa,
Ve cual ladrón a besarla
de la tierra en las entrañas;
mas, cuando el rostro le alces,
hallas mi cara con lágrimas

III

Dios no quiere que tú tengas

sol si conmigo no marchas;
Dios no quiere que tú bebas 3
si yo no tiemblo en tu agua;
no consiente que tú duermas
sino en mi trenza ahuecada.

IV

Si te vas, hasta en los musgos
del camino rompes mi alma;
te muerden la sed y el hambre
en todo monte o llanada
y en cualquier país las tardes
con sangre serán mis llagas.
Y destilo de tu lengua 4
aunque a otra mujer llamaras,
y me clavo como un deajo
de salmuera en tu garganta;
y odies, o cantes, o ansíes,
¡por mí solamente clamas!

V

Si te vas y mueres lejos,

tendrás la mano ahuecada
diez años bajo la tierra
para recibir mis lágrimas,
sintiendo cómo te tiemblan
las carnes atribuladas,
¡Hasta que te espolvoreen
mis huesos sobre la cara!

Desvelada



Como soy reina y fui mendiga, ahora
vivo en puro temblor de que me dejes,
y te pregunto, pálida, a cada hora:
«¿Estás conmigo aún? ¡Ay!, ¡no te alejes!»

Quisiera hacer las marchas sonriendo
y confiando ahora que has venido;
pero hasta en el dormir estoy temiendo
y pregunto entre sueños: —«¿No te has ido?»

Vergüenza



Si tú me miras, yo me vuelvo hermosa
como la hierba a que bajó el rocío,
y desconocerán mi faz gloriosa
las altas cañas cuando baje al río.

Tengo vergüenza de mi boca triste,
de mi voz rota y mis rodillas rudas;
ahora que me miraste y que viniste,
me encontré pobre y me palpé desnuda.

Ninguna piedra en el camino hallaste
más desnuda de luz en la alborada
que esta mujer a la que levantaste,
porque oíste su canto, la mirada.

Yo callaré para que no conozcan
mi dicha los que pasan por el llano,
en el fulgor que da a mi frente tosca
y en la tremolación que hay en mi mano...

Es noche y baja a la hierba el rocío;
mírame largo y habla con ternura,
¡que ya mañana al descender al río
la que besaste llevará hermosura!

Balada



Él pasó con otra;
yo le vi pasar.
Siempre dulce el viento
y el camino en paz.
¡Y estos ojos míseros
le vieron pasar!

Él va amando a otra
por la tierra en flor.
Ha abierto el espino;
pasa una canción.
¡Y él va amando a otra
por la tierra en flor!

Él besó a la otra
a orillas del mar;
resbaló en las olas y
la luna de azahar.
¡Y no untó mi sangre
la extensión del mar!

El irá con otra
por la eternidad.
Habrá cielos dulces.

(Dios quiere callar)
¡Y él irá con otra
por la eternidad!

Tribulación



En esta hora, amarga como un sorbo de mares,
Tú sosténme, Señor.

¡Todo se me ha llenado de sombras el camino
y el grito de pavor!

Amor iba en el viento como abeja de fuego,
y en las agitas ardía.

Me socarró la boca, me acibaró la trova,
y me aventó los días.

Tú viste que dormía al margen del sendero,
la frente de paz llena;

Tú viste que vinieron a tocar los cristales
de mi fuente serena.

Sabes cómo la triste temía abrir el párpado
a la visión terrible;

¡y sabes de qué modo maravilloso hacía-se
el prodigio indecible!

Ahora que llego, huérfana, tu zona por señales
confusas rastreando,

Tú no esquives el rostro, Tú no apagues la lámpara,
¡Tú no sigas callando!

Tú no cierres la tienda, que crece la fatiga
y aumenta la amargura;

y es invierno, y hay nieve, y la noche se puebla
de muecas de locura.

¡Mira! De cuantos ojos veía abiertos sobre
mis sendas tempraneras,
de un cuajo de neveras...

Nocturno



Padre Nuestro que estás en los cielos,
¡por qué te has olvidado de mí!
Te acordaste del fruto en Febrero,
al llagarse su pulpa rubí.
¡Llevo abierto también mi costado,
y no quieres mirar hacia mí!

Te acordaste del negro racimo,
y lo diste al lagar carmesí;
y aventaste las hojas del álamo,
con tu aliento, en el aire sutil.
¡Y en el ancho lagar de la muerte
aun no quieres mi pecho oprimir!

Caminando, vi abrir las violetas;
el falerno del viento bebí,
y he bajado, amarillos, mis párpados, ¡
por no ver más Enero ni Abril.

Y he apretado la boca, anegada
de la estrofa que no he de exprimir.
¡Has herido la nube de Otoño
y no quieres volverte hacia mí!

Me vendió el que besó mi mejilla;
me negó por la túnica ruin.
Yo en mis versos el rostro con sangre,
como Tú sobre el paño, le di,
y en mi noche del Huerto, me han sido 2
Juan cobarde y el Ángel hostil.

Ha venido el cansancio infinito
a clavarse en mis ojos, al fin:
el cansancio del día que muere
y el del alba que debe venir;
iel cansancio del cielo de estaño
y el cansancio del cielo de añil!

Ahora suelto la mártir sandalia
y las trenzas pidiendo dormir.
Y perdida en la noche, levanto 3
el clamor aprendido de Ti:
¡Padre Nuestro que estás en los cielos,
por qué te has olvidado de mí!

Los sonetos de la muerte



I

Del nicho helado en que los hombres te pusieron,
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,
y que hemos de soñar sobre la misma almohada.
Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna
al recibir tu cuerpo de niño dolorido.

Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas,
y en la azulada y leve polvareda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.

Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,
¡porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna
bajará a disputarme tu puñado de huesos!

II

Este largo cansancio se hará mayor un día, 1
y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir
arrastrando su masa por la rosada vía,
por donde van los hombres, contentos de vivir...

Sentirás que a tu lado cavan briosamente,
que otra dormida llega a la quieta ciudad.
Esperaré que me hayan cubierto totalmente...
¡y después hablaremos por una eternidad!

Sólo entonces sabrás el porqué, no madura
para las hondas huesas tu carne todavía,
tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir. 2

Se hará luz en la zona de los sinos, oscura;
sabrás que en nuestra alianza signo de astros había
y, roto el pacto enorme, tenías que morir...

III

Malas manos tomaron tu vida desde el día
en que, a una señal de astros, dejara su plantel
nevado de azucenas. En gozo florecía.
Malas manos entraron trágicamente en él...

Y yo dije al Señor: —«Por las sendas mortales
le llevan. ¡Sombra amada que no saben guiar!
¡Arráncalo, Señor, a esas manos fatales 3

o le hundes en el largo sueño que sabes dar!

¡No le puedo gritar, no le puedo seguir!
Su barca empuja un negro viento de tempestad.
Retórnalo a mis brazos o le siegas en flor».

Se detuvo la barca rosa de su vivir...
¿Qué no sé del amor, que no tuve piedad?
¡Tú, que vasa juzgarme, lo comprendes, Señor!

Interrogaciones



*¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los suicidas?
¿Un cuajo entre la boca, las dos sienas vaciadas,
las lunas de los ojos albas y engrandecidas,
hacia un ancla invisible las manos orientadas?
¿O Tú llegas después que los hombres se han ido,
y les bajas el párpado sobre el ojo cegado,
acomodas las vísceras sin dolor y sin ruido
y entrecruzas las manos sobre el pecho callado?*

*El rosal que los vivos riegan sobre su huesa
¿no le pinta a sus rosas unas formas de heridas?
¿no tiene acre el olor, siniestra la belleza
y las frondas menguadas de serpientes tejidas?*

*Y responde, Señor: cuando se fuga el alma,
por la mojada puerta de las hondas heridas,
¿entra en la zona tuya hendiendo el aire en calma
o se oye un crepitar de alas enloquecidas?
o se oye un crepitar de alas enloquecidas?*

*¿Angosto cerco lívido se aprieta en torno suyo?
¿El éter es un campo de monstruos florecido?
¿En el pavor no aciertan ni con el nombre tuyo?
¿O lo gritan, y sigue tu corazón dormido?*

¿No hay un rayo de sol que los alcance un día?
¿No hay agua que los lave de sus estigmas rojos?
¿Para ellos solamente queda tu entraña fría,
sordo tu oído fino y apretados tus ojos? 2

Tal el hombre asegura, por error o malicia;
mas yo, que te he gustado, como un vino, Señor,
mientras los otros siguen llamándote Justicia,
no te llamaré nunca otra cosa que Amor!

Yo sé que como el hombre fue siempre zarpa dura;
la catarata, vértigo; aspereza, la sierra,
Tú eres el vaso donde se esponjan de dulzura
los nectarios de todos los huertos de la Tierra!

La espera inútil



Yo me olvidé que se hizo
ceniza tu pie ligero,
y, como en los buenos tiempos,
salí a encontrarte al sendero.

Pasé valle, llano y río
y el cantar se me hizo triste.
La tarde volcó su vaso
de luz ¡y tú no viniste!

El sol fue desmenuzado
su ardida y muerta amapola;
fleclos de niebla temblaron
sobre el campo. ¡Estaba sola!

Al viento otoñal, de un árbol
crujieron los secos brazos.
Tuve miedo y te llamé: ¡
«¡Amado, apresura el paso!

Tengo miedo y tengo amor,
¡amado, el paso apresura!»
Iba espesando la noche
y creciendo mi locura.

Me olvidé de que te hicieron
sordo para mi clamor;
me olvidé de tu silencio
y de tu cárdeno albor;
De tu inerte mano torpe
ya para buscar mi mano;
¡de tus ojos dilatados
del inquirir soberano!

La noche ensanchó su charco
de betún; el agorero
búho con la horrible seda
de su ala rasgó el sendero.

No te volveré a llamar
que ya no haces tu jornada;
mi desnuda planta sigue,
la tuya está sosegada.

Vano es que acuda a la cita
por los caminos desiertos.
¡No ha de cuajar tu fantasma
entre mis brazos abiertos!

La obsesión



Me toca en el relente;
se sangra en los ocasos;
me busca con el rayo
de luna por los antros.

Como a Tomás el Cristo,
me hunde la mano pálida,
porque no olvide, dentro
de su herida mojada.

Le he dicho que deseo
morir, y él no lo quiere,
por palparme en los vientos,
por cubrirme en las nieves;

Por moverse en mis sueños,
como a flor de semblante,
por llamarme en el verde
pañuelo de los árboles.

¿Si he cambiado de cielo?
Fui al mar y a la montaña
y caminó a mi vera
y hospedó en mis posadas.

¡Que tú, amortajadora descuidada,
no cerraste sus párpados,
ni ajustaste sus brazos en la caja!

Coplas



Todo adquiere en mi boca
un sabor persistente de lágrimas:
el manjar cotidiano, la trova
y hasta la plegaria.

Yo no tengo otro oficio
después del callado de amarte,
que este oficio de lágrimas, duro,
que tú me dejaste.

¡Ojos apretados
de calientes lágrimas!
¡boca atribulada y convulsa,
en que todo se me hace plegaria!

¡Tengo una vergüenza
de vivir de este modo cobarde!
¡Ni voy en tu busca
ni consigo tampoco olvidarte!

Un remordimiento me sangra
de mirar un cielo
que no ven tus ojos,
¡de palpar las rosas

que sustenta la cal de tus huesos!

Carne de miseria,
gajo vergonzante, muerto de fatiga,
que no baja a dormir a tu lado,
que se aprieta, trémulo, 2
al impuro pezón de la Vida!

Ceras eternas



¡Ah! Nunca más conocerá tu boca
la vergüenza del beso que chorreaba
concupiscencia como espesa lava!

Vuelven a ser dos pétalos nacientes,
esponjados de miel nueva, los labios

¡Ah! Nunca más conocerán tus brazos
el mundo horrible que en mis días puso
oscuro horror: ¡el nudo de otro abrazo!...

Por el sosiego puros,
quedaron en la tierra distendidos,
¡ya, Dios mío, seguros!

¡Ah! Nunca más tus dos iris cegados
tendrán un rostro descompuesto, rojo
de lascivia, en sus vidrios dibujado!

¡Benditas ceras fuertes, ¡
ceras heladas, ceras eternas
y duras, de la muerte!

¡Bendito toque sabio;

con que apretaron ojos, con que apegaron brazos,
con que juntaron labios!

¡Duras ceras benditas,
ya no hay brasa de besos lujuriosos
que os quiebren, que os desgasten, que os derritan!]

Volverlo a ver



¿Y nunca, nunca más, ni en noches llenas
de temblor de astros, ni en las alboradas
vírgenes, ni en las tardes inmoladas?

¿Al margen de ningún sendero pálido,
que ciñe el campo, al margen de ninguna
fontana trémula, blanca de luna?

¿Bajo las trenzaduras de la selva
donde llamándolo me ha anochecido,
ni en la gruta que vuelve mi alarido?

¡Oh!, ¡no! Volverlo a ver, no importa dónde,
en remansos de cielo o en vórtice hervidor,
bajo una lunas plácidas o en un cárdeno horror!

¡Y ser con él todas las primaveras
y los inviernos, en un angustiado
nudo, en torno a su cuello ensangrentado!

El surtidor



Soy cual el surtidor abandonado
que muerto sigue oyendo su rumor.
En sus labios de piedra se ha quedado
tal como en mis entrañas el fragor.

Y creo que el destino no ha venido
su tremenda palabra a desgajar;
que nada está segado ni perdido,
que si extendiendo mis brazos te he de hallar.

Soy como el surtidor enmudecido.
Ya otro en el parque erige su canción;
pero como de sed ha enloquecido,
¡sueña que el canto está en su corazón!

Sueña que erige hacia el azul gorjeantes
rizos de espuma. ¡Y se apagó su voz!
Sueña que el agua colma de diamantes
vivos su pecho. ¡Y lo ha vaciado Dios!

La condena



¡Oh fuente de turquesa pálida!
¡oh rosal de violenta flor!
¡cómo tronchar tu llama cálida
y hundir el labio en tu frescor!

Profunda fuente del amar,
rosal ardiente de los besos,
el muerto manda caminar
hacia su tálamo de huesos.

Llama la voz clara e implacable
en la honda noche y en el día
desde su caja miserable.

¡Oh, fuente, el fresco labio cierra,
que si se bebiera se alzaría
aquel que está caído en tierra!

El vaso



Yo sueño con un vaso de humilde y simple arcilla,
que guarde tus cenizas cerca de mis miradas;
y la pared del vaso te será mi mejilla,
y quedarán mi alma y tu alma apaciguadas.

No quiero espolvorearlas en vaso de oro ardiente,
ni en la ánfora pagana que carnal línea ensaya;
sólo un vaso de arcilla te ciña simplemente,
humildemente, como un pliegue de mi saya.

En una tarde de éstas recogeré la arcilla
por el río, y lo haré con pulso tembloroso.
Pasarán las mujeres cargadas de gavillas,
y no sabrán que amaso el lecho de un esposo.

El puñado de polvo, que cabe entre mis manos,
se verterá sin ruido, como una hebra de llanto.
Yo sellaré este vaso con beso sobrehumano, ¡
y mi mirada inmensa será tu único manto!

El ruego



Señor, tú sabes cómo, con encendido brío,
por los seres extraños mi palabra te invoca.
Vengo ahora a pedirte por uno que era mío,
mi vaso de frescura, el panal de mi boca.

Cal de mis huesos, dulce razón de la jornada,
gorjeo de mi oído, ceñidor de mi veste.
Me cuidó hasta de aquellos en que no puse nada;
¡no tengas ojo torvo si te pido por éste!

Te digo que era bueno, te digo que tenía
el corazón entero a flor de pecho, que era
suave de índole, franco como la luz del día,
henchido de milagro como la primavera.

Me replicas, severo, que es de plegaria indigno
el que no untó de preces sus dos labios febriles,
y se fue aquella tarde sin esperar tu signo,
trizándose las sienas como vasos sutiles.

Pero yo, mi Señor, te arguyo que he tocado,
de la misma manera que el nardo de su frente,
todo su corazón dulce y atormentado
¡y tenía la seda del capullo naciente! 3

¿Qué fue cruel? Olvidas, Señor, que le quería,
y que sabía suya la entraña que llagaba.
¿Qué enturbió para siempre mis linfas de alegría?
¡No importa! Tú comprende: ¡yo le amaba, le amaba!

Y amor (bien sabes de eso) es amargo ejercicio;
un mantener los párpados de lágrimas mojados,
un refrescar de besos las trenzas del cilicio
conservando, bajo ellas, los ojos extasiados.

El hierro que taladra tiene un gusto frío,
cuando abre, cual gavillas, las carnes amorosas. 4
Y la cruz (Tú te acuerdas ¡oh Rey de los judíos!)
se lleva con blandura, como un gajo de rosas.

Aquí me estoy, Señor, con la cara caída
sobre el polvo, parlándote un crepúsculo entero,
o todos los crepúsculos a que alcance la vida, o
si tardas en decirme la palabra que espero.

Fatigaré tu oído de preces y sollozos,
lamiendo, lebrél tímido, los bordes de tu manto,
y ni pueden huirme tus ojos amorosos
ni esquivar tu pie el riego caliente de mi llanto.

¡Di el perdón, dilo al fin! Va a esparcir en el viento
la palabra el perfume de cien pomos de olores
al vaciarse; toda agua será deslumbramiento;
el yermo echará flor y el guijarro esplendores.

Se mojarán los ojos de las fieras, 60
y, comprendiendo, el monte que de piedra forjaste
llorará por los párpados blancos de sus neveras:
¡toda la tierra tuya sabrá que perdonaste!

Poema del hijo



I

A Alfonsina Storni.

¡Un hijo, un hijo, un hijo! Yo quise un hijo tuyo
y mío, allá en los días del éxtasis ardiente,
en los que hasta mis huesos temblaron de tu arrullo
y un ancho resplandor creció sobre mi frente.

Decía: ¡un hijo!, como el árbol conmovido
de primavera alarga sus yemas hacia el cielo.
¡Un hijo con los ojos de Cristo engrandecidos,
la frente de estupor y los labios de anhelo!

Sus brazos en guirnalda a mi cuello trenzados;
el río de mi vida bajando hacia él, fecundo,
y mis entrañas como perfume derramado
ungiendo con su marcha las colinas del mundo.

Al cruzar una madre grávida, la miramos
con los labios convulsos y los ojos de ruego,
cuando en las multitudes con nuestro amor pasamos. 1
¡Y un niño de ojos dulces nos dejó como ciegos!

En las noches, insomne de dicha y de visiones,
la lujuria de fuego no descendió a mi lecho.
Para el que nacería vestido de canciones
yo extendía mi brazo, yo ahuecaba mi pecho...

El sol no parecíame, para bañarlo, intenso;
mirándome, yo odié, por toscas, mis rodillas;
mi corazón confuso, temblaba al don inmenso;
¡y un llanto de humildad regaba mis mejillas!

Y no temí a la muerte, disgregadora impura; 2
los ojos de él librarian los tuyos de la nada
y ala mañana espléndida o ala luz insegura
yo hubiera caminado bajo de esa mirada...

II

Ahora tengo treinta años, y mis sienes jaspea
la ceniza precoz de la muerte. En mis días,
como la lluvia eterna de los polos, gotea
la amargura con lágrima lenta, salobre y fría.

Mientras arde la llama del pino, sosegada,
mirando a mis entrañas pienso qué hubiera sido
un hijo mío, infante con mi boca cansada, 3

mi amargo corazón y mi voz de vencido.

Y con tu corazón, el fruto de veneno,
y tus labios que hubieran otra vez renegado.
Cuarenta lunas él no durmiera en mi seno,
que sólo por ser tuyo me hubiese abandonado.

Y en qué huertas en flor, junto a qué aguas corrientes
lavara, en primavera, su sangre de mi pena,
si fui triste en las landas y en las tierras clementes,
y en toda tarde mística hablaría en sus venas.

Y el horror de que un día con la boca quemante 4
de rencor, me dijera lo que dije a mi padre:
«¿Por qué ha sido fecunda tu carne sollozante
y se henchieron de néctar los pechos de mi madre?»

Siento el amargo goce de que duermes abajo
en tu lecho de tierra, y un hijo no meciera o
mi mano, por dormir yo también sin trabajos
y sin remordimientos, bajo una zarza fiera.

Porque yo no cerrara los párpados, y loca
escuchase a través de la muerte, y me hincara,
deshechas las rodillas, retorcida la boca,
si lo viera pasar con mi fiebre en su cara.

Y la tregua de Dios a mí no descendiera:
en la carne inocente me hirieron los malvados,
y por la eternidad mis venas exprimieran
sobre mis hijos de ojos y de frente extasiados. 60

¡Bendito pecho mío en que a mis gentes hundo
y bendito mi vientre en que mi raza muere!
La cara de mi madre ya no irá por el mundo
ni su voz sobre el viento, trocada en miserere!

La selva hecha cenizas retoñará cien veces 6
y caerá cien veces, bajo el hacha, madura.
caeré para no alzarme en el mes de las mieses;
conmigo entran los míos a la noche que dura.

Y como si pagara la deuda de una raza,
taladran los dolores mi pecho cual colmena.
Vivo una vida entera en cada hora que pasa;
como el río hacia el mar, van amargas mis venas.

Mis pobres muertos miran el sol y los ponientes
con un ansia tremenda, porque ya en mí se ciegan.
Se me cansan los labios de las preces fervientes 7
que antes que yo enmudezca por mi canción entregan.

No sembré por mi troje, no enseñé para hacerme
un brazo con amor para la hora postrera,
cuando mi cuello roto no pueda sostenerme
y mi mano tantea la sábana ligera. 8o

Apacenté los hijos ajenos, colmé el troje
con los trigos divinos, y sólo de Ti espero,
¡Padre Nuestro que estás en los cielos! Recoge
mi cabeza mendiga, si en esta noche muero!

Coplas



A la azul llama del pino
que acompaña mi destierro,
busco esta noche tu rostro,
palpo mi alma y no lo encuentro.

¿Cómo eras citando sonreías?
¿Cómo eras cuando me amabas?
¿Cómo miraban tus ojos
cuando aún tenían alma?

¡Si Dios quisiera volvérteme
por un instante tan sólo!
¡Si de mirarme tan pobre
me devolviera tu rostro!
.....

Para que tenga mi madre
sobre su mesa un pan rubio,
vendí mis días lo mismo
que el labriego que abre el surco.

Pero en las noches, cansada,
al dormirme sonreía,
porque bajabas al sueño

hasta rozar mis mejillas.

¡Si Dios quisiera entregárteme
por un instante tan sólo!
¡Si de mirarme tan pobre
me devolviera tu rostro!
.....

En mi tierra, los caminos 2
mi corazón ayudaran:
tal vez te pintan las tardes
o te guarda un cristal de aguas.

Pero nada te conoce
aquí, en esta tierra extraña:
no te han cubierto las nieves
ni te han visto las mañanas.

Quiero, al resplandor del pino,
tener y besar tu cara,
y hallarla limpia de tierra, 3
y con ternura, y con lágrimas.

Araño en la ruin memoria;
me desgarró y no te encuentro,
¡y nunca fui más mendiga
que ahora sin tu recuerdo! 4

No tengo un palmo de tierra,
no tengo un árbol florido...
Pero tener tu semblante
era cual tenerte un hijo.

Era como una fragancia o
exhalando de mis huesos.
¡Qué noche, mientras dormía,
qué noche, me la bebieron!

¿Qué día me la robaron,
mientras por sembrar mi trigo,
la deje como brazada
de salvias junto al camino?

¿Si Dios quisiera volvérteme
por un instante tan sólo!
¿Si de mirarme tan pobre
me devolviera tu rostro!
.....

Tal vez lo que yo he perdido
no es tu imagen, es mi alma,
mi alma en la que yo cavé
tu rostro como una llaga. 6

Cuando la vida me hiera,
¿a dónde buscar tu cara,
si ahora ya tienes polvo
hasta dentro de mi alma?

Tierra, tú guardas sus huesos:
¡yo no guardo ni su forma!
Tú le vas echando flores;
¡yo le voy echando sombra!

Los huesos de los muertos



Los huesos de los muertos
hielo sutil saben espolvorear
sobre las bocas de los que quisieron.
¡Y éstas no pueden nunca más besar!

Los huesos de los muertos
en paletadas echan su blancor
sobre la llama intensa de la vida.
¡Le matan todo ardor!

Los huesos de los muertos
pueden más que la carne de los vivos.
Aun desgajados hacen eslabones
fuertes, donde nos tienen sumisos y cautivos!

Canciones en el mar



I - El barco misericordioso

Llévame, mar, sobre ti, dulcemente,
porque voy dolorida.
¡Ay!, barco, no te tiemblen los costados,
que llevas a una herida.

Buscando voy en tu oleaje vivo
dulzura de rodillas.
Mírame, mar, y sabe lo que llevas,
mirando a mis mejillas.

Entre la carga de los rojos frutos,
entre tus jarcias vividas
y los viajeros llenos de esperanza,
llevas mi carne lívida.

Más allá volarás con sólo frutos,
y velas desceñidas.

Pero entre tanto, mar, sobre este puente 1
mecerás a la herida.

II - Canción de los que buscan olvidar

Al costado de la barca
mi corazón he apegado,
al costado de la barca
de espumas ribeteado.

Lávalo, mar, con sal eterna;
lávalo, mar, lávalo mar.
que la Tierra es para la lucha
y tú eres para consolar.

En la proa poderosa 2
mi corazón he clavado.
Mírate barca que llevas
el vértice ensangrentado.

Lávalo, mar, con sal tremenda,
lávalo, mar, lávalo mar
O me lo rompes en la proa
que no lo quiero más llevar.

Sobre la nave toda puse
mi vida como derramada!
Múdala, mar, en los cien días 3
que ella será tu desposada.

Múdala, mar, con tus cien vientos.

Lávala, mar; lávala, mar,
que otros te piden oro y perlas,
y yo te pido el olvidar!

III - Canción del hombre de proa

El hombre sentado a la proa,
el hombre con faz de ansiedad...
¡que ardiente navega hacia el Norte;
sus ojos se agrandan de afán!

Los rostros que yo amo, los míos, 4
quedaron atrás,
y mi alma los teje, los borda
encima del mar.

El hombre que piensa en la Proa
padece de ansiar. o
¡Qué lento que avanza su barco
y vuela fugaz!

Y mi alma quisiera la marcha
tremenda quebrar,
¡que todos los rostros que amo
se quedan atrás!

Al hombre que sufre en la proa,
el viento del mar
le anticipa los besos que espera,
y arde de ansiedad. 6o

Pero el viento del Norte
¡qué beso pondría en mi faz,
si los rostros que amo
quedaron atrás!

El viajero de proa me dice: 6
¡Qué vas a buscar,
si en la tierra no espera la dicha?
¡No sé contestar!

Me llamaba en mis costas inmensas
la lengua del mar,
y en mitad de la mar voy llorando,
caída la faz!

Serenidad



Y después de tener perdida
lo mismo que un pomar la vida,
—hecho ceniza, sin cuajar—
me han dado esta montaña mágica,
y un río y unas tardes trágicas
como Cristos, con qué sangrar.

Los niños cubren mis rodillas;
mirándoles a las mejillas
ahora no rompo a sollozar,
que en mi sueño más deleitoso
yo doy el pecho a un hijo hermoso
sin dudar...

Estoy como el que fuera dueño
de toda tierra y todo ensueño
y toda miel; ¡
¡y en estas dos manos mendigas
no he oprimido ni las amigas
sienes de él!

De sol a sol voy por las rutas,
y en el regazo olor a frutas
se me acomoda el recental:

tanto trascienden mis abiertas
entrañas a grutas, y a huertas,
y a cuenco tibio de panal!

Soy la ladera y soy la viña
y las salvias, y el agita niña:
¡todo el azul, todo el candor!
Porque en sus hierbas me apaciento
mi Dios me guarda de sus vientos
como a los linos en la flor.

Vendrá la nieve cualquier día;
me entregaré a su joya fría,
(fuera otra cosa rebelión).
Y en un silencio de amor sumo,
oprimiendo su duro grumo
me irá vaciando el corazón!

Palabras serenas



Ya en la mitad de mis días espigo
esta verdad con frescura de flor:
la vida es oro y dulzura de trigo,
es breve el odio e inmenso el amor.

Mudemos ya por el verso sonriente
aquel listado de sangre con hiel.
Abren violetas divinas, y el viento,
desprende al valle un aliento de miel.

Ahora no sólo comprendo al que reza;
ahora comprendo al que rompe a cantar.
La sed es larga, la cuesta es aviesa;
pero en un lirio se enreda el mirar.

Grávidos van nuestros ojos de llanto
y un arroyuelo nos hace sonreír;
por una alondra que erige su canto
nos olvidamos que es duro morir.

No hay nada ya que mis carnes taladre.
Con el amor acabose el hervir.
Aun me apacienta el mirar de mi madre.
¡Siento que Dios me va haciendo dormir!

Paisajes de la Patagonia



A Don Juan Contardi.

I - Desolación

La bruma espesa, eterna, para que olvide dónde
me ha arrojado la mar en su ola de salmuera.
La tierra a la que vine no tiene primavera:
tiene su noche larga que cual madre me esconde.

El viento hace a mi casa su ronda de sollozos
y de alarido, y quiebra, como un cristal, mi grito.
Y en la llanura blanca, de horizonte infinito,
miro morir inmensos ocasos dolorosos.

¿A quién podrá llamar la que hasta aquí ha venido
si más lejos que ella sólo fueron los muertos?
¡Tan sólo ellos contemplan un mar callado y yerto
crecer entre sus brazos y los brazos queridos!

Los barcos cuyas velas blanquean en el puerto
vienen de tierras donde no están los que son míos; ¡
sus hombres de ojos claros no conocen mis ríos
y traen frutos pálidos, sin la luz de mis huertos.

Y la interrogación que sube a mi garganta
al mirarlos pasar, me desciende, vencida:
hablan extrañas lenguas y no la conmovida
lengua que en tierras de oro mi pobre madre canta.

Miro bajar la nieve como el polvo en la huesa;
miro crecer la niebla como el agonizante,
y por no enloquecer no cuento los instantes,
porque la noche larga ahora tan sólo empieza. 2

Miro el llano extasiado y recojo su duelo,
que vine para ver los paisajes mortales.
La nieve es el semblante que asoma a mis cristales:
¡siempre será su albura bajando de los cielos!

Siempre ella, silenciosa, como la gran, mirada
de Dios sobre mí; siempre su azahar sobre mi casa;
siempre, como el destino que ni mengua ni pasa,
descenderá a cubrirme, terrible y extasiada.

II. —Árbol muerto

A Alberto Guillén.

En el medio del llano,
un árbol seco su blasfemia alarga;

un árbol blanco, roto
y mordido de llagas,
en el que el viento, vuelto
mi desesperación, aúlla y pasa.

De su bosque el que ardió sólo dejaron
de escarnio, su fantasma.
Una llama alcanzó hasta su costado
y la lamió, como el amor mi alma.
¡Y sube de la herida un purpurino
musgo, como una estrofa ensangrentada! 4

Los que amó, y que ceñían
a su torno en Setiembre una guirnalda,
cayeron. Sus raíces
los buscan, torturadas,
tanteando por el césped o
con una angustia humana...

Le dan los plenilunios en el llano
sus más mortales platas,
y alargan, porque mida su amargura,
hasta lejos su sombra desolada.
¡y él le da al pasajero
su atroz blasfemia y su visión amarga!

III. — Tres árboles

Tres árboles caídos
quedaron a la orilla del sendero.
El leñador los olvidó, y conversan 60

apretados de amor, como tres ciegos.

El sol de ocaso pone
su sangre viva en los hendidos leños
¡y se llevan los vientos la fragancia
de su costado abierto! 6

Uno, torcido, tiende
su brazo inmenso y de follaje trémulo
hacia otro, y sus heridas
como dos ojos son, llenos de ruego.

El leñador los olvidó. La noche
vendrá. Estaré con ellos.
Recibiré en mi corazón sus mansas
resinas. Me serán como de fuego.
¡Y mudos y ceñidos,
nos halle el día en un montón de duelo!

El espino



El espino prende a una roca
su enloquecida contorsión,
y es el espíritu del yermo,
retorcido de angustia y sol.

La encina es bella como Júpiter,
y es un Narciso el mirto en flor.
A él lo hicieron como a Vulcano,
el horrible dios forjador.

A él lo hicieron sin el encaje
del claro álamo temblador,
porque el alma del caminante
ni le conozca la aflicción.

De las greñas le nacen flores.
(Así el verso le nació a Job).
Y como el salmo del leproso, ¹
es de agudo su intenso olor.

Pero aunque llene el aire ardiente
de las siestas su exhalación,
no ha sentido en su greña oscura
temblarle un nido turbador...

Me ha contado que me conoce,
que en una noche de dolor
en su espeso millón de espinas
magullaron mi corazón.

Le he abrazado como una hermana, 2
cual si Agar abrazara a Job,
en un nudo que no es ternura,
porque es más desesperación!

A las nubes



Nubes vaporosas,
nubes como tú,
llevad l'alma mía
por el cielo azul.

¡Lejos de la casa
que me ve sufrir,
lejos de estos muros
que me ven morir!

Nubes pasajeras,
llevadme hacia el mar.
a escuchar el canto
de la pleamar
y entre la guirnalda
de olas a cantar.

Nubes, flores, rostros, ¡
dibujadme a aquél
que ya va borrándose
por el tiempo infiel.
Mi alma se pudre
sin el rostro de él.

Nubes que pasáis,

nubes, detened
sobre el pecho mío
la fresca merced.
¡Abiertos están
mis labios de sed!

Otoño



A esta alameda muriente
he traído mi cansancio,
y estoy ya no sé qué tiempo
tendida bajo los álamos,
que van cubriendo mi pecho
de su oro divino y tardo.

Sin un ímpetu la tarde
se apagó tras de los álamos.
Por mi corazón mendigo
ella no se ha ensangrentado.
Y el amor al que tendí,
para salvarme, los brazos,
se está muriendo en mi alma
cual su arrebol desflocado.

Y no llevaba más que éste
manojito atribulado
de ternura, entre mis carnes
como un infante, temblando.
¡Ahora se me va perdiendo
como un agua entre los álamos;
pero es otoño, y no agito,
para salvarlo, mis brazos!

En mis sienes la hojarasca
exhala un perfume manso
Tal vez morir sólo sea
ir con asombro marchando
entre un rumor de hojas secas
y por un parque extasiado.

Aunque va a llegar la noche,
y estoy sola, y ha blanqueado
el suelo un azahar de escarcha,
para regresar no me alzo,
ni hago lecho, entre las hojas,
ni acierto a dar, sollozando,
un inmenso Padre Nuestro
por mi inmenso desamparo

La montaña de noche



Haremos fuegos sobre la montaña.
La noche que desciende, leñadores,
no echará al cielo ni su crencha de astros.
¡Haremos treinta fuegos brilladores!

Que la tarde quebró un vaso de sangre
sobre el ocaso, y es señal artera.
El espanto se sienta entre nosotros
si no hacéis corro en torno de la hoguera.

Semeja este fragor de cataratas
un incansable galopar de potros
por la montaña, y otro fragor sube
de los medrosos pechos de nosotros.

Dicen que los pinares en la noche
dejan su éxtasis negro, y a una extraña,
sigilosa señal, su muchedumbre
se mueve, tarda, sobre la montaña.

La esmaltadura de la nieve adquiere
en la tiniebla un arabesco avieso:
sobre el osario inmenso de la noche,
finge un bordado lívido de huesos.

E invisible avalancha de neveras
desciende, sin llegar, al valle inerme,
mientras vampiros de arrugadas alas
rozan el rostro del pastor que duerme.

Dicen que en las cimbras apretadas
de la próxima sierra hay alimañas
que el valle no conoce y que en la sombra,
como greñas, desprende la montaña.

Me va ganando el corazón el frío
de la cumbre cercana. Pienso: acaso
los muertos que dejaron por impuras
las ciudades, eligen el regazo

recóndito de los desfiladeros
de tajo azul, que ningún alba baña,
iy al espesar la noche sus betunes
como un mar invaden la montaña!

Tronchad los leños tercos y fragantes,
salvias y pinos chisporroteadores,
y apretad bien el corro en torno al fuego,
que hace frío y angustia, leñadores!

Cima



La hora de la tarde, la que pone
su sangre era las montañas.

Alguien en esta hora está sufriendo;
una pierde, angustiada,
en este atardecer el solo pecho
contra el cual estrechaba.

Hay algún corazón en donde moja
la tarde aquella cima ensangrentada.

El valle ya está en sombra
y se llena de calma.
Pero mira de lo hondo que se enciende
de rojez la montaña.

Yo me pongo a cantar siempre a esta hora
mi invariable canción atribulada.
¿Seré yo la que baño
la cumbre de escarlata?

Llevo a mi corazón la mano, y siento
que mi costado mana.

Balada de la estrella



Estrella, estoy triste.
Tú dime si otra
congo mi alma viste.
—Hay otra más triste.

—Estoy sola, estrella.
Di a mi alma si existe
otra como ella.
—Sí, dice la estrella.

—Contempla mi llanto.
Dime si otra lleva
de lágrimas manto.
—En otra hay más llanto.

—Di quién es la triste,
di quién es la sola,
si la conociste. I

—Soy yo, la que encanto,
soy yo la que tengo
mi luz hecha llanto.

La lluvia lenta



Esta agua medrosa y triste,
como un niño que padece,
antes de tocar la tierra
desfallece.

Quieto el árbol, quieto el viento,
iy en el silencio estupendo,
este fino llanto amargo
cayendo!

El cielo es como un inmenso
corazón que se abre, amargo.
No llueve: es un sangrar lento
y largo.

Dentro del hogar, los hombres
no sienten esta amargura,
este envío de agua triste i
de la altura.

Este largo y fatigante
descender de aguas vencidas,
hacia la Tierra yacente
y transida.

Bajando está el agua inerte,
callada como un ensueño,
como las criaturas leves
de los sueños.

Llueve... y como un chacal trágico
la noche acecha en la sierra.
¿Qué va a surgir, en la sombra,
de la Tierra?

¿Dormiréis, mientras afuera
cae, sufriendo, esta agua inerte,
esta agua letal, hermana
de la Muerte?

Pinares



El pinar al viento
vasto y negro ondula
y mece mi pena
con canción de cuna.

Pinos calmos, graves
como un pensamiento,
dormidme la pena,
dormidme el recuerdo.

Dormidme el recuerdo,
asesino pálido,
pinos que pensáis
con pensar humano.

El viento los pinos
suavemente ondula.
¡Duérmete, recuerdo, ¡
duérmete, amargura!

La montaña tiene
el pinar vestida
como un amor grande
que cubrió una vida.

Nada le ha dejado
sin poseerle, inada!
¡Como un amor ávido
que ha invadido un alma!

La montaña tiene 2
tierra sonrosada;
el pinar le puso
su negrura trágica.

(Así era el alma
alcor sonrosado;
así el amor púsole
su vertido trágico).

El viento reposa
y el pinar se calla,
cual se calla un hombre 3
asomado a su alma.

Medita en silencio,
enorme y oscuro,
como un ser que sabe
del dolor del mundo.

Pinar, tengo miedo
de pensar contigo;
miedo de acordarme
pinar, de que vivo.

¡Ay!, tú, no te calles, 4
procura que duerma;
no te calles como
un hombre que piensa!

El Ixtlazihuatl



El Ixtlazihuatl mi mañana vierte;
se alza mi casa bajo su mirada,
que aquí a sus pies me reclinó la suerte
y en su luz hablo como alucinada.

Te doy mi amor, montaña mexicana;
como una virgen tú eres deleitosa;
sube de ti hecha gracia la mañana,
pétalo a pétalo abre como rosa.

El Ixtlazihuatl con su curva humana
endulza el cielo, el paisaje afina.
Toda dulzura de su dorso mana;
el valle en ella tierno se reclina.

Está tendida en la ebriedad del cielo
con laxitud de ensueño y de reposo,
tiene en un pico un ímpetu de anhelo
hacia el azul supremo que es su esposo.

Y los vapores que alza de sus lomas
tejen su sueño que es maravilloso:
cual la doncella y como la paloma
su pecho es casto pero se halla ansioso.

Ella a sus gentes dijo la armonía;
la depurada curva hizo su alma;
les ha vertido cada medio día
en la canción el óleo de su calma.

Mas tú la andina, la de greña oscura, 2
mi Cordillera, la Judith tremenda,
hiciste mi alma cual la zarpa dura
y la empapaste en tu sangrienta venda.

Y yo te llevo cual tu criatura.
Te llevo aquí era mi corazón tajeado,
que me crié en tus pechos de amargura.
¡Y derramé mi vida en tus costados!

Canciones de Solveig



I

La tierra es dulce cual humano labio,
como era dulce cuando te tenía,
y toda está ceñida de caminos...
Eterno amor, te espero todavía.

Miro correr las aguas de los años,
miro pasar las aguas del destino.
Antiguo amor, te espero todavía:
la tierra está ceñida de caminos...

Palpita aún el corazón que heriste:
vive de ti como de un viejo vino.
Hundo mis ojos en el horizonte:
la tierra está ceñida de caminos...

Si me muriera. El que me vio en tus brazos,
Dios que miró mi hora de alegría,

me preguntara dónde te quedaste,
me preguntara ¡y qué respondería!

Suena la azada en lo hondo de este valle
donde rendida el corazón reclino.
Antiguo amor, te espero todavía:
la tierra está ceñida de caminos...

II

Los pinos, los pinos
sombrea la cuesta:
¿en qué pecho el que amo
ahora se recuesta?

Los corderos bajan
a la fuente pía:
¿en qué labio bebe
él que en mi bebía?

El viento los anchos
abetos enlaza:
llorando como hijo
por mi pecho pasa.

Sentada a la puerta
treinta años ya espero.
¡Cuánta nieve, cuánta
cae a los senderos!

III

La nube negra va cerrando el cielo
y un viento humano hace gemir los pinos;
la nube negra ya cubrió la tierra;
¡cómo vendrá Peer Gynt, por los caminos!

La noche ciega se echa sobre el llano
¡ay!, sin piedad para los peregrinos.
La noche ciega anegará mis ojos:
¡cómo vendrá Peer Gynt por los caminos!

La nieve muda está bajando era copos: 4
espesa, espesa sus tremendos linos
y ya apagó los fuegos de pastores:
¡cómo vendrá Peer Gynt por los caminos!

PROSA



La oración de la maestra



A César Duayen

¡Señor! Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe; que lleve el nombre de maestra, que Tú llevaste por la Tierra.

Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los instantes.

Maestro, hazme perdurable el fervor y pasajero el desencanto. Arranca de mí este impuro deseo de justicia que aún me turba, la mezquina insinuación de protesta que sube de mí cuando me hieren. No me duela la incompreensión ni me entristezca el olvido de las que enseñé.

Dame el ser más madre que las madres, para poder amar y defender como ellas lo que no es carne de mis carnes. Dame que alcance a hacer de una de mis niñas mi verso perfecto y a dejarte en ella clavada mi más penetrante melodía, para cuando mis labios no canten más.

Muéstrame posible tu Evangelio en mi tiempo, para que no renuncie a la batalla de cada día y de cada hora por él.

Pon en mi escuela democrática el resplandor que se cernía sobre tu corro de niños descalzos.

Hazme fuerte, aún en mi desvalimiento de mujer, y de mujer pobre; hazme despreciadora de todo poder que no sea puro, de toda presión que no sea la de tu voluntad ardiente sobre mi vida.

¡Amigo, acompáñame! ¡Sostenme! Muchas veces no tendré sino a Ti a mi lado. Cuando mi doctrina sea más casta y más quemante mi verdad, me

quedaré sin los mundanos; pero Tú me oprimirás entonces contra tu corazón, el que supo harto de soledad y desamparo. Yo no buscaré sino en tu mirada la dulzura de las aprobaciones.

Dame sencillez y dame profundidad; líbrame de ser complicada o banal en mi lección cotidiana.

Dame el levantar los ojos de mi pecho con heridas, al entrar cada mañana a mi escuela. Que no lleve a mi mesa de trabajo mis pequeños afanes materiales, mis mezquinos dolores de cada hora.

Aligérame la mano en el castigo y suavízame la más en la caricia. ¡Reprenda con dolor, para saber que he corregido amando!

Haz que haga de espíritu mi escuela de ladrillos. Le envuelva la llamarada de mi entusiasmo su atrio pobre, su sala desnuda. Mi corazón le sea más columna y mi buena voluntad más oro que las columnas y el oro de las escuelas ricas.

Y, por fin, recuérdame desde la palidez del lienzo de Velázquez, que enseñar y amar intensamente sobre la Tierra es llegar al último día con el lanzazo de Longinos en el costado ardiente de amor.

Los cabellos de los niños



Cabellos suaves, cabellos que son toda la suavidad del mundo, ¿qué seda gozaría yo si no os tuviera sobre el regazo? Dulce por ella el día que pasa, dulce el sustento, sólo por unas horas que ellos resbalan entre mis manos,

Ponedlos en mi mejilla; revolvedlos en mi regazo como las flores; dejadme trenzar con ellos, para suavizarlo, mi dolor; aumentar la luz con ellos, ahora que es moribunda.

Cuando ya sea con Dios, que no me dé el ala de un ángel para refrescar la magulladura de mi corazón; extienda sobre el azul las cabelleras de los niños que amé, ¡y pasen ellas en el viento sobre mi rostro eternamente!

I. Poemas de las madres



A Doña Luisa de F. de García Huidobro.

Me ha besado

Me ha besado y ya soy otra: otras, por el latido que duplica el de mis venas; otra, por el aliento que se percibe entre mi aliento.

Mi vientre ya es noble como mi corazón...

Y hasta encuentro en mi hálito una exhalación de flores: ¡todo por aquél que descansa en mis entrañas blandamente, como el rocío sobre la hierba!

¿Cómo era?

¿Cómo será? Yo he mirado largamente los pétalos de una rosa, y los palpé con delectación: querría esa suavidad para sus mejillas. Y he jugado en

un enredo de zarzas, porque me gustarían sus cabellos así, oscuros y retorcidos. Pero no importa si es tostado, con ese rico color de las gredas rojas que aman los alfareros, y si sus cabellos lisos tienen la simplicidad de mi vida entera.

Miro las quiebras de las sierras, cuando se van poblando de niebla, y hago con la niebla una silueta de niña, de niña dulcísima: que pudiera ser eso también.

Pero, por sobre todo, yo quiero que mire con el dulzor que él tiene en la mirada, y que tenga el temblor leve de su voz cuando me habla, pues en el que viene quiero amar a aquél que me besara.

Sabiduría

Ahora sé para qué he recibido veinte veranos la luz sobre mí y me ha sido dado cortar las flores por los campos. ¿Por qué, me decía en los días más bellos, este don maravilloso del sol cálido y de la hierba fresca?

Como al racimo azulado, me traspasó la luz para la dulzura que entregaría. Éste que en el fondo de mí está haciéndose gota a gota de mis venas, éste era mi vino.

Para éste yo recé, por traspasar del nombre de Dios mi barro, con el que se haría. Y cuando leí un verso con pulsos trémulos, para él me quemó como una brasa la belleza, por que recoja de mi carne su ardor inextinguible.

La dulzura

Por el niño dormido que llevo, mi paso se ha vuelto sigiloso. Y es

religioso todo mi corazón, desde que lleva el misterio.

Mi voz es suave, como por una sordina de amor, y es que temo despertarlo.

Con mis ojos busco ahora en los rostros del dolor de la entrañas, para que los demás miren y comprendan la causa de mi mejilla empalidecida.

Hurgo con miedo de ternura en las hierbas donde anidan codornices. Y voy por el campo silenciosa, cautelosamente: creo que árboles y cosas tienen hijos dormidos, sobre los que velan inclinados.

La hermana

Hoy he visto una mujer abriendo un surco. Sus caderas están henchidas, como las mías, por el amor, y hacía su faena curvada sobre el suelo.

He acariciado su cintura; la he traído conmigo. Beberá la leche espesa de mi mismo vaso y gozará de la sombra de mis corredores, que va grávida de gravidez de amor. Y si mi seno no es generoso, mi hijo allegará al suyo, rico, sus labios.

El ruego

¡Pero no! ¿Cómo Dios dejaría enjuta la yema de mi seno, si Él mismo amplió mi cintura? Siento crecer mi pecho, subir como el agua en un ancho estanque, calladamente. Y su esponjadura echa sombra como de promesa sobre mi vientre.

¿Quién sería más pobre que yo en el valle si mi seno no se

humedeciera?

Como los vasos que las mujeres ponen para recoger el rocío de la noche, pongo yo mi pecho ante Dios; le doy un nombre nuevo, le llamo el Henchidor, y le pido el licor de la vida, abundoso. Mi hijo llegará buscándolo con sed.

Sensitiva

Ya no juego en las praderas y temo columpiarme con las mozas. Soy como la rama con fruto.

Estoy débil, tan débil, que el olor de las rosas me hizo desvanecer esta siesta, cuando bajé al jardín, y un simple canto que viene en el viento o la gota de sangre que tiene la tarde en su último latido sobre el cielo me turban, me anegan de dolor. De la sola mirada de mi dueño, si fuera dura para mí esta noche, podría morir.

El dolor eterno

Palidezco si él sufre dentro de mí: dolorida voy de su presión recóndita, y podría morir a un solo movimiento de éste que está en mí y a quien no veo.

Pero no creáis que únicamente me traspasará y estará trenzado con mis entrañas mientras lo guarde. Cuando vaya libre por los caminos, aunque esté lejos, el viento que lo azote me rasgará las carnes y su grito pasará también por mi garganta. ¡Mi llanto y mi sonrisa comenzarán en tu rostro, hijo mío!

Por él

Por él, por el que está adormecido, como hilo de agua bajo la hierba, no me dañéis, no me deis trabajos. Perdonádmelo todo: mi descontento de la mesa preparada y mi odio al ruido.

Me diréis los dolores de la casa, la pobreza y los afanes, cuando lo haya puesto en unos pañales.

En la frente, en el pecho, donde me toquéis, está él, y lanzaría un gemido respondiendo a la herida.

La quietud

Ya no puedo ir por los caminos: tengo el rubor de mi ancha cintura y de la ojera profunda de mis ojos. Pero traedme aquí, poned aquí a mi lado las macetas con flores, y tocad la cítara largamente: quiero para él anegarme de hermosura.

Pongo rosas sobre mi vientre, digo sobre el que duerme estrofas eternas. Recojo en el corredor hora tras hora el sol acre. Quiero destilar como la fruta miel hacia mis entrañas. Recibo en el rostro el viento de los pinares. La luz y los vientos coloreen y laven mi sangre. Para lavarla también yo no odio, no murmuro, ¡solamente amo! Que estoy tejiendo en este silencio, en esta quietud, un cuerpo, un milagroso cuerpo, con venas y rostro, y mirada y depurado corazón.

Ropitas blancas

Tejo los escarpines minúsculos, corto el pañal suave: todo quiero hacerlo por mis manos.

Vendrá de mis entrañas, reconocerá mi perfume.

Suave vellón de la oveja: en este verano te cortaron para él. Lo esponjó la oveja ocho meses y lo emblanqueció la luna de Enero. No tiene agujillas de cardo ni espinas de zarza. Así de suave ha sido el vellón de mis carnes, donde ha dormido.

¡Ropitas blancas! Él las mira por mis ojos y se sonríe, dichoso, adivinándolas suavísimas...

Imagen de la tierra

No había visto antes la verdadera imagen de la Tierra. La Tierra tiene la actitud de una mujer con un hijo en los brazos (con sus criaturas en los anchos brazos).

Voy conociendo el sentido maternal de las cosas. La montaña que me mira, también es madre, y por las tardes la neblina juega como un niño por sus hombros y sus rodillas.

Recuerdo ahora una quebrada del valle. Por su lecho profundo iba cantando una corriente que las breñas hacen todavía invisible. Ya soy como la quebrada; siento cantar en mi hondura este pequeño arroyo y le he dado mi carne por breña hasta que suba hacia la luz.

Al esposo

Esposo, no me estreches. Lo hiciste subir del fondo de mi ser como un lirio de aguas. Déjame ser como un agua en reposo.

¡Ámame, ámame ahora un poco más! Yo, ¡tan pequeña!, te duplicaré por los caminos. Yo, ¡tan pobre!, te daré otros ojos, otros labios, con los cuales gozarás el mundo; yo, ¡tan tierna!, me hendiré como un ánfora por el amor, para que este vino de la vida se vierta de mí.

¡Perdóname! Estoy torpe al andar, torpe al servir tu copa; pero tú me henchiste así y me diste esta extrañeza con que me muevo entre las cosas.

Séme más que nunca dulce. No remuevas ansiosamente mi sangre; no agites mi aliento.

¡Ahora soy sólo un velo; todo mi cuerpo es un velo bajo el cual hay un niño dormido!

La madre

Vino mi madre a verme; estuvo sentada aquí a mi lado, y, por primera vez en nuestra vida, fuimos dos hermanas que hablaron del tremendo trance.

Palpó con temblor mi vientre y descubrió delicadamente mi pecho. Y al contacto de sus manos me pareció que se entreabrían con suavidad de hojas mis entrañas y que a mi seno subía la honda láctea.

Enrojecida, llena de confusión, le hablé de mis dolores y del miedo de mi carne; caí sobre su pecho; ¡y volví a ser de nuevo una niña pequeña que sollozó en sus brazos del terror de la vida!

Cuéntame, madre.

Madre, cuéntame todo lo que sabes por tus viejos dolores. Cuéntame cómo nace y cómo viene su cuerpecillo, entrabado con mis vísceras.

Dime si buscará solo mi pecho o si se lo debe ofrecer, incitándolo.

Dame tu ciencia de amor, ahora, madre. Enséñame las nuevas caricias, delicadas, más delicadas que las del esposo.

¿Cómo limpiaré su cabecita, en los días sucesivos? ¿Y cómo lo haré para no dañarlo?

Enséñame, madre, la canción de cuna con que me meciste. Esa lo hará dormir mejor que otras canciones.

El amanecer

Toda la noche he padecido, toda la noche se ha estremecido mi carne por entregar su don. Hay el sudor de la muerte sobre mis sienes; pero no es la muerte, ¡es la vida!

Y te llamo ahora Dulzura Infinita a Ti, Señor, para que lo desprendas blandamente.

¡Nazca ya, y mi grito de dolor suba en el amanecer, trenzado con el canto de los pájaros!

La sagrada ley

Dicen que la vida ha menguado en mi cuerpo, que mis venas se vertieron como los lagares: ¡yo sólo siento el alivio del pecho después de un gran suspiro!

—¿Quién soy yo, me digo, para tener un hijo en mis rodillas?

Y yo misma me respondo:

—Una que amó, y cuyo amor pidió, al recibir el beso, la eternidad.

Me mire la Tierra con este hijo en los brazos, y me bendiga, pues ya estoy fecunda y sagrada, como las palmas y los surcos.

II. Poemas de la madre más triste

Arrojada

Mi padre dijo que me echaría, gritó a mi madre que me arrojaría esta misma noche.

La noche es tibia; a la claridad de las estrellas, yo podría caminar hasta la aldea más próxima; pero ¿y si nace en estas horas? Mis sollozos le han llamado tal vez; tal vez quiera salir por ver mi cara con lágrimas. Y tiritaría bajo el aire crudo, aunque yo lo cubriera.

¿Para qué viniste?

¿Para qué viniste? Nadie te amará aunque eres hermoso, hijo mío. Aunque sonrías graciosamente, como los demás niños, como el menor de mis hermanitos, no te besaré sino yo, hijo mío. Y aunque tus manitas se agiten buscando juguetes, no tendrás para tus juegos sino mi seno y la hebra de mis lágrimas, hijo mío.

¿Para qué viniste, si el que te trajo te odió al sentirte en mi vientre?

¡Pero no! Para mí viniste; para mí que estaba sola, ¡sola hasta cuando me oprimía él entre sus brazos, hijo mío!

NOTA. —Una tarde, paseando por una calle miserable de Temuco, vi a una mujer del pueblo, sentada a la puerta de su rancho. Estaba próxima a la maternidad, y su rostro revelaba una profunda amargura.

Pasó delante de ella un hombre, y le dijo una frase brutal, que la hizo enrojecer.

Yo sentí en ese momento toda la solidaridad del sexo, la infinita piedad de la mujer para la mujer, y me alejé pensando:

—Es una de nosotras quien debe decir (ya que los hombres no lo han dicho) la santidad de este estado doloroso y divino. Si la misión del arte es embellecerlo todo, en una inmensa misericordia, ¿por qué no hemos purificado, a los ojos de los impuros, esto?

Y escribí los poemas que preceden, con intención casi religiosa.

Algunas de esas mujeres que para ser castas necesitan cerrar los ojos sobre la realidad cruel, pero fatal, hicieron de estos poemas un comentario ruin, que me entristeció, por ellas mismas. Hasta me insinuaron que los eliminase de un libro.

En esta obra egotista, empequeñecida a mis propios ojos por ese egotismo, tales prosas humanas tal vez sean lo único en que se canta la Vida total. ¿Había de eliminarlas?

¡No! Aquí quedan, dedicadas a las mujeres capaces de ver que la santidad de la vida comienza en la maternidad, la cual es, por lo tanto, sagrada. ¡Sientan ellas la honda ternura con que una mujer que apacienta por la Tierra los hijos ajenos, mira a las madres de todos los niños del mundo!

Canciones de cuna



A mi madre.

I. —Apegado a mí

Velloncito de mi carne —que en mi entraña yo tejí— velloncito friolento —¡duérmete apegado a mí!

La perdiz duerme en el trébol —escuchándole latir—: no te turbes por mi aliento, —¡duérmete apegado a mí!

Hierbecita temblorosa —asombrada de vivir— no te sueltes de mi pecho, —¡duérmete apegado a mí!

Yo que todo lo he perdido —ahora tiemblo hasta al dormir—. No resbales de mi brazo; —¡duérmete apegado a mí!

II. —Yo no tengo soledad

Es la noche desamparo —de las sierras hasta el mar—. Pero yo la que te mece, —¡yo no tengo soledad!

Es el cielo desamparo —pues la luna cae al mar—. Pero yo, la que te estrecha, —¡yo no tengo soledad!

Es el mundo desamparo. —Toda carne triste va—. Pero yo, la que te oprime, —¡yo no tengo soledad!

III. —Meciendo

El mar sus millares de olas —mece divino—. Oyendo a los mares amantes —mezo a mi niño.

El viento errabundo en la noche —mece los trigos—. Oyendo a los vientos amantes —mezo a mi niño.

Dios Padre sus miles de mundos —mece sin ruido—. Sintiendo su mano en la sombra —mezo a mi niño.

IV. —La noche

Porque duermas, hijo mío, —el ocaso no arde más: no hay más brillo que el rocío—, más blancura que mi faz.

Porque duermas, hijo mío, —el camino enmudeció—; nadie gime sino el río; —nadie existe sino yo.

Va anegando niebla el llano. —Se cerró el suspiro azul. Se ha posado como mano— sobre el mundo la quietud.

Yo no sólo fui meciendo —a mi niño en mi cantar—: A la Tierra iba adurmiendo —al vaivén de mi cunar...

V. —Me tuviste

Duérmete, mi niño, —duérmete sonriendo—, que es la ronda de astros —quien te va meciendo.

Gozaste la luz —y fuiste feliz—. Todo el bien tuviste —al tenerme a mí.

Duérmete, mi niño, —duérmete sonriendo—, que es la Tierra amante —quien te va meciendo.

Miraste la ardiente —rosa carmesí—. Estrechaste al mundo: —me estrechaste a mí.

Duérmete, mi niño —duérmete sonriendo—, que es Dios en la sombra —quien te va meciendo.

VI. —Encantamiento

Este niño es un encanto —parecido al fino viento: si dormida lo amamanto—, que me bebe yo no siento.

Es más dulce éste al que río —que el contorno de la loma—; es más

lindo el hijo mío —que este mundo a que se asoma.

Es más rico este niño —que la Tierra y que los cielos—: En mi pecho tiene armiño —y en mi canto terciopelos...

Y es su cuerpo tan pequeño —cual el grano de mi trigo—: menos pesa que el ensueño; —no lo ven y está conmigo.

VII. —La madre triste

Duerme, duerme, dueño mío, —sin zozobra, sin temor, aunque no se duerma mi alma—, aunque no descansa yo.

Duerme, duerme y que en la noche —seas tú menos rumor— que la hoja de la hierba —que la seda del vellón.

Duerma en ti la carne mía —mi zozobra, mi temblor—. En ti ciérrense mis ojos, —¡duerma en ti mi corazón!

VIII. —Suavidades

Cuando yo te estoy cantando, —en la Tierra acaba el mal—: Todo es dulce cual tus sienes: —la barranca, el espinar.

Cuando yo te estoy cantando, —se me borra la crueldad—: Suaves son, como tus párpados, —¡el león con el chacal!

IX. —Canción amarga

¡Ay!, juguemos, hijo mío, —¡a la reina con el rey!

Este verde campo es tuyo. —¿De quién más podría ser?— Las alfalfas temblorosas para ti se han de mecer.

Este valle es todo tuyo. —¿De quién más podría ser?— Para que los disfrutemos —los pomares se hacen miel.

(¡Ay! ¡No es cierto que tiritas —como el Niño de Belén— y que el seno de tu madre —se secó de padecer!)

El cordero está espesando —el vellón que he de tejer—. Y son tuyas las majadas. —¿De quién más podrían ser?

Y la leche del establo —que en la ubre ha de correr— y el manajo de las mieses —¿de quién más podrían ser?

(¡Ay! ¡No es cierto que tiritas —como el Niño de Belén— y que el seno de tu madre —se secó de padecer!)

¡Sí! ¡Juguemos, hijo mío, —a la reina con el rey!

X. —Miedo

Yo no quiero que a mi niña —golondrina me la vuelvan—, se hunde volando en el Cielo —y no baja hasta mi estera; —en el alero hace el nido— y mis manos no la peinan.

—Yo no quiero que a mi niña —golondrina me la vuelvan.

Yo no quiero que a mi niña —la vayan a hacer princesa—. Con zapatitos de oro —¿cómo juega en las praderas? —Y cuando llegue la noche— a mi lado no se acuesta... —Yo no quiero que a mi niña— la vayan a hacer princesa.

Y menos quiero que un día —me la vayan a hacer reina—. La pondrían en un trono —a donde mis pies no llegan. Cuando viniese la noche —yo no podría mecerla...

¡Yo no quiero que a mi niña —me la vayan a hacer reina!

XI. —Corderito

Corderito mío —suavidad callada—: Mi pecho es tu gruta —de musgo afelpada.

Carne blanca como —manchita de luna: lo he olvidado todo— para hacerme cuna.

Me olvidé del mundo —y de mí no siento— más que el pecho henchido —con que te sustento.

Tu fiesta, hijo mío —me apagó las fiestas y sé de mí sólo— que en mí te recuestas.

XII - Rocío

Esta era una rosa —llena de rocío—: Éste era mi pecho —con el hijo mío.

Junta sus hojitas —para sostenerlo— esquivo la brisa —por no desprenderlo.

Descendió una noche —desde el cielo inmenso—: Y del amor tiene —

su aliento suspenso.

De dicha se queda —callada, callada—: No hay rosa entre rosas —más maravillada.

Esta era una rosa —llena de rocío—: Éste era mi pecho —con el hijo mío.

XIII. —Hallazgo

Me encontré este niño —cuando al campo iba—: Dormido lo he hallado —sobre unas gavillas...

O tal vez ha sido —cruzando la viña: al buscar un pámpano— toqué su mejilla...

Y por eso temo —al quedar dormida— se evapore como —rocío en las viñas...

XIV. —Mi canción

La canción que yo he cantado —para los niños dolientes—, misericordiosamente —¡cántame!

La canción con que he arrullado —a los niños doloridos—, ahora que me han herido —¡cántame!

La luz cruel hiere mis ojos —y me turba todo ruido—: La canción con que he mecido —¡cántame!

Cuando yo las fui tejiendo —con blandura fiel de armiño—, no sabía que era niño —mi pobre alma.

La canción que yo he cantado —para los niños dolientes—, misericordiosamente —¡cántame!

Motivos del barro



A Eduardo Barrios

I. —El polvo sagrado

Tengo ojos, tengo mirada: los ojos, y las miradas derramadas en mí por los tuyos que quebró la muerte, y te miro con todas ellas. No soy ciego como me llanas.

Y amo; tampoco soy muerto. Tengo los amores y las pasiones de tus gentes derramadas en mí como rescoldo tremendo; el anhelo de tus labios me hace gemir.

II. —El polvo de la madre

¿Por qué me buscabas mirando hacia la noche estrellada? Aquí estoy, recógeme con tu mano. Guárdame, llévame. No quiero que me huellen los

rebaños ni que corran los lagartos sobre mis rodillas. Recógeme en tu mano y llévame contigo. Yo te llevé así. ¿Por qué tú no me llevarías?

Con una mano cortas las flores y ciñes a las mujeres y con la otra oprimes contra tu pecho a tu madre.

Recógeme y amasa conmigo una ancha copa, para las rosas de esta primavera. Ya he sido copa, pero copa de carne henchida, y guardé un ramo de rosas: te llevé a ti. Yo conozco la noble curva de una copa, porque fui el vientre de tu madre.

Volé en polvo fino de la sepultura y fui espesando sobre tu campo, todo para mirarte, ¡oh, hijo labrador! Soy tu surco. ¡Mírame y acuérdate de mis labios! ¿Por qué pasas rompiéndome? En este amanecer, cuando atravesaste el campo, la alondra que voló cantando subió del ímpetu desesperado de mi corazón.

III. —Tierra de amantes

Alfarero, ¿sentiste el barro cantar entre tus dedos? Cuando le acabaste de verter el agua, gritó entre ellos. ¡Es su tierra y la tierra de mis huesos que por fin se juntaron!

Con cada átomo de mi cuerpo lo he besado, con cada átomo lo he ceñido. ¡Mil nupcias para nuestros dos cuerpos! Para mezclarnos bien nos deshicieron! ¡Como las abejas en el enjambre, es el ruido de nuestro fermento de amor!

Y ahora, si haces una Tanagra con nosotros, ponnos todo en la frente o todo en el seno. No nos vayas a separar distribuyéndonos en las sienes o en los brazos. Ponnos mejor en la curva sagrada de la cintura, donde jugaremos a perseguirnos, sin encontrarnos fin.

¡Ah, alfarero! Tú que nos muelas distraído, cantando, no sabes que en la palma de tú mano se juntaron, por fin, las tierras de dos amantes que jamás se reunieron sobre el mundo.

IV. —A los niños

Después de muchos años, cuando yo sea un montoncito de polvo callado, jugad conmigo, con la tierra de mi corazón y de mis huesos. Si me recoge un albañil, me pondrá en un ladrillo, y quedaré clavada para siempre en un muro, y yo odio los nichos quietos. Si me hacen ladrillo de cárcel, enrojeceré de vergüenza oyendo sollozar a un hombre; y si soy ladrillo de una escuela, padeceré también de no poder cantar con vosotros, en los amaneceres.

Mejor quiero ser el polvo con que jugáis en los caminos del campo. Oprimidme: he sido vuestra; deshacedme, porque os hice; pisadme, porque no os di toda la verdad y toda la belleza. O, simplemente, cantad y corred sobre mí, para besaros las plantas amadas...

Decid, cuando me tengáis en las manos, un verso hermoso y crepitaré de placer entre vuestros dedos. Me empinaré para miraros, buscando entre vosotros los ojos, los cabellos de los que enseñé.

Y cuando hagáis conmigo cualquier imagen, rompedla a cada instante, ¡que a cada instante me rompieron los niños de ternura y de dolor!

V. —La enemiga

Soñé que ya era la tierra, que era un metro de tierra oscura a la orilla de un camino.

Cuando pasaban, al atardecer, los carros cargados de heno, el aroma que dejaban en el aire me estremecía al recordarme el campo en que nací; cuando después pasaban los segadores enlazados, evocaba también; al llorar los broncecillos crepusculares, el alma mía recordaba a Dios bajo su polvo ciego.

Junto a mí, el suelo formaba un montoncillo de arcilla roja, con un contorno como de pecho de mujer y yo, pensando en que también pudiera tener alma, le pregunté:

—¿Quién eres tú?

—Yo soy, dijo, tu Enemiga, aquélla que así sencillamente, terriblemente, llamabas tú: la Enemiga.

Yo le contesté:

—Yo odiaba cuando aún era carne, carne con juventud, carne con soberbia. Pero ahora soy polvo ennegrecido y amo hasta el cardo que sobre mí crece y las ruedas de las carretas que pasan magullándome.

—Yo tampoco odio ya, dijo ella, y soy roja como una herida porque he padecido, y me pusieron junto a ti, porque pedí amarte.

—Yo te quisiera más próxima, respondí, sobre mis brazos, los que nunca te estrecharon.

—Yo te quisiera, respondió, sobre mi corazón, en el lugar de mi corazón que tuvo la quemadura de tu odio.

Pasó un alfarero, una tarde, y, sentándose a descansar, acarició ambas tierras dulcemente...

—Son suaves, dijo: son igualmente suaves, aunque una sea oscura y la otra sangrienta.

Las llevaré y haré con ellas un vaso.

Nos mezcló el alfarero como no se mezcla nada en la luz: más que dos brisas, más que dos aguas. Y ningún ácido, ninguna química de los hombres, hubiera podido separarnos.

Cuando nos puso en un horno ardiente, alcanzamos el color más luminoso y el más bello que se ha mostrado al sol: era un rosa viviente de pétalo recién abierto...

Cuando el alfarero lo sacó del horno ardiente, pensó que aquello ya no era lodo, sino una flor: como Dios, ¡él había alcanzado a hacer una flor!

Y el vaso dulcificaba el agua hasta tal punto que el hombre que lo compró gustaba de verterle los zumos más amargos: el ajeno, la cicuta, para recogerlos melificados. Y si el alma misma de Caín se hubiera podido sumergir en el vaso, hubiera ascendido de él como un panal, goteante de miel...

VI. —Las ánforas

Ya hallaste por el río la greda roja y la greda negra; ya amasas las ánforas, con los ojos ardientes.

Alfarero, haz la de todos los hombres, que cada uno la precisa semejante al propio corazón.

Haz el ánfora del campesino, fuerte el asa, esponjado el contorno como la mejilla del hijo. No turbará cual la gracia, más será el Ánfora de la Salud.

Haz el ánfora del sensual; hazla ardiente como la carne que ama; pero para purificar su instinto, dale labio espiritual, leve labio.

Haz el ánfora del triste; hazla sencilla como una lágrima, sin un pliegue, sin una franja coloreada, porque el dueño no le mirará la hermosura. Y amásala con el lodo de las hojas secas, para que halle al beber el olor de los otoños, que es el perfume mismo de su corazón.

Haz el ánfora de los miserables, tosca, cual un puño, desgarrada de dar, y sangrienta, como la granada. Será el Ánfora de la Protesta.

Y haz el ánfora de Leopardi, el ánfora de los torturados que ningún amor supo colmar. Hazles el vaso en que miren su propio corazón, para que se odien más. No echarán en ella ni el vino ni el agua, que será el Ánfora de la Desolación. Y su seno vaciado inquietará más que si estuviera colmado de sangre, al que lo mire.

VII. —Vasos

—Todos somos vasos —me dijo el alfarero, y como yo sonriera, añadió —: Tú eres un vaso vaciado. Te volcó un grande amor y ya no te vuelves a colmar más. No eres humilde, y rehúsas bajar como otros vasos a las cisternas, a llenarte de agua impura.

Tampoco te abres para alimentarte de las pequeñas ternuras, como

algunas de mis ánforas que reciben las lentas gotas que les vierte la noche y viven de esa breve frescura. Y no estás roja, sino blanca de sed, porque el sumo ardor tiene esa tremenda blancura.

VIII. —La limitación

Los vasos sufren de ser vasos —agregó—. Sufren de contener en toda su vida nada más que cien lágrimas y apenas un suspiro o un sollozo intenso. En las manos del Destino tiemblan, y no creen que vacilan así porque son vasos. El amor los tajea de ardor, y no ven que son hermanos de mis gredas abiertas. Cuando miran al mar, que es ánfora inmensa, los vasos padecen, humillados. Odian su pequeña pared, su pequeño pie de copas, que apenas se levanta del polvo para recibir un poco la luz del día.

Cuando los hombres se abrazan en la hora del amor, no ven que son tan exiguos como un tallo de hierba y que se ciñen con un solo brazo extendido: ¡lo mismo que un ánfora!

Miden desde su quietud meditativa el contorno de todas las cosas y su brevedad no la conocen, de verse engrandecidos en su sombra.

Del dedo de Dios que los contorneó, aún conservan un vago perfume derramado en sus paredes, y suelen preguntar en qué jardín de aromas fueron amasados. Y el aliento de Dios, que caía sobre ellos mientras iba labrándolos, les dejó para mayor tortura esta vaga remembranza de una insigne suavidad y dulzura.

IX. —La sed

—Todos los vasos tienen sed —siguió diciéndome el alfarero—; «esos» como los míos, de arcilla perecedera. Así los hicieron, abiertos, para que pudieran recibir el rocío del cielo, y también ¡ay!, para que huyera presto su néctar.

Y cuando están colmados tampoco son dichosos, porque todos odian el líquido que hay en su seno. El vaso de falerno aborrece su áspero olor de lagares; el óleo perfumado odia su grávida espesura y envidia la levedad del vaso de agua clara.

Y los vasos con sangre viven desesperados del grumo tenaz que se cuaja en sus paredes y que no pueden ir a lavar en los arroyos, y son los más angustiados.

Para pintar el ansia de los hombres haz de ellos solamente el rostro con los labios entreabiertos de sed, o haz sencillamente un vaso, que también es una boca con sed.

Poemas del éxtasis



I. —Estoy llorando

Me has dicho que me amas, y estoy llorando. Me has dicho que pasarás conmigo entre tus brazos por los valles del mundo.

Me has apuñaleado con la dicha no esperada. Pudiste dármele gota a gota, como el agua al enfermo, ¡y me pusiste a beber en el torrente!

Caída en tierra, estaré llorando hasta que el alma comprenda. Han escuchado mis sentidos, mi rostro, mi corazón; mi alma no acaba de comprender.

Muerta la tarde divina, volveré vacilando hacia mi casa, apoyándome en los troncos del camino... Es la senda que hice esta mañana, y no la voy a reconocer. Miraré con

asombro el cielo, el valle, los techos de la aldea, y les preguntaré su nombre, porque he olvidado toda la vida.

Mañana me sentaré en el lecho y pediré que me llamen, para oír mi nombre y creer.

Y volveré a estallar en llanto. ¡Me has apuñaleado con la dicha!

II. —Dios

Háblame ahora de Dios, y te he de comprender.

Dios es este reposo de tu larga mirada en mi mirada, este comprenderse sin el ruido intruso de las palabras. Dios es esta entrega ardiente y pura y esta confianza inefable.

Está, como nosotros, amando al alba, al mediodía y a la noche, y le parece, como a los dos, que comienza a amar...

No necesita otra canción que su amor mismo, y la canta desde el suspiro al sollozo.

Y vuelve otra vez al suspiro...

Es esta perfección de la rosa madura, antes de que caiga el primer pétalo.

Y es esta certidumbre divina de que la muerte es mentira.

Si, ahora comprendo a Dios.

III. —El mundo

—No se aman —dijeron—, porque no se buscan. No se han besado, porque ella va todavía pura. ¡No saben que nos entregamos en una sola mirada!

Tu faena está lejos de la mía y mi asiento no está a tus pies. Y sin embargo, haciendo mi labor, siento como si te entretejera con la red de la lana suavísima, y tú estás sintiendo allá lejos que mi mirar baja sobre tu cabeza inclinada. ¡Y se rompe de dulzura tu corazón!

Muerto el día, nos encontraremos por unos instantes; pero la herida dulce del amor nos sustentará hasta el otro atardecer.

Ellos que se revuelcan en la voluptuosidad sin lograr unirse, no saben que por una mirada somos esposos

IV. —Hablaban de ti...

Me hablaron de ti ensangrentándote con palabras numerosas. ¿Por qué se fatigará inútilmente la lengua de los hombres? Cerré los ojos y te miré en mi corazón. Y eras puro, como la escarcha que amanece dormida en los cristales.

Me hablaron de ti alabándote con palabras numerosas. ¿Para qué se fatigará inútilmente la generosidad de los hombres...? Guardé silencio, y la alabanza subió de mis entrañas, luminosa como suben los vapores del mar.

Callaron otro día tu nombre y dijeron otros en la glorificación ardiente. Los nombres extraños caían sobre mí, inertes, malogrados. Y tu nombre que nadie pronunciaba, estaba presente como la Primavera, que cubría el valle, aunque nadie estuviera cantándola en esa hora diáfana.

V. —Esperándote

Te espero en el campo. Va cayendo el sol. Sobre el llano baja la noche, y tú vienes caminando a mi encuentro, naturalmente, como cae la noche. ¡Apresúrate, que quiero ver el crepúsculo sobre tu cara!

¡Qué lento te acercas! Parece que te hundieras en la tierra pesada. Si te detuvieses en este momento, se pararían mis pulsos de angustia y me quedaría blanca y yerta.

Vienes cantando como las vertientes bajan al valle. Ya te escucho...

¡Apresúrate! El día que se va quiere morir sobre nuestros rostros unidos.

VI. —Escóndeme

Escóndeme, que el mundo no me adivine. Escóndeme como el tronco su resina, y que yo te perfume en la sombra, como la gota de goma, y que te suavice con ella, y los demás no sepan de dónde viene tu dulzura...

Soy fea sin ti, como las cosas desarraigadas de su sitio: como las raíces abandonadas sobre el suelo.

¿Por qué no soy pequeña, como la almendra en el hueso cerrado?

¡Bécheme! Hazme una gata de tu sangre, y subiré a tu mejilla, y estaré en ella como la pinta vivísima en la hoja de la vid. Vuélveme tu suspiro, y subiré y bajaré de tu pecho, me enredaré en tu corazón, saldré al aire para volver a entrar. Y estaré en este juego toda la vida...

VII. —La flor de cuatro pétalos

Mi alma fue un tiempo un gran árbol en que se enrojecía un millón de frutos.

Entonces mirarme solamente daba plenitud, oír cantar bajo mis ramas cien aves era una tremenda embriaguez.

Después fue un arbusto, un arbusto retorcido de sobrio ramaje, pero

todavía capaz de manar goma perfumada.

Ahora es sólo una flor, una pequeña flor de cuatro pétalos. Uno se llama la Belleza, y otro el Amor, y están próximos; otro se llama el Dolor y el último la Misericordia. Así, uno a uno, fueron abriéndose, y la flor no tendrá ninguno más, Tienen los pétalos en la base una gota de sangre, porque la belleza me fue dolorosa, porque fue mi amor pura tribulación y mi misericordia nació también de una herida.

Tú que supiste de mí cuando era un gran árbol y que llegas buscándome tan tarde, en la hora crepuscular, tal vez pases sin reconocermme. Yo desde el polvo te miraré en silencio y sabré por tu rostro si eres capaz de saciarte con una simple flor, tan breve como una lágrima. Si te veo en los ojos la ambición, te dejaré pasar hacia las otras, que son ahora grandes árboles enrojecidos de fruto.

Porque el que hoy puedo consentir junto a mí en el polvo, ha de ser tan humilde que se conforme con este breve resplandor, y ha de tener tan muerta la ambición que pueda quedar para la eternidad con la mejilla sobre mi tierra, olvidado del mundo, ¡con sus labios sobre mí!

VIII. —La sombra

Sal por el campo al atardecer y déjame tus huellas sobre la hierba, que yo voy tras ti.

Sigue por el sendero acostumbrado, llega a las alamedas de oro, sigue por las altas alamedas de oro hasta la sierra amoratada. Y camina entregándote a las cosas, palpando los troncos, para que me devuelvan, cuando yo pase, tu caricia. Mírate en las fuentes y guárdenme las fuentes un instante el reflejo de tu cara, hasta que yo pase. Porque a ti yo no podré verte más en la Tierra de los hombres.

IX. —Si viene la muerte

Si te ves herido no temas llamarme. No, llámame desde donde te halles, aunque sea el lecho de la vergüenza. Y yo iré, aun cuando estén erizados de espinos los llanos hasta tu puerta.

No quiero que ninguno, ni Dios, te enjuge en las sienes el sudor ni te acomode la almohada bajo la cabeza.

¡No! Estoy guardando mi cuerpo para resguardar de la lluvia y las nieves tu huesa cuando ya duermas. Mi mano quedará sobre tus ojos para que no miren la noche tremenda.

El arte



A María Enriqueta

I. —La belleza

Una canción es una herida de amor que nos abrieron las cosas.

A ti, hombre basto, sólo te turba un vientre de mujer, un montón de carne de mujer.

Nosotros vamos turbados, nosotros recibimos la lanzada de toda la belleza del mundo, porque la noche estrellada nos fue amor tan agudo como un amor de carne.

Una canción es una respuesta que damos a la hermosura del mundo. Y la damos con un temblor incontenible, como el tuyo delante de un seno desnudo.

Y de volver en sangre esta caricia de la Belleza, y de responder al llamamiento innumerable de ella por los caminos, vamos más febriles, vamos más flagelados que tú.

II. —El canto

Una mujer está cantando en el valle. La sombra que llega la borra; pero su canción la yergue sobre el campo.

Su corazón está henchido, como su vaso que se trizó esta tarde en las guijas del arroyo. Mas ella canta; por la escondida llaga se aguza pasando la hebra del canto, se hace delgada y firme. En una modulación la voz se moja de sangre.

En el campo ya callan por la muerte cotidiana las demás voces, y se apagó hace un instante el canto del pájaro más rezagado. Y su corazón sin muerte, su corazón vivo de dolor, ardiente de dolor, recoge las voces que callan en su voz, aguda ahora, pero siempre dulce.

¿Canta para un esposo que la mira calladamente en el atardecer, o para un niño al que su canto endulza? ¿O cantará para su propio corazón, más desvalido que un niño solo al anochecer?

La noche que viene se materniza por esa canción que sale a su encuentro; las estrellas se van abriendo con humana dulzura: el cielo estrellado se humaniza y entiende el dolor de la Tierra.

El canto puro como un agua con luz, limpia el llano, lava la atmósfera del día innoble en el que los hombres se odiaron. De la garganta de la mujer que sigue cantando, se exhala y sube el día, ennoblecido, ¡hacia las estrellas!

III. —El ensueño

Dios me dijo: —Lo único que te he dejado es una lámpara para tu noche. Las otras se apresuraron, y se han ido con el amor y el placer. Te he dejado la lámpara del Ensueño, y tú vivirás a su manso resplandor.

No abrasará tu corazón, como abrasará el amor a las que con él partieron, ni se te quebrará en la mano, como el vaso del placer a las otras.

Tiene una lumbre que apacigua.

Si enseñas a los hijos de los hombres, enseñarás a su claridad, y tu lección tendrá una dulzura desconocida. Si hilas, si tejes la lana o el lino, el copo se engrandecerá por ella de una ancha aureola.

Cuando hables, tus palabras bajarán con más suavidad de la que tienen las palabras que se piensan en la luz brutal del día.

El aceite que la sustente manará de tu propio corazón, y a veces lo llevarás doloroso, como el fruto en él que se apura la miel o el óleo, con la magulladura. ¡No importa!

A tus ojos saldrá su resplandor tranquilo y los que llevan los ojos ardientes de vino o de pasión, se dirán: —¿Qué llama lleva ésta que no la afiebra ni la consume?

No te amarán, creyéndote desvalida: hasta creerán que tienen el deber de serte piadosos. Pero, en verdad, tú serás la misericordiosa cuando con tu mirada, viviendo entre ellos, sosiegues su corazón.

A la luz de esta lámpara, leerás tú los poemas ardientes que han entregado la pasión de los hombres, y serán para ti más hondos. Oirás la música de los violines, y si miras los rostros de los que escuchan, sabrás que tú padeces y gozas mejor. Cuando el sacerdote, ebrio de su fe, vaya a hablarte, hallará en tus ojos una ebriedad suave y durable de Dios, y te dirá: —Tú le tienes siempre; en cambio, yo sólo ardo de Él en los momentos de éxtasis.

Y en las grandes catástrofes humanas, cuando los hombres pierden su oro, o su esposa, o su amante, que son sus lámparas, sólo entonces vendrán a saber que la única rica eras tú, porque con las manos vacías, con el regazo baldío, en tu casa desolada, tendrás el rostro bañado del fulgor de tu lámpara. ¡Y sentirán vergüenza de haberte ofrecido los mendrugos de su dicha!

IV. —Decálogo del artista

I. Amarás la belleza, que es la sombra de Dios sobre el Universo.

II. No hay arte ateo. Aunque no ames al Creador, lo afirmarás creando a su semejanza.

III. No darás la belleza como cebo para los sentidos, sino como el natural alimento del alma.

IV. No te será pretexto para la lujuria ni para la vanidad, sino ejercicio divino.

V. No la buscarás en las ferias ni llevarás tu obra a ellas, porque la Belleza es virgen, y la que está en las ferias no es Ella.

VI. Subirá de tu corazón a tu canto y te habrá purificado a ti el primero.

VII. Tu belleza se llamará también misericordia, y consolará el corazón de los hombres.

VIII. Darás tu obra como se da un hijo: restando sangre de tu corazón.

IX. No te será la belleza opio adormecedor, sino vino generoso que te encienda para la acción, pues si dejas de ser hombre o mujer, dejarás de ser artista.

X. De toda creación saldrás con vergüenza, porque fue inferior a tu sueño, e inferior a ese sueño maravilloso de Dios, que es la Naturaleza.

Comentarios a poemas de Rabindranath Tagore



«Sé que también amaré la muerte.»

No creo, no, en que he de perderme tras la muerte.

¿Para qué me habrías henchido tú, si había de ser vaciada y quedar como las cañas exprimida? ¿Para qué derramarías la luz cada mañana sobre mis sienes y mi corazón, si no fueras a recogerme como se recoge el racimo negro melificado al sol, cuando ya media el otoño?

Ni fría ni desamorada me parece, como a los otros, la muerte. Paréceme más bien un ardor, un tremendo ardor que desgaja y desmenuza las carnes, para despeñarnos caudalosamente el alma.

Duro, acre, sumo, el abrazo de la muerte. Es tu amor, es tu terrible amor, ¡oh, Dios! ¡Así deja rotos y vencidos los huesos, lívida de ansia la cara y desmadejada la lengua!

«Yo me jacté entre los hombres de que te conocía...».

Como tienen tus hombres un delirio de afirmaciones acerca de tus atributos, yo te pinté al hablar de Ti con la precisión del que pinta los pétalos de la azucena. Por amor, por exageración de amor, describí lo que no veré nunca. Vinieron a mí tus hombres a interrogarme; vinieron porque te hallan continuamente en mis cantos, derramado como un aroma líquido. Yo, viéndoles más ansia que la del sediento al preguntar por el río, les parlé de Ti, sin haberte gozado todavía.

Tú, mi Señor, me lo perdonarás. Fue el anhelo de ellos, fue el mío también de mirarte límpido y neto como las hojas de la azucena. A través del desierto, es el ansia de los beduinos la que traza vívidamente el espejismo en la

lejanía... Estando en silencio para oírte, el latir de mis arterias me pareció la palpitación de tus alas sobre mi cabeza febril, y la di a los hombres como tuya. Pero Tú que comprendes te sonríes con una sonrisa llena de dulzura y de tristeza a la par.

Sí. Es lo mismo, mi Señor, que cuando aguardamos con los ojos ardientes, mirando hacia el camino. El viajero no viene, pero el ardor de nuestros ojos lo dibuja a cada instante en lo más pálido del horizonte...

Sé que los otros me ultrajarán porque he mentado; pero Tú, mi Señor, solamente sonreírás con tristeza. Lo sabes bien: la espera enloquece y el silencio crea ruidos en torno de los oídos febriles.

«Arranca esta florecilla. Temo que se marchite, y se deshoje, y se caiga, y se confunda con el polvo».

Verdad es que aún no estoy en sazón, que mis lágrimas no alcanzarían a colmar el cuenco de tus manos. Pero no importa, mi Dueño; en un día de angustias puedo madurar por completo.

Tan pequeña me veo que temo no ser advertida y quedar olvidada como la espiga en que no reparó, pasando, el segador. Por esto quiero suplir con el canto mi pequeñez, sólo por hacerte volver el rostro si me dejas perdida, ¡oh, mi Segador extasiado!

Verdad es también que no haré falta para tus harinas celestiales; verdad es que en tu pan no pondré un sabor nuevo. Mas, ¡de vivir atenta a tus movimientos sutiles, te conozco tantas ternuras que me hacen confiar! Yo te he visto, yendo de mañana por el campo, recoger evaporada la gotita de rocío que tirita en la cabezuela florida de una hierba y sorberla con menos ruido que el de un beso. Te he visto asimismo, dejar disimuladas en el enredo de las zarzamoras las hebras para el nido del tordo. Y he sonreído, muerta de dicha, diciéndome: —Así me recogerá, como a la gotita trémula, antes de que me vuelva fango: así como al pájaro se cuidará de albergarme después de la última hora.

¡Recógeme, pues, recógeme pronto! No tengo raíces clavadas en esta tierra de los hombres. Con un simple movimiento de tus labios, me sorbes; ¡con una imperceptible inclinación, me recoges!

Lecturas espirituales



A Don Constancio Vigil

I. —Lo feo

El enigma de la fealdad tú no lo has descifrado. Tú no sabes por qué el Señor dueño de los lirios del campo, consiente por los campos la culebra y el sapo en el pozo. Él los consiente. Él los deja atravesar sobre los musgos con rocío.

En lo feo, la materia está llorando; yo le he escuchado el gemido. Mírale el dolor, y ámalos. Ama la araña y los escarabajos por dolorosos, porque no tienen, como la rosa, una expresión de dicha. Ámalos porque son un anhelo engañado de hermosura, un deseo no oído de perfección. Son como algunos de tus días, malogrados y miserables a pesar de ti mismo. Ámalos, porque no recuerdan a Dios, ni nos evocan la cara amada.

Ten piedad de ellos que buscan terriblemente, con una tremenda ansia, la belleza que no trajeron. La araña ventruda, en su tela leve, sueña con la idealidad, y el escarabajo deja el rocío sobre un lomo negro para que le finja un resplandor fugitivo.

II. —La venda

Toda la belleza de la Tierra puede ser venda para tu herida. Dios la ha extendido delante de ti; así como un lienzo coloreado te ha extendido sus campos de primavera.

Son ternura de la tierra, palabras tuyas de amor, las florecillas blancas y el guijarro de color; siéntelos de este modo. Toda la belleza es misericordia de Dios.

El que te alarga la espina en una mano temblorosa, te ofrece en la otra un motivo para la sonrisa. No digas que es un juego cruel. Tú no sabes (en la química de Dios), por qué es necesaria el agua de las lágrimas.

Siente así como venda el cielo. Es una ancha venda que baja hasta tocar la magulladura de tu corazón en suavizadora caricia.

El que te ha herido, se ha ido dejándote hebras para la venda por todo el camino...

Y cada mañana, al abrir tus balcones, siente como una venda maravillosa y anticipada para la pena del día, el alba que sube por las montañas...

III - A un sembrador

Siembra sin mirar la sierra donde cae el grano; estás perdido si consultas el rostro de los demás. Tu mirada invitándoles a responder, les parecerá invitación a alabarte, y aunque estén de acuerdo con tu verdad, te negarán por orgullo la respuesta. Di tu palabra, y sigue tranquilo, sin volver el rostro. Cuando vean que te has alejado, recogerán tu simiente; tal vez la besen con ternura y la lleven a su corazón.

No pongas tu efigie reteñida sobre tu doctrina. Le enajenará el amor de los egoístas, y los egoístas son el mundo.

Habla a tus hermanos en la penumbra de la tarde, para que se borre tu rostro, y vela tu voz hasta que se confunda con cualquier otra voz. Hazte olvidar, hazte olvidar...

Harás como la rama que no conserva la huella de los frutos que ha dejado caer.

Hasta los hombres más prácticos, los que se dicen menos interesados en los sueños, saben el valor infinito de un sueño, y recelan de engrandecer al que lo soñó.

Harás como el padre que perdona al enemigo si lo sorprendió besando a su hijo.

Déjate besar en tu sueño maravilloso de redención. Míralo en silencio y sonríe...

Bástete la sagrada alegría de entregar el pensamiento; bástete el solitario y divino saboreo de su dulzura infinita. Es un misterio al que asisten Dios y tu alma. ¿No te conformas con ese inmenso testigo? Él supo, Él ya ha visto, Él no olvidará.

También Dios tiene ese recatado silencio, porque Él es el Pudoroso. Ha derramado sus criaturas y la belleza de las cosas por valles y colinas, calladamente, con menos rumor del que tiene la hierba al crecer. Vienen los amantes de las cosas, las miran, las palpan y se están embriagados, con la mejilla sobre sus rostros. ¡Y no lo nombran nunca! Él calla, calla siempre. Y sonríe...

IV - El arpa de Dios

El que llamó David el «Primer Músico», tiene como él un arpa: es un arpa inmensa, cuyas cuerdas son las entrañas de los hombres. No hay un solo momento de silencio sobre el arpa ni de paz para la mano del Tañedor ardiente.

De sol a sol Dios desprende a sus seres melodías.

Las entrañas del sensual dan un empañado sonido; las entrañas del gozador dan voces opacas como el gruñido de las bestias; las entrañas del avaro apenas si alcanzan a ser oídas; las del justo son un temblor de cristal; y las del doloroso, como los vientos sobre el mar, tienen una riqueza de inflexiones, desde el sollozo al alarido. La mano del Tañedor se tarda sobre ellas.

Cuando canta el alma de Caín, se trizan los cielos como un vaso; cuando canta Booz, la dulzura hace recordar las altas parvas; cuando canta Job, se conmueven las estrellas como una carne humana. Y Job escucha arrobado el río de su dolor vuelto hermosura...

El Músico oye las almas que hizo, con desaliento o con ardor. Cuando pasa de las áridas a las hermosas, sonrío o cae sobre la cuerda su lágrima.

Y nunca calla el arpa; y nunca se cansa el Tañedor ni los cielos que escuchan.

El hombre que abre la tierra, sudoroso, ignora que el Señor al que a veces niega, está pulsando sus entrañas; la madre que entrega al hijo ignora también que su grito hiere el azul y que en ese momento su cuerda se ensangrienta. Sólo el místico lo supo, y de oír esta arpa rasgó sus heridas para dar más, para cantar infinitamente en los campos del cielo.

V - La ilusión

¡Nada te han robado! La tierra se extiende, verde, en un ancho brazo en torno tuyo, y el cielo, existe sobre tu frente. Echas de menos un hombre que camina por el paisaje.

Hay un árbol, en el camino, un álamo fino y tembloroso. Haz con él su silueta. Se ha detenido, a descansar; te está mirando.

¡Nada te han robado! Una nube pasa sobre tu rostro, larga, suave, viva.

Cierra los ojos. La nube es en torno de tu cuello un abrazo que no te oprime, ni te turba. Ahora una lágrima te resbala por el rostro. Es su beso sereno.

¡Nada te han robado!

Motivos de la pasión



I. —Los olivos

Cuando el tumulto se alejó, desapareció en la noche, los olivos hablaron: —Nosotros le vimos penetrar en el Huerto.

—Yo recogí una rama para no rozarlo.

—Yo la incliné para que me tocara.

—¡Todos le miramos, con una sola y estremecida mirada!

—Cuando habló a los discípulos, yo el más próximo, conocí toda la dulzura de la voz humana. Corrió por mi tronco su acento como un hilo de miel...

—Nosotros enlazamos apretándolos los follajes, cuando bajaba el Ángel con el cáliz, para que no lo bebiera.

—Y cuando lo apuró, la amargura de su labio traspasó los follajes y subió hasta lo alto de las copas. ¡Ningún ave nos quebrará más la hoja amarga, ahora más amarga que el laurel!

—En su sudor de sangre bebieron nuestras raíces. ¡¡Todas han bebido!!

—Yo dejé caer una hoja sobre el rostro de Pedro, que dormía. Apenas se estremeció.

Desde entonces sé ¡oh, hermanos!, que los hombres no aman, que hasta cuando quieren amar no aman bien.

—Cuando le besó Judas, veló Él la luna, por que nosotros, ¡árboles!, no viéramos el beso de un hombre.

—Pero mi rama lo vio, y está quemada sobre mi tronco con vergüenza.

—¡Ninguno de nosotros hubiera querido tener alma en ese instante!

—Nunca le vimos antes; sólo los lirios de las colinas lo miraron pasar. ¿Por qué no sombreó ninguna siesta junto a nosotros?

—Si le hubiéramos visto alguna vez, ahora también quisiéramos morir.

—¿Dónde ha ido? ¿Dónde está a estas horas?

—Un soldado dijo que lo crucificarían mañana sobre el monte.

—Tal vez nos mire en su agonía, cuando ya se doble su cabeza; tal vez busque el valle donde amó y en su mirada inmensa nos abarque.

—Quizás lleve muchas heridas; acaso se halla a estas horas como uno de nosotros vestido de heridas.

—Mañana le bajarán al valle para sepultarle.

—¡Que descienda todo el aceite de nuestros frutos, que las raíces lleven un río de aceite bajo la tierra, hasta sus heridas!

—Amanece. ¡Han emblanquecido todos nuestros follajes!

II. —El beso

La noche del Huerto, Judas durmió unos momentos y soñó, soñó con Jesús, porque sólo se sueña con los que se ama o con los que se mata.

Y Jesús le dijo:

—¿Por qué me besaste? Pudiste señalarme clavándome con tu espada. Mi sangre estaba pronta, como una copa, para tus labios; mi corazón no rehusaba morir. Yo esperaba que asomara tu rostro entre las ramas.

¿Por qué me besaste? La madre no querrá besar a su hijo, porque tú lo has hecho, y todo lo que se besa por amor en la tierra, los follajes y los soles, rehusarán la caricia ensombrecida. ¿Cómo podré borrar tu beso de la luz, para que no se empañen o caigan los lirios de esta primavera? ¡He aquí que has pecado contra la confianza del mundo! ¿Por qué me besaste? Ya los que mataron con garfios y cuchillas se lavaron: ya son puros.

¿Cómo vivirás ahora? Porque el árbol muda la corteza con llagas; pero tú, para dar otro beso, no tendrás otros labios, y si besases a tu madre encanecerá a tu contacto, como blanquearon de estupor al comprender los olivos que te miraron.

Judas, Judas, ¿quién te enseñó ese beso?

—La prostituta, respondió ahogadamente, y sus miembros se anegaban en un sudor que era también de sangre, y mordía su boca para desprendérsela, como el árbol su corteza gangrenada.

Y sobre la calavera de Judas, los labios quedaron, perduraron sin caer, entreabiertos, prolongando el beso. Una piedra echó su madre sobre ellos para juntarlos; el gusano los mordió para desgranarlos; la lluvia los empapó en vano para podrirlos. Besan, ¡siguen besando aún bajo la tierra!

Poemas del hogar



A Celmira Zúñiga

I. —La lámpara

¡Bendita sea mi lámpara! No me humilla como la llamada del sol, y tiene un mirar humanizado de pura suavidad, de pura dulcedumbre.

Arde en medio de mi cuarto: es su alma. Su apagado reflejo hace brillar apenas mis lágrimas y no las veo correr por mi pecho...

Según el sueño que está en mi corazón, mudo su cabezuela de cristal. Para mi oración le doy una lumbre azul, y mi cuarto se hace como la hondura del valle —ahora que no elevo mi plegaria desde el fondo de los valles. Para la tristeza, tiene un cristal violeta, y hace a las cosas padecer conmigo.

Más sabe ella de mi vida que los pechos en que he descansado. Está viva de haber tocado tantas noches mi corazón; tiene el suave ardor de mi herida íntima, que ya no abrasa, que para durar se hizo suavísima...

Tal vez al caer la noche los muertos sin mirada vienen a buscarla en los ojos de las lámparas. ¿Quién será este muerto que está mirándome con tan callada dulzura?

Si fuese humana, se fatigaría antes de mi pena, o bien, enardecida de solicitud, querría aún estar conmigo cuando la misericordia del sueño llega. Ella es, pues, la Perfecta.

Desde afuera no se adivina, y mis enemigos que pasan me creen sola. A todas mis posesiones, tan pequeñas como ésta, tan divinas como ésta, voy dando una claridad imperceptible, para defenderlas de los robadores de dichas.

Basta lo que alumbra su halo de resplandor. Caben en él la cara de mi madre y el libro abierto. ¡Que me dejen solamente lo que baña esta lámpara; de todo lo demás pueden desposeerme!

¡Yo pido a Dios que en esta noche no falte a ningún triste una lámpara suave que amortigüe el brillo de sus lágrimas!

II. —El brasero

¡Brasero de pedrerías, ilusión para el pobre: mirándote, tenemos las piedras preciosas!

Voy gozándote a lo largo de la noche los grados del ardor: primero es la brasa, desnuda como una herida; después, una veladura de ceniza que te da el calor de las rosas menos ardientes; y al acabar la noche, una blancura leve y suavísima que te amortaja.

Mientras ardías, se me iban encendiendo los sueños o los recuerdos, y con la lentitud de tu brasa, iban después velándose, muriéndose...

Eres la intimidad: sin ti existe la casa, pero no sentimos el hogar.

Tú me enseñaste que lo que arde congrega a los seres en torno de su llama, y mirándote cuando niña pensé volver así mi corazón. E hice en torno mío el corro de los niños.

Las manos de los míos se juntan sobre tus brasas. Aunque la vida nos

esparza, nos hemos de acordar de esta red de las manos tejida en torno tuyo.

Para gozarte mejor, te dejo descubierto; no consiento que cubran tu rescoldo maravilloso.

Te dieron una aureola de bronce, y ella te ennoblece, ensanchando el resplandor.

Mis abuelas quemaron en ti las buenas hierbas que ahuyentan a los espíritus malignos, y yo también para que te acuerdes de ellas suelo espolvorearte las hierbas fragantes, que crepitan en tu rescoldo como besos.

Mirándote, viejo brasero del hogar, voy diciendo:

—Que todos los pobres te enciendan en esta noche, para que sus manos tristes se junten sobre ti con amor!

III. —El cántaro de greda

¡Cántaro de greda, moreno como mi mejilla, tan fácil que eres a mi sed!

Mejor que tú es el labio de la fuente, abierto en la quebrada; pero está lejos, y en esta noche de verano no puedo ir hacia él.

Yo te colmo cada mañana lentamente. El agua canta primero al caer; cuando queda en silencio, la beso sobre la boca temblorosa, pagando su merced.

Eres gracioso y fuerte, cántaro moreno. Te pareces al pecho de una campesina que me amamantó cuando rendí el seno de mi madre, y me acuerdo de ella mirándote.

¿Tú ves mis labios secos? Son labios que trajeron muchas sedes: la de Dios, la de la Belleza, la del Amor. Ninguna de estas cosas fue como tú, sencilla y dócil, y las tres siguen blanqueando mis labios...

¿Sientes mi ternura?

En el verano pongo debajo de ti una arenilla dorada y húmeda, para que no te taje el calor, y una vez te cubrí tiernamente una quebradura con barro fresco.

Fui torpe para muchas faenas, pero siempre he querido ser la dulce dueña, la que coge las cosas con temblor de dulzura por si entendieran, por si padecieran como ella...

Mañana cuando vaya al campo, cortaré las hierbas buenas para traértelas y sumergirlas en tu agua.

Cántaro de greda: eres más bueno para mí que los que dijeron ser buenos.

¡Yo quiero que todos los pobres tengan, como yo, en esta siesta ardiente, un cántaro fresco para sus labios con amargura!

A Mimí Aguglia



Mujer, bendito sea el alfarero que hizo tu cuerpo: te ensanchó los ojos como grutas marinas; te puso en los brazos las tremendas cuerdas de la pasión; te ahondó la garganta hasta las entrañas, para que pudieras entregar el mayor grito.

Bendito sea en ti el cuerpo humano. ¡Expresiva!, bendito de la planta a la frente: en la cabellera requemada como por el aliento del desierto; en la boca que la amargura afila; en tu cintura estremecida de llevar ceñido veinte años el cilicio de cien garfios de la pasión; ¡en tus pies, que empina el ansia o hace trepidar la alegría!

Bendito sea el verbo de los poetas en tu boca: benditos los que para ti calientan hasta el blanco los hierros de la palabra, porque tus labios son dignos de que ellos se despedazaran. Benditos sean los cuajarones de sangre de la tragedia cuando se derriten en tu lengua y las avientan tus manos. ¡Dios guarde por ti a Gabriel D'Annunzio y a Darío Nicodemi!

¡Alabada sea la mujer que toma las multitudes en sus brazos extendidos y hace de ellas una pira y les allega su llama!

Con los elementos intensos del mundo te amasaron y te irguieron en tu valle: con la brasa del sol romano, con las gredas más rojas.

Te pusieron un mediodía en una colina del Lacio, y subió en una ráfaga a ti todo el dolor derramado por los valles. Te hicieron el vértice de la pasión de tu raza.

Quedaron por ti como desteñidas las demás criaturas, pues les bebiste toda la sangre en la esponja de tu pecho, ¡ávida!

Te entiendan y se fundan de alabanza las cosas mismas cuando te oyen aullar de angustia; los semblantes de las cosas se vuelvan hacia ti, vivos como se volvieron para mirar a Orfeo, ¡animadora!

Te lleven sus cantos los hombres y las mujeres, y sólo tú seas digna de dar los terciopelos de su plegaria, y te pidan la boca para su alarido.

¡Y quede tu voz resonando cincuenta años en las entrañas de los que te escucharon, como resonará en las mías para siempre!

PROSA ESCOLAR



CUENTOS

Por qué las cañas son huecas



A Don Max Salas Marchand

Al mundo apacible de las plantas también llegó un día la revolución social. Dícese que los caudillos fueron aquí las cañas vanidosas. Maestro de rebeldes, el viento hizo la propaganda, y en poco tiempo no se habló de otra cosa en los centros vegetales. Los bosques venerables fraternizaron con los bosquecillos locos en la aventura de luchar por la igualdad.

Pero, ¿qué igualdad? ¿De consistencia en la madera, de bondades en el fruto, de derecho a la buena agua?

No; la igualdad de altura, simplemente. Levantar la cabeza a uniforme elevación, fue el ideal. El maíz no pensó en hacerse fuerte como el roble, sino en mecer a la altura misma de él sus espiguillas velludas. La rosa no se afanaba por ser útil como el caucho, sino por llegar a la copa altísima de éste y hacerla una almohada donde echar a dormir sus flores.

¡Vanidad, vanidad, vanidad! Delirio de ser grande, aunque siéndolo contra Natura, se caricaturizaran los modelos. En vano algunas flores cuerdas — las violetas medrosas y los chatos nenúfares— hablaron de la ley divina y de soberbia loca. Sus voces parecieron chochez.

Un poeta viejo con las barbas como Nilos, condenó el proyecto en nombre de la belleza, y dijo sabias cosas acerca de la uniformidad, odiosa en todos los órdenes.

II

¿Cómo lo consiguieron? Cuentan de extraños influjos. Los genios de la tierra soplaron bajo las plantas su vitalidad monstruosa, y fue así como se hizo el feo milagro.

El mundo de las gramas y de los arbustos subió una noche muchas decenas de metros, como obedeciendo a un llamado imperioso de los astros.

Al día siguiente, los campesinos se desmayaron —saliendo de sus ranchos— ante el trébol, alto como una catedral, ¡y los trigales hechos selvas de oro!

Era para enloquecer. Los animales rugían de espanto, perdidos en la oscuridad de los herbazales. Los pájaros piaban desesperadamente, encaramados sus nidos en atalayas inauditas. No podían bajar en busca de las semillas: ¡ya no había suelo dorado de sol ni humilde tapia de hierba!

Los pastores se detuvieron con sus ganados frente a los potreros; los vellones blancos se negaban a penetrar en esa cosa compacta y oscura, en que desaparecían por completo.

Entre tanto, las cañas victoriosas reían, azotando las hojas bullangueras contra la misma copa azul de los eucaliptus...

III

Dícese que un mes transcurrió así. Luego vino la decadencia.

Y fue de este modo. Las violetas, que gustan de la sombra, con las testas moradas a pleno sol, se secaron.

—No importa —apresuráronse a decir las cañas—; eran una fruslería.

(Pero en el país de las almas, se hizo duelo por ellas).

Las azucenas, estirando el tallo hasta treinta metros, se quebraron. Las copas de mármol cayeron cortadas a cercén, como cabezas de reinas.

Las cañas arguyeron lo mismo. (Pero las Gracias corrieron por el bosque, plañendo lastimeras).

Los limoneros a esas alturas perdieron todas sus flores por las violencias del viento libre. ¡Adiós cosecha!

—¡No importa-rezaron de nuevo las cañas; —eran tan ácidos los frutos!

El trébol se chamuscó, enroscándose los tallos como hilachas al fuego.

Las espigas se inclinaron, no ya con dulce laxitud; cayeron sobre el suelo en toda su extravagante longitud, como rieles inertes.

Las patatas por vigorizar en los tallos, dieron los tubérculos raquíuticos: no eran más que pepitas de manzana...

Ya las cañas no reían; estaban graves.

Ninguna flor de arbusto ni de hierba se fecundó; los insectos no podían llegar a ellas, sin achicharrarse las alitas.

Demás está decir que no hubo para los hombres pan ni fruto, ni forraje para las bestias; hubo, eso sí, hambre; hubo dolor en la tierra.

En tal estado de cosas, sólo los grandes árboles quedaron incólumes, de pie y fuertes como siempre. Porque ellos no habían pecado.

Las cañas por fin, cayeron las últimas, señalando el desastre total de la teoría niveladora, podridas las raíces por la humedad excesiva que la red de follaje no dejó secar.

Pudo verse entonces que, de macizas que eran antes de la empresa, se habían vuelto huecas. Se estiraron devorando leguas hacia arriba; pero hicieron el vacío en la médula y eran ahora cosa irrisoria, como los marionetes y las figurillas de goma.

Nadie tuvo ante la evidencia argucias para defender la teoría, de la cual no se ha hablado más, en miles de años.

Natura —generosa siempre— reparó las averías en seis meses, haciendo

renacer normales las plantas locas.

El poeta de las barbas como Nilos vino después de larga ausencia, y, regocijado, cantó la era nueva:

«Así bien, mis amadas. Bella la violeta por minúscula y el limonero por la figura gentil. Bello todo como Dios lo hizo: el roble roble y la cebada frágil».

La tierra fue nuevamente buena; engordó ganados y alimentó gentes.

Pero las cañas-caudillos quedaron para siempre con su estigma: huecas, huecas...

Por qué las rosas tienen espinas



Ha pasado con las rosas lo que con muchas otras plantas, que en un principio fueron plebeyas por su excesivo número y por los sitios donde se les colocara.

Nadie creyera que las rosas, hoy princesas atildadas de follaje hayan sido hechas para embellecer los caminos. Y fue así sin embargo.

Había andado Dios por la Tierra disfrazado de romero todo un caluroso día, y al volver al cielo se le oyó decir:

—¡Son muy desolados esos caminos de la pobre Tierra! El sol los castiga y he visto por ellos viajeros que enloquecían de fiebre y cabezas de bestias agobiadas. Se quejaban las bestias en su ingrato lenguaje, y los hombres blasfemaban. ¡Además, qué feos son con sus tapias terrosas y desmoronadas!

Y los caminos son sagrados, porque unen a los pueblos remotos y porque el hombre va por ellos, en el afán de la vida, henchido de esperanzas si mercader, con el alma extasiada, si peregrino.

Bueno será que hagamos tolderías frescas para esos senderos y visiones hermosas: sombra y motivos de alegría.

E hizo los sauces que bendicen con sus brazos inclinados; los álamos larguísimos, que proyectan sombra hasta muy lejos, y las rosas de guías trepadoras, gala de las pardas murallas.

Eran los rosales por aquel tiempo pomposos y abarcadores; el cultivo, y la reproducción repetida hasta lo infinito, han atrofiado la antigua exuberancia.

Y los mercaderes, y los peregrinos, sonrieron cuando los álamos, como

un desfile de vírgenes, los miraron pasar, y cuando sacudieron el polvo de sus sandalias bajo los frescos sauces.

Su sonrisa fue emoción al descubrir el tapiz verde de las murallas, regado de manchas rojas, blancas y amarillas, que eran como una carne perfumada. Las bestias mismas relincharon de placer. Eleváronse de los caminos, rompiendo la paz del campo, cantos de un extraño misticismo por el prodigio.

Pero sucedió que el hombre, esta vez como siempre, abusó de las cosas puestas para su alegría y confiadas a su amor.

La altura defendió a los álamos; las ramas lacias del sauce no tenían atractivo; en cambio, las rosas si que lo tenían, olorosas como un frasco oriental e indefensas como una niña en la montaña.

Al mes de vida en los caminos, los rosales estaban bárbaramente mutilados y con tres o cuatro rosas heridas.

Las rosas eran mujeres, y no callaron su martirio. La queja fue llevada al Señor. Así hablaron temblando de ira y más rojas que su hermana, la amapola:

—Ingratos son los hombres, Señor; no merecen tus gracias. De tus manos salimos hace poco tiempo, íntegras y bellas; henos ya mutiladas y míseras.

Quisimos ser gratas al hombre y para ello realizábamos prodigios: abríamos la corola ampliamente, para dar más aroma: fatigábamos los tallos a fuerza de chuparles savia para estar fresquísimas. Nuestra belleza nos fue fatal.

Pasó un pastor. Nos inclinamos para ver los copos redondos que le seguían. Dijo el truhán:

—«Parecen un arrebol, y saludan, doblándose, como las reinas de los cuentos».

Y nos arrancó dos gemelas con un gran tallo.

Tras él venía un labriego. Abrió los ojos asombrados, gritando:

—«¡Prodigio! La tapia se ha vestido de percal multicolor, ni más ni menos que una vieja alegre!»

Y luego:

—«Para la Añuca y su muñeca».

Y sacó seis, de una sola guía, arrastrando la rama entera.

Pasó un viejo peregrino. Miraba de extraño modo: frente y ojos parecían dar luz.

Exclamó:

«¡Alabado sea Dios en sus criaturas cándidas! ¡Señor, para ir glorificándote en ella!»

Y se llevó nuestra más bella hermana.

Pasó un pilluelo:

«¡Qué comodidad! —dijo—. ¡Flores en el caminito mismo!»

Y se alejó con una brazada, cantando por el sendero.

Señor, la vida así no es posible. En días más, las tapias quedarán como antes: nosotras habremos desaparecido.

—¿Y qué queréis?

—¡Defensa! Los hombres escudan sus huertas con púas de espino y zarzas. Algo así puedes realizar en nosotras.

Sonrió con tristeza el buen Dios, porque había querido hacer la belleza fácil y benévola, y repuso:

—¡Sea! Veo que en muchas cosas tendré que hacer lo mismo. Los hombres me harán poner en mis hechuras hostilidad y daño.

En los rosales se hincharon las cortezas y fueron formándose levantamientos agudos: las espinas.

Y el hombre, injusto siempre, ha dicho después que Dios va borrando la bondad de su creación.

La raíz del rosal



Bajo la tierra como sobre ella hay una vida, un conjunto de seres que trabajan y luchan, que aman y odian.

Viven allí los gusanos más oscuros, y son como cordones negros las raíces de las plantas, y los hilos de agua subterráneos, prolongados como un lino palpitador.

Dicen que hay otros aún: los gnomos, no más altos que una vara de nardo, barbudos y regocijados.

He aquí lo que hablaron cierto día, al encontrarse, un hilo de agua y una raíz de rosas:

—Vecina raíz, nunca vieron mis ojos nada tan feo como tú. Cualquiera diría que un mono plantó su larga cola en la tierra y se fue dejándola. Parece que quisiste ser una lombriz, pero no alcanzaste su movimiento en curvas graciosas, y sólo le has aprendido a beberme mi leche azul. Cuando paso tocándote, me la reduces a la mitad. Feísima, dime, ¿qué haces con ella?

Y la raíz humilde respondió:

—Verdad, hermano hilo de agua, que debo aparecer ingrata a tus ojos. El contacto largo con la tierra me ha hecho parda, y la labor excesiva me ha deformado, como deforma los brazos al obrero. También yo soy una obrera; trabajo para la bella prolongación de mi cuerpo que mira al sol. Es a ella a quien envió la leche azul que te bebo; para mantenerla fresca, cuando tú te apartas, voy a buscar los jugos vitales lejos.

Hermano hilo de agua, sacarás cualquier día tus platas al sol. Busca entonces la criatura de belleza que soy bajo la luz.

El hilo de agua, incrédulo pero prudente, calló, resignado a la espera.

Cuando su cuerpo palpitador ya más crecido salió a la luz, su primer cuidado fue buscar aquella prolongación de que la raíz hablara.

Y, ¡oh Dios!, lo que sus ojos vieron.

Primavera reinaba espléndida, y en el sitio mismo en que la raíz se hundía, una forma rosada, graciosa engalanaba la tierra.

Se fatigaban las ramas con una carga de cabecitas rosadas, que hacían el aire aromoso y lleno de secreto encanto.

Y el arroyo se fue, meditando por la pradera en flor:

—¡Oh, Dios! ¡Cómo lo que abajo era hilacha áspera y parda, se torna arriba seda rosada! ¡Oh, Dios!, ¡cómo hay fealdades que son prolongaciones de belleza...!

El cardo



A Don Rafael Díaz.

Una vez un lirio de jardín (de jardín de rico) preguntaba a las demás flores por Cristo. Su dueño, pasando, lo había nombrado al alabar su flor recién abierta.

Una rosa de Sarón, de viva púrpura, contestó:

—No le conozco. Tal vea sea un rústico, pues yo he visto a todos los príncipes.

—Tampoco lo he visto nunca —agregó un jazmín menudo y fragante— y ningún espíritu delicado deja de aspirar mis pequeñas flores.

—Tampoco yo —añadió todavía la camelia fría e impasible—. Será un patán: yo he estado en el pecho de los hombres y las mujeres hermosas...

Replicó el lirio:

—No se me parecería si lo fuera, y mi dueño lo ha recordado al mirarme esta mañana.

Entonces la violeta dijo:

—Uno de nosotros hay que sin duda lo ha visto: es nuestro pobre hermano el cardo.

Vive a la orilla del camino, conoce a cuantos pasan, y a todos saluda con su cabeza cubierta de ceniza. Aunque humillado por el polvo, es dulce, como que da una flor de mi matiz.

—Has dicho una verdad —contestó el lirio—. Sin duda, el cardo conoce a Cristo; pero te has equivocado al llamarlo nuestro. Tiene espinas y es feo como un malhechor. Lo es también, pues se queda con la lana de los corderillos, cuando pasan los rebañas.

Pero, dulcificando hipócritamente la voz, gritó, vuelto al camino:

—Hermano cardo, pobrecito hermano nuestro, el lirio te pregunta si conoces a Cristo.

Y vino en el viento la voz cansada y como rota del cardo:

—Sí; ha pasado por este camino y le he tocado los vestidos, yo, ¡un triste cardo!

—¿Y es verdad que se me parece?

—Sólo un poco, y cuando la luna te pone dolor. Tú levantas demasiado la cabeza. Él la lleva algo inclinada; pero su manto es albo como tu copo y eres harto feliz de parecerle. ¡Nadie lo comparará nunca con el cardo polvoroso!

—Di, cardo, ¿cómo son sus ojos?

El cardo abrió en otra planta una flor azul.

—¿Cómo es su pecho?

El cardo abrió una flor roja.

—Así va su pecho —dijo.

—Es un color demasiado crudo —dijo el lirio.

—¿Y qué lleva en las sierres por guirnalda, cuando es la primavera?

El cardo elevó sus espinas.

—Es una horrible guirnalda —dijo la camelia—. Se le perdonan a la rosa sus pequeñas espinas; pero esas son como las del cactus, el erizado cactus de las laderas.

—¿Y ama Cristo? —prosiguió el lirio, turbado.

—¿Cómo es su amor?

—Así ama Cristo —dijo el cardo echando a volar las plumillas de su corola muerta hacia todos los vientos.

—A pesar de todo —dijo el lirio— querría conocerle. ¿Cómo podría ser, hermano cardo?

Para mirarlo pasar, para recibir su mirada, haceos cardo del camino —respondió éste.

Él va siempre por las sendas, sin reposo. Al pasar me ha dicho: —«Bendito seas tú, porque floreces entre el polvo y alegras la mirada febril del caminante». Ni por tu perfume se detendrá en el jardín del rico, porque va oteando en el viento otro aroma: el aroma de las heridas de los hombres.

Pero ni el lirio, al que llamaron su hermano; ni la rosca de Sarón, que Él cortó de niño por las colinas; ni da Madreselva trenzada, quisieron hacerse cardo del camino y, como los príncipes y las mujeres mundanas que rehusaron seguirte por las llanuras quemadas, se quedaron sin conocer a Cristo.

La charca



Era una charca pequeña, toda pútrida. Cuanto cayó en ella se hizo impuro: las hojas del árbol próximo, las plumillas de un nido, hasta los vermes del fondo, más negros que los de otras pozas... En los bordes, ni una brizna verde.

El árbol vecino y unas grandes piedras la rodeaban de tal modo, que el sol no la miró nunca ni ella supo de él en su vida.

Mas un buen día, como levantarán una fábrica en los alrededores, vinieron obreros en busca de las grandes piedras.

Fue eso en un crepúsculo. Al día siguiente el primer rayo cayó sobre la copa del árbol y se deslizó hacia la charca.

Hundió el rayo en ella su dedo de oro y el agua, negra como un betún, se aclaró: fue rosada, fue violeta, tuvo todos los colores: ¡un ópalo maravilloso!

Primero, un asombro, casi un estupor al traspasarla la flecha luminosa; luego, un placer desconocido mirándose transfigurada; después... el éxtasis, la callada adoración de la presencia divina descendida hacia ella.

Los vermes del fondo se habían enloquecido en un principio por el trastorno de su morada; ahora estaban quietos, perfectamente sumidos en la contemplación de la placa áurea que tenían por cielo.

Así la mañana, el mediodía, la tarde. El árbol vecino, el nido del árbol, el dueño del nido, sintieron el estremecimiento de aquel acto de redención que se realizaba junto a ellos. La fisonomía gloriosa de la charca se les antojaba una cosa insólita.

Y al descender el sol, vieron una cosa más insólita aún. La caricia cálida fue durante todo el día absorbiendo el agua impura insensiblemente. Con el último rayo, subió la última gota. El hueco gredoso quedó abierto, como la órbita de un gran ojo vaciado.

Cuando el árbol y el pájaro vieron correr por el cielo una nube flexible y algodonosa, nunca hubieran creído que esa gala del aire fuera su camarada, la charca de vientre impuro.

Para las demás charcas de aquí abajo, ¿no hay obreros providenciales que quiten las piedras ocultadoras del sol?

Voto



Dios me perdone este libro amargo y los hombres que sienten la vida como dulzura, me lo perdonen también.

En estos cien poemas queda sangrando un pasado doloroso, en el cual la canción se ensangrentó para aliviarme. Lo dejo tras de mí como a la hondonada sombría y por laderas más clementes subo hacia las mesetas espirituales donde una ancha luz caerá, por fin, sobre mis días. Yo cantaré desde ellas las palabras de la esperanza, sin volver a mirar mi corazón: cantaré como lo quiso un misericordioso, para «consolar a los hombres». A los treinta años, cuando escribí el «Decálogo del artista», dije este Voto.

Dios y la Vida me dejen cumplirlo [...] que me quedan por los caminos.



GABRIELA MISTRAL (Vicuña, 7 de abril de 1889 – Nueva York, 10 de enero de 1957). Hija de Juan Jerónimo Godoy Villanueva, profesor, y de Petronila Alcayaga Rojas, de ascendencia vasca. Gabriela Mistral nació en Vicuña, ciudad en la que hoy existe un museo dedicado a ella en la calle donde nació y que hoy lleva su nombre. A los diez días sus padres se la llevaron a La Unión, pero su «amado pueblo», como ella misma decía, era Montegrande, donde vivió de los tres a los nueve años, y donde pidió que le dieran sepultura.

Sus abuelos paternos, oriundos de la actual Región de Antofagasta, fueron Gregorio Godoy e Isabel Villanueva; y los maternos, Francisco Alcayaga Barraza y Lucía Rojas Miranda, descendientes de familias propietarias de tierras del Valle de Elqui. Gabriela Mistral tuvo una media hermana, que fue su primera maestra, Emelina Molina Alcayaga, y cuyo padre fue Rosendo Molina Rojas.

Aunque su padre abandonó el hogar cuando ella tenía aproximadamente tres años, Gabriela Mistral lo quiso y siempre lo defendió. Cuenta que «revolviendo papeles», encontró unos versos suyos, «muy bonitos». «Esos versos de mi padre, los primeros que leí, despertaron mi pasión poética», escribió.

A los 15 años se enamoró platónicamente de Alfredo Videla Pineda, hombre rico y hermoso, más de 20 años mayor que ella, con el que se carteo durante casi año y medio. Después conoció a Romelio Ureta, un funcionario de ferrocarriles. Este sacó un dinero de la caja del ferrocarril donde trabajaba con el fin de ayudar a un amigo; como no lo pudo devolver, Ureta se suicidó. Más tarde, a raíz de su triunfo en los Juegos Florales con Sonetos de la muerte, versos que relacionaron con el suicida, nació el mito, que tuvo amplia difusión, del gran amor entre ambos.

En 1904 comienza a trabajar como profesora ayudante en la Escuela de la Compañía Baja en La Serena y empieza a mandar colaboraciones al diario serenense *El Coquimbo*. Al año siguiente continúa escribiendo en él y en *La Voz de Elqui*, de Vicuña.

Desde 1908 es maestra en la localidad de La Cantera y después en Los Cerrillos, camino a Ovalle. No estudió para maestra, ya que no tenía dinero para ello, pero posteriormente, en 1910, convalidó sus conocimientos ante la Escuela Normal N° 1 de Santiago y obtuvo el título oficial de Profesora de Estado, con lo que pudo ejercer la docencia en el nivel secundario. Este hecho le costó la rivalidad de sus colegas, ya que este título lo recibe mediante convalidación de sus conocimientos y experiencia, sin haber concurrido al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.

Posteriormente su valía profesional quedó demostrada al ser contratada por el gobierno de México para asentar las bases de su nuevo sistema educacional, modelo que actualmente se mantiene vigente casi en su esencia, pues solo se le han hecho reformas para actualizarlo.

El 12 de diciembre de 1914 obtiene el primer premio en el concurso de literatura de los Juegos Florales organizados por la FECh en Santiago, por sus *Sonetos de la Muerte*.

Desde entonces utilizó el seudónimo literario Gabriela Mistral en casi todos sus escritos, en homenaje a dos de sus poetas favoritos, el italiano Gabriele D'Annunzio y el francés Frédéric Mistral. En 1917 Julio Molina Núñez y Juan Agustín Araya publican una de las más importantes antologías poéticas de Chile, *Selva Lírica*, donde Lucila Godoy aparece ya como una de las grandes poetas chilenas. Esta publicación es una de las últimas en que utiliza su nombre verdadero.

Desempeñó el cargo de inspectora en el Liceo de Señoritas de La Serena. Además, como destacada educadora, visitó México, Estados Unidos y Europa estudiando las escuelas y métodos educativos de estos países. Fue profesora invitada en las universidades de Barnard, Middlebury y Puerto Rico.

Desolación, considerada su primera obra maestra, aparece en Nueva York en 1922 publicada por el Instituto de Las Españas, a iniciativa de su director Federico de Onís. La mayoría de los poemas que forman este libro los había escrito diez años atrás mientras residía en la localidad de Coquimbito.

El 23 de junio de ese año Gabriela Mistral, en compañía de Laura Rodig, zarpa hacia México en el vapor Orcoma invitada por el entonces ministro de Educación José Vasconcelos. Allí permaneció casi dos años, trabajando con los intelectuales más destacados del mundo hispanoparlante en aquel entonces.

En 1923 se inaugura su estatua en México, se publica allí su libro *Lectura para mujeres*, aparece en Chile la segunda edición de *Desolación* con una tirada de 20.000 ejemplares y aparece en España la antología *Las mejores poesías*, con prólogo de Manuel de Montoliú.

Tras una gira por Estados Unidos y Europa, volvió a Chile, donde la situación política era tan tensa que se vio obligada a partir de nuevo, esta vez para servir en Europa como secretaria de una de las secciones de la Liga de Naciones en 1926; el mismo año ocupa la secretaría del Instituto de Cooperación Internacional, de la Sociedad de las Naciones, en Ginebra.

En 1924 publica en Madrid *Ternura*, libro en el que practica una novedosa «poesía escolar», renovando los géneros tradicionales de la poesía infantil (por ejemplo, canciones de cuna, rondas, y arrullos) desde una poética austera y muy depurada. Petronila Alcayaga, su madre, murió en 1929, por lo cual le dedicó la primera parte de su libro *Tala*.

Su vida es, en adelante, una continuación de la errancia incansable que conoció en Chile, sin un puesto fijo en que utilizar su talento. Preferirá, entonces, vivir entre América y Europa. Así, viaja, por ejemplo, a la isla de Puerto Rico en 1931, como parte de un tour del Caribe y de América del Sur. Es en esta gira donde la nombra «Benemérita del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional» en Nicaragua el general Augusto Sandino, a quien había dado su apoyo en numerosos escritos. Además, dio discursos en la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, en Santo Domingo, en Cuba, y en todos los otros países de la América Central. A partir de 1933, y durante un periodo de veinte años, trabajó como cónsul de su país en ciudades de Europa y América. Su poesía ha sido traducida al inglés, francés, italiano, alemán y sueco, resultando muy influyente en la obra creativa de muchos escritores latinoamericanos posteriores, como Pablo Neruda y Octavio Paz. Sus diversos poemas escritos para los niños se recitan y cantan en muy diversos países en la actualidad. Muchos de sus poemas y libros han sido leídos por niños y adultos en diversos países.

La noticia de que había ganado el Nobel la recibió en Petrópolis, la ciudad brasileña donde desempeñaba la labor de cónsul desde 1941 y donde se había suicidado Yin Yin (Juan Miguel Godoy Mendoza) a los 18 años, su sobrino según se decía, hijo de un hermanastro y al que, con su amiga y confidente Palma Guillén, había adoptado y con el que vivía por los menos desde que éste tenía cuatro años.

La motivación para entregarle el premio fue «su obra lírica que, inspirada en poderosas emociones, ha convertido su nombre en un símbolo de las aspiraciones idealistas de todo el mundo latinoamericano».

A finales de 1945 regresó a Estados Unidos por cuarta vez, ahora como cónsul en Los Ángeles y, con el dinero ganado con el premio, se compró una casa en Santa Bárbara. Será allí donde al año siguiente escribiría gran parte de *Lagar I*, en muchos de cuyos poemas se observa la huella de la Segunda Guerra Mundial, y que será publicado en Chile en 1954.

En 1946, conoció a Doris Dana, una escritora estadounidense con quien estableció una controvertida relación sentimental, y de quien no se separaría hasta su muerte.